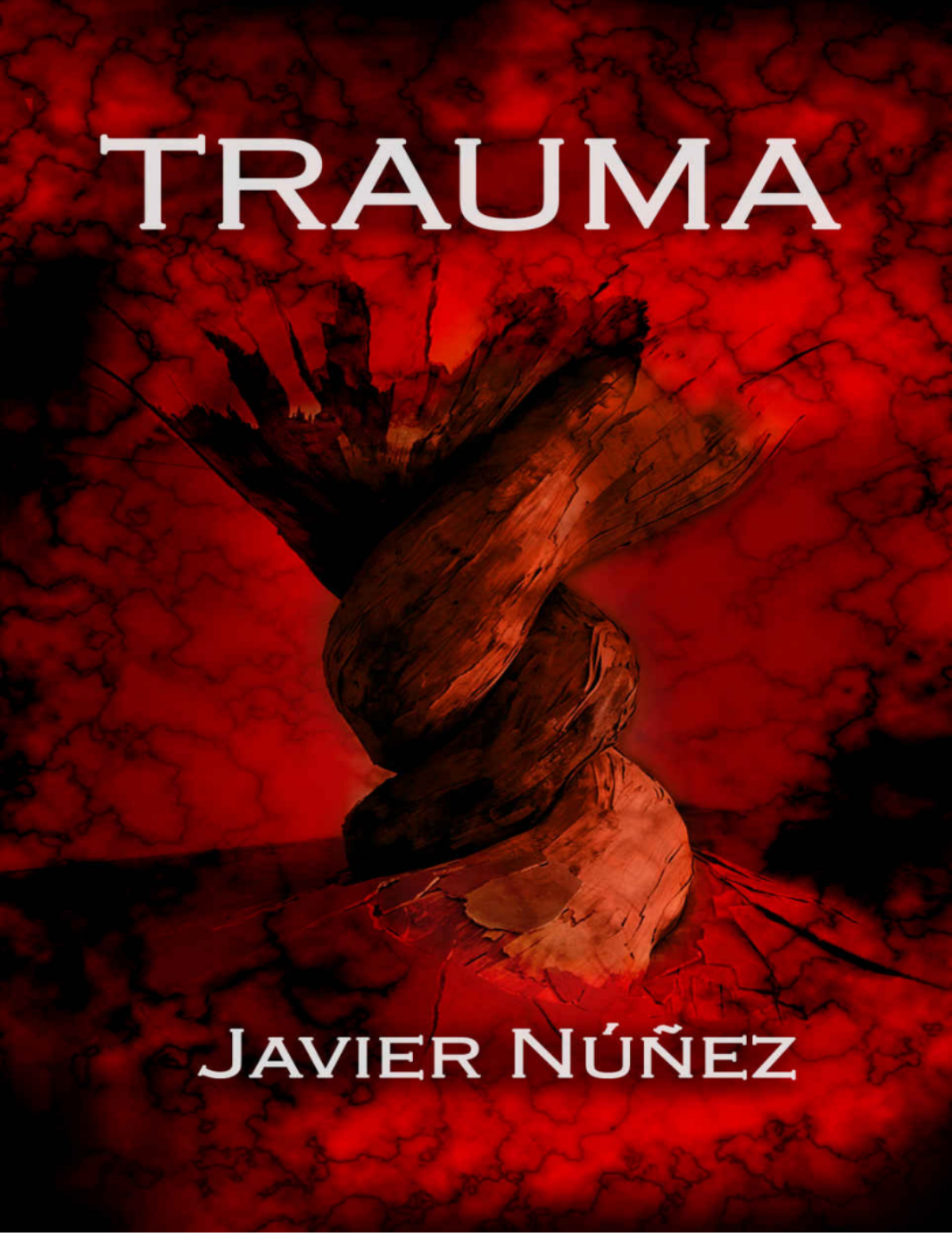
TRAUMA



JAVIER NÚÑEZ

TRAUMA

Javier Núñez

Título: *Trauma*
© 2019, Javier Núñez
ISBN: 9781070524443
Página de autor: https://relinks.me/JavierNunez
Ilustración de la cubierta, a partir de una obra del artista Henrique Oliveira, de Coral Pámpano. **Síguela en** @coralpampanoart

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

safecreative
COPYRIGT REGISTRY

La crueldad, lejos de ser un
vicio, es el primer sentimiento que
imprime en nosotros la naturaleza.
Marqués De Sade

ÍNDICE

PARTE I

PARTE II

PARTE III

EPÍLOGO

NOTA DE AUTOR

CONTACTO

PARTE I

1.

El espeso bosque se abría ante él como una boca amenazante. No tenía motivos para sentirse intimidado, pero era una sensación de la que no podía desembarazarse. Como una capa áspera que tuviera pegada a la piel con algún tipo de cola industrial, que no lograra desprenderse y tan fría que le había puesto todo el cuerpo en carne de gallina.

Trató de mirar por encima del hombro, pero fue incapaz de girar el cuello para escrutar el camino que se desplegaba a su espalda. La única opción era seguir avanzando porque, por alguna razón, tampoco podía obligar a sus piernas a detenerse. Santiago conocía aquel lugar. No era la primera vez que lo visitaba. Y aunque hasta entonces no había sufrido ningún daño, le daba una mala espina terrible. Caminaba sobre una alfombra de hojas secas y pinaza que debían llevar allí desde el último otoño. Le cubrían los tobillos y, cuando las apartaba, hacían un sonido sibilante que recordaba al siseo de las serpientes. Las hojas nuevas, de un verde brillante, pendían de las ramas majestuosas de unos árboles altos, que se enredaban entre sí varios metros por encima de su cabeza. El sol se filtraba, escurriéndose como una anguila a través de la enrevesada cúpula, iluminándole de manera tenue el camino a seguir. Los pájaros trinaban aquí y allá, conformando una banda sonora sincopada, aunque no veía volar a ninguno. Se preguntó qué tamaño tendrían.

¿Eran gorriones? ¿O acaso águilas que habían aprendido a imitar el canturreo de estos para atraerlos?

Santiago no paraba de repetirse que debía tener cuidado. La frase parpadeaba en su cabeza como un cartel de neón. Pero ¿cuidado con qué? ¿Qué era lo peor que podía pasarle? ¿Qué pisase un socavón y se torciese el pie? Aunque, bien pensado, si eso sucedía, ¿cómo se las arreglaría para regresar a casa? Se vería obligado a pedir ayuda. Sentarse con la espalda apoyada en el tronco de uno de esos gigantes de madera y pedir socorro a gritos hasta que lo oyesen y fueran a rescatarle. Así pues, en el fondo, andarse con cuidado no era tanta estupidez. Se aproximaba más a una medida de supervivencia que a otra cosa.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con un hilo de voz.

Su voz pareció enloquecer a los pájaros, cuya amalgama de chillidos y graznidos le llevó a comprender que el bosque estaba mucho más habitado de lo que pensaba. Había una relativa diversidad de trinos, y se preguntó si habrían acudido a esa parte del bosque alertados por su presencia. Al fin y al cabo, era un intruso. ¿Con qué autoridad se creía para pasearse por su bosque?

No recordaba lo de la equis hasta que la vio. Estaba pintada con aerosol amarillo sobre la corteza de un nogal. Una cruz girada un cuarto de vuelta hacia la derecha, como marcando algo. Santiago se acercó al árbol, apoyó los dedos en el aspa y, cuando se los miró, vio que los tenía limpios: no era pintura fresca. Ignoraba cómo podía ser pero, de algún modo, una parte de él ya sabía que aquella equis llevaba allí algún tiempo antes de tocarla.

Miró en derredor, girando sobre los talones, como esperando encontrar alguna pista acerca del autor de la pintada. ¿Qué habría querido transmitirle al que se topase con ella? Su presencia allí, era evidente. Pero ¿también algo más? ¿Y que hubiera elegido el color amarillo y no otro significaba algo? Quizá no. Aunque, bien pensado, el amarillo era uno de esos colores que también se podían distinguir durante la noche, sin más luz que la que proporcionaba la luna.

«Lo que sí es evidente es que hay alguien que quiere que siga sus pasos», reflexionó.

Volvió a ponerse en marcha, abriéndose camino a través del mar de hojas podridas. No le gustaba la idea de adentrarse en el bosque. Porque no sabía dónde estaba y, por tanto, cómo encontrar la salida. No tenía brújula ni conocimientos avanzados de supervivencia en la naturaleza, más allá de un par de vagas nociones que había aprendido en las películas. Que hubiera pasado casi la primera mitad de su vida en un pueblo no significaba nada. Existía la falsa creencia de que toda la gente que nacía en algún lugar en medio del campo tenía conocimientos avanzados de todo lo relacionado con la naturaleza, cuando la verdad es que a una parte nada desdeñable sólo le gustaba utilizarla para ocultarse de miradas indiscretas mientras se dedicaba a fumar canutos de marihuana, emborracharse o acostarse con alguien.

Como a treinta metros vio una nueva señal en el tronco de otro árbol. La penumbra en que aquel sitio se hallaba sumido le impidió distinguir de qué se trataba hasta que hubo reducido la distancia a la mitad. Era una flecha, y estaba pintada con aerosol verde fosforito. Una vez más, el autor de aquellas marcas quería decirle algo. La diferencia entre la flecha y las equis consistía en que las primeras eran más explícitas en su mensaje. Esta en particular estaba inclinada hacia

abajo en un ángulo aproximado de treinta grados, señalando el buzón gris de chapa que había entre la maleza. Estaba sujeto a una estaca de madera de un metro de alto, clavada en el suelo. Santiago lo miró con incredulidad porque… ¿qué hacía eso allí, en medio de la nada? ¿A quién pertenecía?

No obstante, la premisa estaba clara, y no se demoró en ir a su encuentro. Apretó el paso cuanto pudo, que no era mucho, y se plantó ante él. Era un modelo sencillo, de esos cuya puertecita ocupaba todo el frontal y se sujetaba mediante unas pequeñas bisagras situadas en la parte inferior. Todavía había zonas en las que se distinguían escamas del color de la pintura original, pero hacía tiempo que el óxido le había ganado la partida.

La pregunta acerca de qué hacía allí quedó relegada a un segundo plano cuando, a través de la ranura, descubrió que no estaba vacío.

Se trataba, en apariencia, de una hoja doblada por la mitad y su aspecto arrugado y rígido hacía pensar que quien la había metido allí se había largado hacía mucho. Volvió a mirar en derredor. No porque hubiese oído algo sino para corroborar que seguía estando solo. Aquello empezaba a darle muy mala espina.

¿Quién entregaba y recibía correspondencia en un buzón enclavado en una zona tan remota como lo eran las entrañas de aquel bosque? La respuesta le llegó de inmediato: alguien que se dedicara a algún tipo de negocio ilegal.

Como el tráfico de drogas.

Estuvo a punto de ceder al pánico y salir corriendo. No quería tener problemas con gente de esa calaña. Si no lo hizo fue porque, por el estado de la hoja que había en su interior, hacía mucho que nadie se dejaba caer por allí. Meses; puede que incluso años. De pronto, más tranquilo, le invadió la imperiosa necesidad de saber qué ponía en ella.

Introdujo los dedos de la mano derecha por la ranura hasta la segunda falange, atrasó la pierna izquierda y tiró con fuerza. El metal crepitó y crujió a medida que las escamas de óxido se iban desprendiendo. Siguió tirando, con los ojos entornados y los dientes apretados con fuerza, hasta que por fin la puertecita cedió. Golpeó la parte inferior de la estaca y se sacudió en el aire antes de detenerse, colgando cabeza abajo. Santiago vio cómo la hoja de papel se deslizaba fuera de este y comenzaba a planear. Entretanto, la fuerza con la que tiraba se había vuelto contra él y ahora retrocedía trastabillando, a punto de perder el equilibrio. Era cosa hecha. Algo que no iba a poder evitar. Pero había logrado lo que pretendía, y tan pronto como se pusiera en pie, se levantaría de un salto y se

apresuraría a leer lo que ponía en ella.

Sin embargo, algo no sucedió como esperaba.

Mientras rodaba por el suelo, el entorno que lo rodeaba comenzó a cambiar. Las plantas y los árboles desaparecieron, el verde predominante fue sustituido por un blanco lechoso. Y mientras trataba de comprender qué demonios estaba sucediendo, se notó caer. Sus pies no se enredaron y se vio precipitado contra el suelo, no. Fue algo mucho más desconcertante. Porque la caída se produjo en vertical, y hacia un vacío que se prolongaba más allá del suelo. Como si estuviera precipitándose a las profundidades de un hoyo. O por el hueco de una escalera. Abrió la boca para lanzar un chillido colmado de terror pero, justo antes de que pudiese hacerlo, su cuerpo impactó contra una superficie dura que le vació los pulmones de aire y le dejó sin aliento.

Cuando volvió a abrir los ojos —o, más bien, abrirlos por primera vez— no tardó en reconocer el lugar. Se trataba de su amplio y confortable dormitorio, con sus baldosas y zócalos color ceniza y las paredes de ese blanco sucio que denotaba que llevaban muchos años sin ser pintadas. Estaba tendido en el suelo, sobre el costado derecho. Por suerte, la caída no había superado los cuarenta centímetros y el golpe no había sido demasiado fuerte. La peor parte se la había llevado el codo, pero no tenía pinta de habérselo dislocado. Lo sabía porque el dolor no era insoportable, como sin duda sucedería si se le hubiese salido de su sitio.

Giró sobre sí mismo hasta quedar boca arriba y se esforzó por recobrar el aliento. El pecho le subió y bajó un puñado de veces mientras el sudor que le empapaba el cuerpo se iba enfriando. Cuando comprendió que si seguía allí tendido cogería un resfriado, se incorporó y se tendió en la cama. Consultó la hora en el móvil y vio que eran las siete y cinco. Aún faltaba un rato para que sonara, así que lo volvió a dejar sobre la mesita de noche, acomodó la cabeza en la almohada e intentó volver a dormirse.

2.

Hacía años que se había cansado de tener que emplear una media de diez minutos en buscar aparcamiento cada mañana y decidido alquilar una plaza en el parking de un bloque de edificios próximo a su tienda de electrodomésticos para el hogar. Eran los noventa euros mejor invertidos del mundo. No es que los pagara con regocijo, pero casi. Odiaba empezar el día de mal humor, algo que siempre le sucedía en los tiempos en que aparcaba en la calle.

Las marcadas ojeras de esa mañana podían hacer pensar que era un hombre profundamente desgraciado, con una existencia gris y anodina, lo que no andaba muy lejos de ser cierto. Desde que se había divorciado de Fina —su mujer durante nueve años— y mudado a un piso de soltero no es que fuera la alegría de la huerta. Costaba trabajo arrancarle una sonrisa, y lo único que todavía le hacía sentirse bien era la buena marcha del negocio. Fina lo había dejado tras una fuerte discusión sobre el mejor momento para tener hijos. A sus treinta y cinco años, ella creía que ese momento ya era *cualquiera*, y se había cansado de que Santiago pospusiera lo de dejarla embarazada una y otra y otra vez. Su excusa era que todavía tenían tiempo, aunque la verdad era simple y llanamente que le daba miedo. No estaba preparado para afrontar la paternidad sin correr el riesgo de que el negocio se resintiese. Quizá Fina tenía razón cuando decía que no necesitaba estar en la tienda, físicamente, la mayor parte de las horas de apertura al público. Contaba con buenos vendedores, que hacía tiempo que habían dejado de necesitar supervisión, pero le gustaba andar por allí para comprobar por sí mismo, *in situ*, que los clientes estaban recibiendo la mejor atención posible. Su lema era: «Es muy importante que compren. Pero, aún si no lo hacen, al menos debemos asegurarnos de que quieran volver».

Eran las diez menos veinte cuando empujó la puerta de cristal de Electrodomésticos Conde e inspeccionó el interior con un rápido barrido ocular para constatar que todo estaba como debía. Encontró a María y a Cristóbal tras el mostrador, comentando algún aspecto del catálogo de productos en stock. Jorge Luis se encontraba en la sección de tostadoras y sandwicheras, hablando con un hombre y una mujer acerca de las bondades de los modelos que tenían dispuestos en una estantería, ante ellos. Era un cubano alto, delgado y con un impresionante don de gentes. Tenía unos grandes dientes blancos, que dejaba a la vista siempre que sonreía, y siempre sonreía cuando se le ponía una venta a tiro.

Santiago no quiso interrumpirlo, así que echó a andar hacia su despacho, situado en la parte posterior de la tienda. Le gustó el detalle de que Jorge Luis se centrara en sus clientes y actuara como si no estuviera allí —su contrato acababa a fin de mes, pero ya había decidido renovarlo hasta otoño—. María y Cristóbal, por su parte, sí alzaron la cabeza. Al ver que se trataba de él, lo saludaron rápidamente y volvieron a lo que tenían entre manos. También ellos sabían cómo debían hacer su trabajo.

Su despacho no tenía nada de especial salvo, quizá, por la mininevera. Y únicamente debido a que una abolladura importante en un costado, después de que a un antiguo empleado se le cayese al suelo cuando trataba de bajarla a pulso de una estantería situada por encima de su cabeza, impidiese que pudiera seguir puesta a la venta. Los fluorescentes parpadearon mientras rodeaba una sencilla mesa de pino y se dejaba caer en el sillón reclinable. Al poco de ponerse a examinar algunos de los papeles desperdigados por la superficie de esta, los ojos empezaron a picarle de nuevo. Se los frotó para aliviar la sensación, pero sólo consiguió irritárselos más.

Se había pasado las últimas horas previas al amanecer dando vueltas en la cama, tratando de volver a dormirse después de que la pesadilla del bosque lo despertara, antes de asumir que era una batalla perdida y se limitase a permanecer tendido boca arriba, escuchando las noticias de la mañana en la radio. Esperó hasta que sintió que la vejiga estaba a punto de explotarle para desconectar la alarma y levantarse para ir al cuarto de baño. Luego hizo café y se preparó una taza con un chorrito de leche. El problema vino cuando inclinó el cartón para verterla y lo que salió de ella fue una pasta grumosa. La tiró a la basura y, tras ver que no tenía más en el mueble que hacía las veces de despensa, había decidido vestirse y bajar a desayunar al bar.

—Vaya cara traes —le había dicho Lorenzo mientras le preparaba un cortado. Se volvió hacia otro de los clientes y añadió—: Seguro que no ha hecho los deberes y su mujer lo ha mandado a dormir al sofá.

Santiago no le había contado —ni a él ni a ninguno de los que había por allí— que su matrimonio era historia. No era algo que les incumbiese.

Las pesadillas que lo asaltaban en los últimos tiempos lo tenían desconcertado. Pero no porque fuera la tercera vez en dos semanas que se repetía—que también— sino por el progreso gradual que habían seguido. Como una película a la que se le añadieran nuevos fotogramas. En la primera se había pasado todo el tiempo recorriendo un estrecho sendero de tierra amazacotada y despertando justo después de que descubriese el aspa pintada con aerosol amarillo en el

tronco de un árbol. En la segunda, en cambio, no había tenido que caminar tanto antes de divisar el aspa. Se había acercado, había comprobado que la pintura no era fresca, y había seguido adelante. La novedad de la tercera pesadilla era la flecha pintada con aerosol verde y el buzón sostenido por una estaca con la hoja amarilleada dentro.

Pero todo eso quedaba reducido a mera anécdota en comparación con lo que había descubierto al despertar esa mañana.

Extendió las manos ante sí y se estudió la línea roja que le cruzaba todos los dedos, con excepción de los pulgares, a la altura de la segunda falange. No la había visto hasta un rato después de despertarse, cuando reparó en que no paraba de frotarse una palma con la otra. Ahora, un par de horas más tarde, casi había desaparecido, y probablemente esa noche ya no quedara ni rastro de ella y una parte de él le indujese a pensar que todo había sido fruto de su imaginación. Porque la idea de que se lo hubiera podido hacer con el borde de la ranura del buzón al tratar de abrirlo era de locos. Por eso precisamente, para evitar que terminase creyendo que era una ilusión, se había hecho una foto con la cámara del móvil. Así, cada vez que le asaltasen las dudas, le bastaría con abrir el archivo y echarle un vistazo para volver a convencerse de lo real que era. Y lo mismo sucedía con el largo rasguño de la cara exterior del antebrazo, que sospechaba se habría hecho con alguna rama oculta entre la hojarasca, cuando el óxido que mantenía cerrada la puertecita del buzón cedió y cayó de culo.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

—Adelante —dijo.

María apareció en el umbral.

—Buenos días, Santiago. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Entró y se sentó en una de las sillas del otro lado de la mesa. Quería comentarle algo que se le había ocurrido. Sobre la posibilidad de vender las cápsulas de las cafeteras de última generación con las que trabajaban. Él le contestó que parecía una buena idea y que lo pensaría sólo para librarse de ella, pero se olvidó del asunto tan pronto como volvió a salir por la puerta.

3.

Esa noche no soñó. Se acostó poco antes de las doce y durmió sin sobresaltos hasta que algo lo despertó. Al principio, no supo qué había sido. Pero le alarmó lo suficiente como para sacarle de la inconsciencia de un tirón y poner sus sentidos en alerta, todo ello en menos de dos segundos. Se encontraba boca arriba sobre el colchón y se instó a no moverse con la intención de escucharlo si volvía a reproducirse. No tuvo que esperar mucho. Lo que oyó sonaba como un siseo grave y procedía de algún lugar del piso. Retiró las sábanas con cuidado de no hacer ruido, se sentó en el borde del colchón y buscó a tientas las zapatillas de estar por casa, sin apartar los ojos del vano de la puerta. Se le habría salido el corazón por la boca de haber detectado algún movimiento. Hubiera pensado que estaba exagerando de haberse tratado de un hecho puntual. Pero estaba lo de ese sueño recurrente —el que le llevaba, a través del bosque, hasta un buzón oxidado—, y el sabor de boca que le había dejado era amargo como la hiel. Porque los sueños se desvanecían al cabo de un tiempo. Incluso aquellos inspirados en recuerdos, porque el cerebro era un cabrón inclemente que disfrutaba desatascando la ponzoña que se acumulaba en los recovecos de la memoria. Sin embargo, por alguna razón, el suyo parecía regirse por normas propias.

Se irguió y echó a andar con cautela hacia la puerta. Una vez allí, asomó la cabeza y escrutó el pasillo en penumbras.

Vacío.

Al menos, en la porción que quedaba a la vista, ya que el corredor seguía hasta el comedor, a la vuelta de una esquina situada unos cinco metros más allá.

Abandonó la relativa seguridad del dormitorio y avanzó muy despacio por él. Había dejado atrás el cuarto de baño cuando el siseo volvió a repetirse. Se le subió el corazón a la boca al percatarse de que si aquello —fuera lo que fuese *aquello*— se le aparecía no tendría más remedio que hacerle frente. Comprendió que necesitaba algo que poder utilizar como arma, cuando sus ojos se detuvieron en el viejo candelabro de bronce que había sobre un deslustrado mueblecito. Ambos venían con el piso. Como si quien lo había colocado allí lo hubiera hecho a sabiendas de que algún día alguien lo necesitaría para protegerse. Lo aferró con fuerza por la base y lo sostuvo junto a su cabeza, listo para descargarlo contra el intruso.

Entonces, sucedió una cosa de lo más extraña: una ráfaga de aire cálido arrastró algo desde el lado oculto del pasillo.

En el silencio reinante, Santiago lo oyó deslizándose por el suelo y se puso rígido. Lo que surgió ante sus ojos fue un cúmulo de cosas pequeñas y ligeras, a juzgar por cómo se elevaban y ondeaban en el aire. Se estrellaron contra la pared y empezaron a girar como en medio de un torbellino. Santiago recortó la distancia que le separaba de aquello lo justo para distinguir que se trataba de hojas. Marchitas, quebradizas; como las del camino de sus sueños. Cogió una con dos dedos y se la acercó a la cara. La examinó y cerró el puño en torno a ella. Crujió al hacerse pedazos que, cuando abrió la mano, se precipitaron al suelo trozos pequeños e irregulares. Mientras la miraba caer se preguntó cómo habrían llegado hasta allí. La posibilidad de que hubieran salido de su sueño lo aterró de tal manera que estuvo a punto de regresar a la carrera al dormitorio y encerrarse en él.

Pero esa era su casa, joder, y no pensaba huir. De modo que se armó de valor y encaró la sección larga del pasillo en forma de ele.

La puerta de la cocina estaba cerrada. Igual que la del recibidor, al fondo. Allí no había nadie más. Estaba solo. La mano en la que empuñaba el candelabro se relajó un poco y el peso de este hizo el resto: cayó al suelo con un estrépito metálico que resonó en sus oídos como una explosión. El peligro había pasado, si es que alguna vez lo hubo. Ya no tenía nada de lo que temer. Pero ¿cómo había llegado hasta allí aquella alfombra de hojas? Estaban diseminadas, pero debía haber las suficientes como para cubrir unos dos metros cuadrados de suelo. Pisó varias mientras esa extraña brisa las desplazaba en su dirección.

La preocupación por la posibilidad de que alguien hubiera entrado en su casa fue sustituida por una inquietud aún más intensa. Si antes de esa noche alguien le hubiera preguntado acerca de una potencial interacción entre el mundo real y el de los sueños habría contestado que eran como dos líneas que discurrían en paralelo. Podían extenderse hasta el infinito, pero nunca llegarían a tocarse. Ahora, sin embargo, acababa de comprobar que en ocasiones una de las dos se desviaba de su trayectoria y provocaba un cruce entre ambas. La conexión se había producido: una pequeña montonera de hojas habían pasado a este lado desde el bosque onírico de las pintadas con aerosol en los troncos y el buzón oxidado sujeto a la estaca.

Se preguntó si ese extraño acontecimiento tendría implicaciones y, de ser así, cuáles serían estas. Permaneció un buen rato inmóvil en el pasillo, asegurándose de que no estaba dentro de otro sueño. No pudo certificarlo al cien por cien, pero estaba bastante seguro de que se encontraba despierto.

Regresó al dormitorio, se metió en la cama y se cubrió con la manta

hasta las orejas. Cerró los ojos y esperó a que el sueño volviera a apoderarse de él. Temblaba de pies a cabeza, aunque la temperatura en la habitación debía rondar los veinte grados. Al fin consiguió dormirse, y no despertó hasta que la alarma de su móvil lo arrancó del sueño a la misma hora de siempre.

4.

Santiago se sentó en la camilla, cubierta por una sábana blanca, y se subió la manga derecha de la camiseta. El dermatólogo —un tal doctor Ojiva— lo tomó con cuidado por la muñeca y el codo y examinó la herida con detenimiento. En los últimos tres días había experimentado una mutación que le preocupaba. El arañazo, poco más que una línea rojiza cuando lo vio por primera vez —al despertar del sueño en el que había abierto el buzón del bosque—, era ahora una herida hinchada y abierta, de una fea tonalidad violácea en torno a los bordes levantados.

—No tiene muy buena pinta, que digamos —dijo el médico.

El asunto le había inquietado lo suficiente como para decidir ahorrarse la lista de espera de la Seguridad Social y acudir a un médico privado. Había acudido a este tras consultar la web de las Páginas Amarillas, y el médico en cuestión había resultado ser un hombre en edad de jubilación que, al parecer, seguía considerándose capacitado para ejercer la medicina. Los gruesos cristales de sus gafas inducían a pensar que, sin ellas, sería incapaz de ver tres en un burro.

—A mí me parece que es mucho peor que eso —contestó Santiago.

—Sí. La verdad es que sí. Estaba siendo sarcástico —repuso el médico antes de soltar una breve risotada—. ¿Cómo se lo ha hecho?

—Me arañé con la rama de un árbol —dijo Santiago.

Se trataba de una verdad a medias, pero no estaba dispuesto a contarle que la rama estaba en un bosque que sólo existía en sus sueños. En primer lugar, porque ni siquiera él estaba seguro de creérselo. Así que, ¿cómo iba a creerlo aquel hombre? Si le confesaba la verdad, hasta puede que decidiera facilitarle la dirección de un loquero de confianza para que echara un vistazo al interior de su cabeza.

—¿Le ha picado algún insecto? —lo interrogó.

—No, que yo me haya dado cuenta.

El doctor Ojiva profirió un gruñido bajo mientras inspeccionaba el arañazo desde todos los ángulos posibles. Daba la impresión de que estuviera planteándose hacerle una oferta por su extremidad.

—Pues tiene toda la pinta. Toda la zona está muy caliente. Se me ocurre que tal vez le haya picado una araña y le haya inyectado un poco de veneno —vaticinó el doctor Ojiva. Le depositó el brazo con cuidado sobre el regazo y se encaminó hacia su escritorio. Lo rodeó, se

sentó en su sillón de cuero negro y sólo entonces reparó en que había dejado a su paciente esperando en la camilla—. Venga. Venga para aquí.

Santiago se bajó de un salto y ocupó uno de los sillones de este lado del escritorio. El doctor Ojiva le informó de que iba a recetarle una pomada con cortisona que debería rebajarle la inflamación e impedir que la herida se infectara. Tampoco estaba de más si, tras aplicársela, se ponía una venda durante unos días para evitar las impurezas del ambiente.

—A veces, los médicos recomendamos que estas cosas se sequen al aire. Pero, en su caso, lo mejor será aislarla un poco del entorno —aseveró.

—Vale —dijo Santiago.

—Y, sobre todo, no se rasque. Si le pica mucho, mucho, tanto que le resulta insoportable, debe hacerlo con suavidad y con la yema de los dedos —explicó el doctor Ojiva, haciendo una demostración en su propio brazo—. Así. ¿Lo ve?

—Ajá.

—Con esta pomada —continuó, arrancando la receta de su talonario y tendiéndosela por encima del escritorio— debería bajarle la inflamación y empezar a cerrarse. Si no sucede eso en cinco días, una semana máximo, vuelva por aquí y le echaré otro vistazo.

—De acuerdo —contestó Santiago.

El doctor Ojiva le tendió la mano y Santiago se la estrechó. Su piel era blanda y correosa y tenía el dorso lleno de manchas marrones. No se levantó cuando él lo hizo, y Santiago dedujo que su cuerpo no se conservaba en tan buenas condiciones como su cabeza. Parecía cansado, aunque bien podía deberse al efecto óptico que causaba las enormes bolsas que tenía bajo los ojos y que le conferían un aire melancólico.

Ya en la calle, divisó el letrero de neón verde con forma de cruz de una farmacia al otro lado de una plaza con bancos y baldosas de piedra y se encaminó hacia allí.

Esperaba que funcionase, aunque no le extrañaría si no lo hacía, dada la naturaleza de la herida. Debería haber sido un arañazo fantasma, de esos que desaparecían al despertar. Sin embargo, este lo había acompañado de regreso al mundo real. Habían transcurrido tres días desde su último viaje al bosque, tres noches libre de pesadillas, pero eso no era garantía de nada. Y estaría faltando a la verdad si negara que una parte de él anhelaba regresar a aquel sitio.

Quería saber lo que decía la nota del buzón.

Y, por supuesto, quería encontrar una explicación para la herida del brazo.

Porque, en fin, lo de las marcas en los dedos al introducirlos en la ranura del buzón podía habérselas autoinflingido de algún otro modo. Para eso, primero, debía asumir que era sonámbulo, y padecer sonambulismo no era plato de buen gusto. Significaba que podía hacer cantidad de cosas mientras estaba dormido. Unas benignas, como recoger la ropa del tendedero y ponerse a doblarla. Pero la mayoría de las que se le ocurrían albergaban connotaciones negativas. Empezando por la imposibilidad de controlar las acciones de su propio cuerpo.

Hasta que recordaba lo sucedido después de despertar, y la teoría del sonambulismo se iba al país de A Tomar Por Culo.

Tras darle multitud de vueltas había llegado a la conclusión de que lo de pasearse por su apartamento había sido real. Tanto eso como las hojas habían sido reales. Algo que lo inquietaba sobremanera. Porque los sueños eran como una fábrica de manufacturación donde todo el mundo estaba como una jodida regadera y podía «crear» lo que le viniera en gana. Mientras la puerta se abría y cerraba con llave no había habido nada de qué preocuparse. Pero, entonces, una noche se había encontrado con que, en su ausencia, la puerta había sido sustituida por otra de vaivén, como las de los antiguos salones del salvaje Oeste.

Debido a ello, llevaba tres noches durmiendo fatal. Dando cabezadas y despertándose al menor ruido. Sólo esperaba que aquella locura terminase pronto o no tardaría mucho en parecer un muerto viviente que deambulara de un lado para otro, incapaz de concentrarse en nada.

5.

Después de comer, se puso la alarma del despertador para que sonara al cabo de una hora y media y se echó una siesta. Durmió sumido en un sueño blanco que le supo a poco y tuvo que obligarse a dejar de remolonear y levantarse antes de que volviera a quedarse frito, esta vez sin alarma de por medio. Había planeado ir a la tienda, pero le pesaba el cuerpo y se decantó por llamar por teléfono para preguntar cómo había ido el día. Quien descolgó fue Jorge Luis, que le informó de que habían vendido una nevera, un televisor de cuarenta pulgadas y una lavadora. También creía que otro cliente, que se había interesado por un robot de cocina, regresaría al día siguiente para llevárselo a juzgar por lo satisfecho que parecía cuando se marchó. Santiago les felicitó por las ventas y colgó. Luego se pasó el resto de la tarde tirado en el sofá, haciendo zapping. A las nueve menos cuarto tenía tanta hambre que fue a la cocina a prepararse un bocadillo. Se lo comió viendo la primera parte de un partido de fútbol y se tumbó cuan largo era, con la cabeza apoyada en un brazo del sofá, para ver la segunda.

Ni que decir tiene que se quedó dormido al instante.

A un nivel muy lejano, como si se viera a través de la parte equivocada de unos prismáticos, sintió cómo se incorporaba. A su derecha, el televisor seguía encendido. Lo ignoró y salió del comedor. Veía y, a un mismo tiempo, no veía. Cuando parpadeaba, tardaba mucho en volver a abrir los ojos. Ocasionalmente, para entonces, ya se había topado con una pared o una puerta, o estaba a punto de hacerlo. Atravesó el apartamento como si estuviera dentro de un laberinto. Entró en la cocina y se puso a trastear en ella. Una vez allí, en un momento dado, cerró los ojos con la intención de parpadear y no pudo volver a abrirlos. Fue superior a sus fuerzas. Era como si le hubieran pegado los párpados con pegamento. La noción del tiempo era algo que no había recobrado al despertar y levantarse del sofá, así que no supo cuánto transcurrió. Las imágenes resultaban borrosas, como a través de una ventana por la que se deslizara una cortina de agua de lluvia. Oyó un tintineo de cacharros y notó que su mano se cerraba en torno a algo. Estaba frío al tacto, y no parecía muy cómodo. Sus dedos índice y pulgar hacían todo el trabajo, mientras que el resto se limitaban a permanecer allí, colgando en el aire como un peso muerto. Luego todo volvió a fundirse en negro y la línea espacio-temporal se diluyó. Transcurrieron unos segundos o unos minutos, no tuvo forma de saberlo.

Cuando despertó lo suficiente para ser consciente del entorno que le rodeaba, se sorprendió de encontrarse en la cocina. Estaba al lado de los fogones, ante el cajón de los cubiertos, que se encontraba entreabierto. Identificó el sonido de hacía un rato con el del revoltijo de utensilios de menaje. Entonces, percibió que un objeto en su mano derecha le impedía cerrarla, y cuando la levantó para ver de qué se trataba, un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

«¿Tijeras?»

«¿Qué hacía empuñando unas tijeras?», se preguntó, exaltado.

«¿Y con qué propósito las había cogido?»

Se examinó las manos y la cara interior de las muñecas. Se levantó la camiseta y recorrió cada centímetro cuadrado del tronco. Temía habérselas clavado. Las hojas no tenían restos de sangre. Pero ¿y si antes de despertar las había lavado bajo el chorro de agua del grifo? La zona de las costillas, la que rodeaba el ombligo, el vientre. Ninguna de esas partes presentaba heridas. Las soltó en la cubeta del fregadero y se instó a calmarse, aunque no era nada fácil. Hiperventilaba, y el pecho había comenzado a arderle. Recordaba haberse despertado en el comedor e ido hasta allí, pero no el propósito.

¿Acaso estaba preparándose para hacerse daño? Pero, de ser así, ¿por qué? ¿Qué intentaba decirse? ¿Que había sido mala idea barrer todas aquellas hojas sin antes preguntarse *en serio* si era lo que debía hacer? Era su casa, de acuerdo. Pero no así las hojas. No las había entrado desde la calle, pegadas a las suelas de las zapatillas.

Soltó un gemido de horror y salió tan aprisa de la cocina que se olvidó de apagar la luz. En el cuarto de baño, abrió el grifo del agua fría, se inclinó sobre el lavabo y comenzó a arrojársela contra la cara. Luego se quedó mirando su chorreante reflejo en el espejo. Un hombre cansado y hundido, con los ojos medio cerrados y la ropa arrugada le devolvió la mirada. Regresó al comedor y se dejó caer en el sofá. Agarró el mando a distancia y buscó un canal cuya programación, a esas horas de la noche, no resultara soporífera.

Estaba muerto de sueño, pero no quería volver a dormirse. ¿Y si lo hacía y regresaba a la cocina, sólo que esa vez no despertaba a tiempo para evitar hacerse daño con las tijeras? No un simple corte sino mucho más. La posibilidad de que sucediese le resultaba tan aterradora que pensó que no sería capaz en lo que le restaba de vida. Era una idea estúpida. El ser humano necesitaba dormir. De lo contrario, moría. Y existía un mecanismo de defensa, automático, que se activaba antes de que nadie pudiera llegar a ese extremo. Pero aún así…

Lo más desconcertante era que no sabía a qué venía todo aquello. Por qué, de repente, su instinto lo inducía a hacerse con un objeto así. Analizó sus mayores terrores, sus fantasmas más íntimos, y no encontró nada que justificase una conducta semejante. Desde que Fina no estaba, su vida no podía haber seguido un patrón de rutina más fiel. Cuando no estaba en casa, estaba en la tienda. Sus rutas turísticas por la ciudad se limitaban a las visitas al supermercado.

¿Tendría algo que ver con un sentimiento de culpa derivado de la ruptura de su matrimonio? ¿Acaso estaba deprimido y no se había dado cuenta hasta ahora? ¿Era eso? ¿La realidad había estado culebreando en su interior hasta encontrar una salida en la automutilación?

Tragó saliva con dificultad.

¿O acaso planeaba suicidarse clavándoselas en el cuello?

Se las arregló para permanecer despierto hasta que las primeras luces del amanecer asomaron por el horizonte. Tenía sueño, le había empezado a doler la cabeza y sentía los músculos flácidos y pesados. Se felicitó sin entusiasmo, apagó la televisión y se levantó del sofá. Sabía que era una victoria aislada, fútil, porque tarde o temprano cedería al cansancio.

Pero había algo que, esperaba, pudiera ayudarle a salvarse: había visto cuáles eran sus impulsos e identificado la causa. Así que la solución pasaba por curar ese sentimiento de culpa. Para ello estaba dispuesto a lo que fuera necesario. Pediría ayuda médica. Iría a un psiquiatra y se lo contaría todo. Él sabría cómo mantener a raya sus aparentes tendencias suicidas.

6.

La Seguridad Social tenía unos profesionales excelentes. Pero no podía esperar. Necesitaba tomar medidas de manera urgente, así que optó por acudir a un médico particular. Escogió uno de entre todos los que le aparecieron tras una rápida búsqueda en Google y llamó. La asistenta de un tal doctor Ramos le ofreció cita para las seis de la tarde del día siguiente.

—¿No le queda ningún hueco para hoy, aunque sea a última hora? Es muy, muy urgente —insistió Santiago.

La mujer que había descolgado el teléfono debió percibir la desesperación en su voz porque le pidió que esperase un momento.

—Puedo hacerle uno de quince minutos a las siete menos cuarto —contestó al cabo—. Pero debe ser muy puntual.

—Lo seré. Gracias.

Tras facilitarle los datos y un teléfono de contacto, Santiago colgó y soltó un suspiro de alivio, que fue seguido por un bostezo. Estaba tan cansado que la superficie de la mesa de su despacho, al fondo de la tienda, se le antojó la mejor cama del mundo. Cruzaría los brazos sobre ella, a modo de almohada, y descansaría la vista quince minutos de reloj. Se programaría la alarma del móvil para que lo despertase.

Estuvo a punto de convencerse para hacerlo, pero la parte de él que conservaba fresco el recuerdo de su mano empuñando las tijeras se lo impidió.

Comprendió que si no quería seguir luchando contra sí mismo no podía quedarse allí, o terminaría cediendo al sueño. Así que se levantó del sillón y salió del despacho. Faltaban unos minutos para mediodía y la luz solar entraba a raudales por las cristaleras de la tienda. Se acercó a María y le dijo que salía a hacer unos recados, que no regresaría hasta última hora de la tarde y que si necesitaban ponerse en contacto con él lo llamaran al móvil.

Las siete horas siguientes se le hicieron eternas. Estuvo paseando sin rumbo fijo hasta que le entró hambre. Comió de menú en un restaurante y se tomó un café doble. Para entonces, las piernas le pesaban como si estuvieran envueltas en armazones de plomo y se sentó en un banco de madera que, por suerte, resultó ser bastante incómodo. Alrededor de las cinco empezó a bostezar cada poco. Los ojos le picaban tanto que no podía dejar de frotárselos. Llamó al timbre de la consulta del psiquiatra con quince minutos de antelación.

La mujer con la que había hablado por teléfono —reconoció su voz— le invitó a esperar en una salita en la que había sillones de un aspecto fantástico, así que optó por aguardar de pie.

El doctor Ramos no le recibió hasta las siete menos diez. Era un hombre bajo y menudo, de ojos vivaces. Le estrechó la mano y le pidió unos cuantos datos, que anotó en un ordenador. Luego le preguntó qué era lo que le había llevado a su consulta. Santiago le narró el incidente de las tijeras, y su preocupación porque pudiera estar relacionado con la sobrecogedora intención de quitarse la vida.

—Lo que usted teme, Santiago —y perdóneme la expresión que voy a utilizar—, no tiene ni pies ni cabeza. El cine y los libros nos han hecho creer que eso es algo que podría llegar a suceder, pero es todo pura fantasía. Principalmente, porque el instinto humano de supervivencia es muy fuerte. Fuertísimo, de hecho. Y va contra nuestra naturaleza la posibilidad de hacernos daño de manera deliberada sin que seamos conscientes de ello.

—Entonces, ¿no pretendía clavármelas? —insistió Santiago.

—De ninguna de las maneras —aseveró el doctor Ramos—. ¿Que fuera a hacerse un bocadillo y despertara antes de que pudiera sacar el pan? No le digo que no. Pero puedo asegurarle que no pretendía autolesionarse.

—De acuerdo —aceptó Santiago.

—¿Le he convencido?

—Sí. Supongo.

—Bien. Me alegro de que haya sido así, porque me da la impresión de que anoche no durmió nada bien —observó el doctor Ramos.

—Después de lo de las tijeras, no quise volver a dormirme.

—Pues puede irse tranquilo. Olvide esa falacia, acuéstese pronto y recupere el sueño perdido.

Tras esto, retiró el sillón hacia atrás y comenzó a ponerse en pie. Santiago comprendió que sus quince minutos de consulta habían concluido y se incorporó.

—Gracias, doctor —dijo Santiago.

—De nada. Para eso estamos —contestó este. Mientras se estrechaban la mano, añadió—: Mi ayudante le cobrará la visita.

7.

No recordaba qué era lo que le esperaba allí delante —sólo que había *algo*—, pero no debía faltar mucho para llegar. Hacía un rato que había rebasado el nogal de la equis pintada en el tronco con aerosol amarillo. El entramado de ramas que había muy por encima de su cabeza obligaba al sol a esforzarse para abrirse camino hasta la superficie y su rostro era una amalgama de luces y sombras en continuo cambio. El caudaloso río de hojarasca que cubría el camino le dificultaba el avance —había tal cantidad que el esfuerzo casi se asemejaba al de caminar bajo el agua—. Poco después, un gran árbol desapareció de su campo de visión, dejando a la vista una flecha pintada con aerosol verde en un tronco situado a unos veinte metros. Le pareció que eso podía ser el *algo* tras lo que andaba y se apresuró en llegar hasta él. La pesadez en las piernas había desaparecido como por arte de magia y ahora se movía con más soltura. O quizá fuera que la hojarasca había dejado de ofrecer resistencia. El caso era que iba recortando la distancia a gran velocidad y pronto lo alcanzaría. Había cubierto la mitad del trayecto cuando vio el buzón.

Recordó que desde el principio ese había sido el objetivo, y no la flecha. El cometido de esta y de la equis había sido el de guiarlo hasta allí. El buzón era el fin del trayecto.

La puertecita colgaba cabeza abajo en el aire, sujeta al armazón por las bisagras de la parte inferior. El óxido cubría buena parte de su superficie, como si llevara mucho tiempo a la intemperie. Se preguntó quién se habría tomado la molestia de sujetarlo a una estaca y clavado esta en la tierra a profundidad suficiente como para que ningún viento hubiera logrado derribarlo. Un viento que, en ese momento, era poco más que una brisa y que, sin embargo, sacudía la hoja de papel que había en el interior del buzón con relativa violencia. Si no había salido volando era porque una de sus esquinas estaba enganchada a un pliegue del metal. Santiago estiró el brazo para agarrarla cuando escuchó unas voces.

Procedían del otro lado del muro de árboles y plantas que había tras del buzón. Santiago echó a andar hacia allí y comenzó a abrirse paso entre la gruesa cortina de vegetación. La fue apartando a uno y otro lado, adentrándose en la maleza hasta que ya no hubo nada que se interpusiese entre ambos.

Cuatro niños y una niña merodeaban en torno a un enorme olivo, a unos treinta metros de distancia. No se encontraban en un claro, propiamente dicho, pero era como si el resto de árboles hubieran dado

un paso atrás. Quizá fuera centenario y sus gruesas raíces se extendiesen a lo largo de varios metros a la redonda. Tres de los niños y la niña debían tener en torno a doce años, mientras que el cuarto no aparentaba más de diez. Había cinco bicicletas tendidas de costado en la hierba, una de ellas rosa con una cesta en la parte delantera. Gritaban y reían sin dejar de correr. Jugaban al pilla pilla, y el más pequeño de los cinco era quien la pagaba en ese momento. Santiago los observó durante un rato. Parecían estar divirtiéndose de lo lindo, y sus carcajadas inducían a pensar que eran felices.

Pero, ¿qué hacían allí? Él había necesitado caminar mucho para llegar a donde se encontraba. Así que la pregunta, más bien, sería: «¿por qué se habrían adentrado tanto en el bosque?.»

Pensó en llamarlos a gritos y, cuando se volviesen para mirarle, alzar el brazo y agitarlo en un saludo. Pero lo más probable era que los espantara, se montaran en sus bicis y pedalearan lejos de allí con todas sus energías. Todos los padres aleccionaban a sus hijos acerca del cuidado que debían tener a la hora de tratar con desconocidos.

Desechó la idea porque no quería arruinarles la tarde y retrocedió, dejando que la vegetación volviera a interponerse entre ellos. Mientras volvía sobre sus pasos recordó que la nota continuaba en el buzón. Lo rodeó y la cogió. Al tirar de ella, el papel se rasgó un poco. Estaba amarillento y tenía un tacto apergaminado. La cara que quedaba a la vista estaba limpia, pero lo que encontró en la otra hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Joder —jadeó, y se apresuró a mirar en derredor.

Como si creyese que el autor de la nota pudiera encontrarse en las inmediaciones, observándole. Pero, por supuesto, allí no había nadie. Quien quiera que la hubiera escrito la había dejado allí hacía mucho. Volvió a leer la nota y se preguntó qué debía hacer. ¿Acaso todo el tiempo y el esfuerzo empleados en atravesar el bosque había sido para hacerse con esa nota? Porque, de ser así, significaba que conocía la existencia del buzón. ¿Lo había instalado él? Y si era cosa suya, ¿qué propósito perseguía? ¿Se trataría de una especie de buzón del auxilio?

Suspiró y le dio unas cuantas vueltas a la hoja mientras buscaba respuestas a todas esas cuestiones. Pero, por alguna razón, la facilidad con que surgían contrastaba con la imposibilidad de contestarlas.

De pronto, notó una presencia a su espalda. Algo que se movía con gran sigilo, pero que no podía evitar que su sombra se proyectara en

el suelo. Era grande, y de una forma que no encajaba con la de una silueta humana. Santiago no se entretuvo en adivinar qué podía ser. Giró sobre sí mismo al tiempo que daba un par de pasos atrás y se preparó para defenderse. Experimentó un instante de vacilación cuando no vio a nadie, pero se instó a mantener la guardia alta. Alzó los brazos a la altura de la cabeza justo a tiempo porque, de súbito, algo se estrelló contra él. El impacto fue tan fuerte que estuvo a punto de tirarle al suelo, pero se las arregló para mantenerse en pie. Hizo un rápido movimiento a la izquierda y buscó a su atacante. Pero era casi invisible. Apenas tenía forma de saber dónde estaba, y lo único con lo que contaba era su intuición. Gracias a esta, siguió bloqueando algunos golpes. Su contrincante era rápido y no parecía acusar el esfuerzo, a juzgar por los pocos instantes que transcurrían entre una acometida y la siguiente.

—¿Quién eres? —vociferó Santiago. Repelió otro golpe, que iba directo a su plexo solar —. ¡Muéstrate! ¡Vamos! ¡Deja que te vea y peleemos en igualdad de condiciones!

Mientras lo retaba, se desconcentró y lo perdió de vista. Santiago empezó a girar sobre sí mismo, pero había perdido la capacidad de barruntarlo. Seguía allí, podía sentirlo. Lo hizo hasta que el ser invisible contra el que luchaba lo atacó por la espalda, un golpe demoledor, que lo precipitó de bruces contra el suelo.

8.

Gimió y comenzó a moverse. El sol había desaparecido y la oscuridad lo inundaba todo. Eso le pareció, al menos, hasta que se dio cuenta de que tenía los ojos apretados con fuerza. Los abrió justo en el momento en que el dolor se esfumaba de sus articulaciones y músculos. No se sorprendió al ver que la vegetación había sido sustituida por la pared blanca del dormitorio. Había vuelto a tener aquel sueño, sólo que esta vez había sido mucho más intenso.

La nota de alguien pidiendo ayuda; su atacante fantasma.

Apoyó un brazo en el colchón y empezó a levantarse del suelo. Entonces, vio algo que le cortó la respiración: había unas tijeras de cocina con las hojas manchadas de sangre. Del lateral de su mano izquierda, a la altura del pulpejo, manaba un pequeño riachuelo, y se apresuró a examinarse la herida. La presencia de sangre la hacía muy aparatosa pero, cuando la miró de cerca, vio que no era nada de importancia. Dedujo que se las habría clavado por accidente, al caer de la cama. Pero ¿qué demonios hacían allí unas tijeras?

Terminó de incorporarse y vio que las sábanas no tenían manchas. Sin embargo, sí reparó en algo inquietante. La sábana bajera estaba hecha un revoltijo a los pies, y había sido reducida a jirones. Santiago cogió una tira, se la acercó a los ojos y la examinó con horror.

Pero ¿de qué iba todo aquello?

El psiquiatra le había explicado que era imposible que se hiciese alguna clase de daño a sí mismo porque no había nada más fuerte que el instinto de supervivencia y, por tanto, de autoconservación. Pero ¿qué diría si le mostrase lo que acababa de hacer? ¿Seguiría creyendo que aquello no era el preludio de un ataque contra su propia vida? ¿Y si el instinto de supervivencia se encasquillaba y se ponía a hacer toda clase de cosas que este se ocupaba de reprimir?

Salió del dormitorio, abrió el grifo de la ducha, se desnudó y se metió debajo. El agua arrastraba la película de sudor y la hacía desaparecer por el sumidero. Se encontraba a una temperatura tan alta que le ardía la piel, pero se negó a regularla. El dolor era bueno. El dolor le hacía sentir que estaba vivo. No podía quitarse de la cabeza la imagen de su mano empuñando las tijeras. Tenía los nudillos blancos y los tendones marcados, como si se dispusiera a apuñalar algo con todas sus fuerzas. La duda de que la víctima pudiera ser él mismo lo corroía por dentro.

La diferencia con los miles de sueños que había tenido a lo largo de

su vida era que los del bosque no desaparecían al despertar. Como si estuvieran hechos de una pasta especial, infrangible, resistente al impacto con la realidad. Rescató el recuerdo de los cinco niños jugando en torno a aquel viejo olivo, al que los demás árboles parecían temer y respetar de un modo reverencial. Conocía ese árbol. Era un elemento esencial de su infancia. También a cuatro de los cinco niños: Mario, Juan Carlos, Nuria y Abel, el primo pequeño de Mario. El quinto estaba ahora allí, con él, bajo el chorro de agua. No quedaba mucho de aquel niño, pero sin él no sería lo que era ahora. Se preguntó a cuento de qué venía remover el pasado. Habían vivido grandes momentos, pero aquello era historia antigua. Era un adulto con responsabilidades, tenía un negocio que sacar adelante…

¿La nota del buzón, en la que pedían ayuda con letra temblorosa, la había escrito alguno de ellos?

Sabía que los sueños no podían interpretarse al pie de la letra. La mayoría se componía de un revoltijo de elementos registrados por el cerebro, que rescataba y daba forma hasta construir algo parecido a una narración. Como coger varios bloques de plastilina de diferentes colores y mezclarlos sin ningún propósito concreto. El problema radicaba en que este era un sueño nada convencional. Un sueño que quizá sí albergara una historia real detrás.

Su infancia no había podido ser más normal. Y, que recordara, tampoco había sido testigo de nada que indujera a solicitar ayuda desesperadamente a alguno de ellos. Cierto que no habían seguido unidos mucho más tiempo. Cuando empezaron el instituto cada uno había tirado por su lado y el grupo se había roto. Pero, hasta entonces, fueron buenos amigos. Lo pasaban bien. Se divertían. Era un fastidio que Mario tuviera que cargar con su primo pequeño, porque había cosas que no podían hacer delante de él por miedo a que se chivara, pero Abel había nacido con labio leporino y los niños de su edad se reían de él, así que no tenía amigos. Por tanto, durante un tiempo, ellos habían interpretado su papel.

«Hasta que, de repente y sin venir a cuento, Mario dejó de quedar con nosotros y se encerró en casa. Sólo salía para ir al colegio, y durante un tiempo tratamos de que nos explicara qué le habíamos hecho. Pero él…»

—… no hacía más que evitarnos. Y cuando un día lo acorralamos y le pedimos, por favor, por favor, que nos explicara lo qué le sucedía con nosotros nos juró que nada. Nos lo juró varias veces —farfulló bajo el chorro, con el agua entrándole en la boca.

Después de eso, decidieron no volver a molestarlo. Y se convencieron de que su juramento era auténtico cuando vieron que

también su actitud con el resto de compañeros del colegio cambiaba. Se volvió más introspectivo. Atendía en clase, hacía los deberes, pero dejó de levantar la mano para contestar a las preguntas que planteaban los profesores y pasaba los recreos en un rincón del patio, leyendo libros que sacaba de la biblioteca. En séptimo se cambió de colegio y perdieron definitivamente el contacto. De vez en cuando se lo encontraban por la calle, y entonces él se limitaba a saludarlos. Pero sólo si creía que le habían visto. De lo contrario, se cambiaba de acera y actuaba como si fueran completos desconocidos.

—Nunca supimos qué marcó ese punto de inflexión en su actitud —dijo mientras salía de la ducha, con la toalla anudada a la cintura.

Mientras se secaba reparó en el aspecto de la herida del antebrazo. Se había estado aplicando una pomada antiinflamatoria tres veces al día desde que se la recetara el médico y, aunque no observaba cambios significativos en ella, lo cierto era que tampoco acababa de mejorar. Desde la última vez que se la había puesto —la noche anterior, en torno a las diez— la herida se había abierto aún más, los bordes presentaban una tonalidad violácea y la carne que asomaba era de un rosa intenso.

—¿Qué mierda me está pasando? —musitó para sí, asustado.

Decidió que no era normal y que volvería a la consulta del dermatólogo al día siguiente —o al cabo de unas horas, para ser más exactos—. Seguro que a él también le llamaba la atención el tamaño de su brazo, que había aumentado en torno a la mitad del volumen en menos de veinticuatro horas.

Se llenó la mano de crema, se la extendió por toda la superficie de la herida y se la volvió a vendar. Apagó la luz, salió al comedor y consultó la hora en el reloj que colgaba de una de las paredes. Marcaba las cinco y diez. Tempranísimo. Seguro que aquel madrugón le pasaba factura en el último tramo del día. Porque no pensaba volver a acostarse. En ese momento, lo que más deseaba era no tener que volver a dormir jamás. Así que se sentó en el sofá y encendió la tele. Estuvo haciendo zapping hasta que dio con un canal de noticias. A las seis menos cuarto, cuando comenzaron a repetirlas, fue a poner una cafetera. Se tomó una taza de café con una gota de leche viendo un programa de cocina en el que el cocinero preparaba codorniz escabechada.

De vez en cuando, el dormitorio atraía su atención como un imán. Santiago se resistió todo cuanto pudo, pero terminó por ceder al impulso y miró la sábana arrugada sobre el colchón a través del vano de la puerta. Las tijeras no quedaban a la vista pero sabía que estaban ahí, en alguna parte, y eso bastó para ponerle la carne de gallina.

¿A qué obedecía ese arranque de ira? ¿Tenía algo que ver con la nota que había encontrado en el buzón oxidado? ¿Y quién era ese enemigo invisible que le había atacado?

9.

—Mamá, estoy cansado —se quejó un niño sentado en la fila de asientos enfrentada a la suya.

Santiago lo miró, echó la cabeza hacia atrás y se masajeó la nuca. Entendía cómo se sentía el pequeño. Llevaba en la sala de espera de urgencias del hospital unos cuarenta minutos, pero tenía la sensación de que habían transcurrido horas —quien había postulado aquello de que el tiempo era relativo tenía toda la razón del mundo—. Y toda la culpa era de aquella maldita herida del antebrazo. Desde que se la examinara esa mañana, después de la ducha, la cosa había empeorado a marchas forzadas. Los bordes se le habían rizado y endurecido y, ahora, la carne que quedaba a la vista tenía un color bermellón y un tacto rugoso y áspero.

Se levantó y echó a andar hacia la ventana ante la mirada apagada del resto de personas que esperaban a ser atendidas. Pronto sería mediodía, y el sol avanzaba lentamente hacia su cénit como un caracol escalando una colina. Observó a dos sanitarios enfundados en chalecos fosforescentes sacando una camilla de la parte trasera de una ambulancia y empujándola hacia unas puertas de uso exclusivo para el personal médico. La persona tendida en ella estaba cubierta por una sábana y llevaba un collarín en el cuello. Santiago no pudo ver si estaba consciente o no pero, a juzgar por las prisas con que la metieron dentro, debía encontrarse bastante malherida. Cuando la distracción se evaporó, bajó la vista y volvió a examinarse el brazo.

¿Y si se le estaba gangrenando? ¿Y si el médico que se la había examinado tenía razón y le había picado una araña, cuyo veneno estaba pudriéndole el tejido blando?

Oyó un ruido familiar y se volvió a mirar. El estrecho pasillo sin salida que conducía a los lavabos quedaba ahora ante él. En ese momento estaba vacío a excepción de una figura extraña que, sin embargo, no le sorprendió ver tanto como habría debido. La razón principal se debía a que, en cierto modo, ya sabía de su existencia. No esperaba que fuera tan baja —ni siquiera levantaba un metro y medio del suelo—, pero por lo demás entraba dentro de lo que podría haber sospechado.

Santiago echó un rápido vistazo a la sala de espera, comprobó que nadie le prestaba atención —lo que significaba que no había reaccionado de ningún modo llamativo— y volvió a fijarse en la figura del pasillo. Estaba cubierta, de arriba abajo, por pequeñas ramas retorcidas y hojas de diferentes tonalidades, a excepción de los dedos

de las manos, los pies y los ojos. Santiago se quedó mirando estos últimos, tratando de descifrar lo que mostraban. Eran pequeños e inexpresivos, y brillaban con una luz tan débil que parecía que fuera a extinguirse en cualquier momento. Una salida de aire acondicionado sacudía las hojas, haciéndolas sisear. Algunas, las más marchitas, se desprendían de las ramas y rodaban por el suelo de baldosas como juguetes rotos.

—Tú fuiste quien estuvo en mi casa —murmuró Santiago.

Esperó, expectante, a que la figura hablase. No lo hizo. Y con aquella maraña de ramas ocultándole el rostro, ni siquiera pudo comprobar si lo que acababa de decir había causado algún efecto en ella.

—¿Qué quieres de mí? —logró preguntarle antes de que comenzaran los gritos.

Procedían del exterior, del aparcamiento, y cuando Santiago miró hacia allí vio a un hombre joven caminando por él con las manos en la cabeza. Chillaba como un niño con una pataleta, pero su dolor era crudo y auténtico. Un sanitario salió a su encuentro y se abrazó con fuerza a él. El hombre se resistió, pero terminó por derrumbarse y rompió a llorar en su hombro. Santiago se preguntó cuál habría sido su desgracia. Cuando uno alcanzaba la edad adulta se ponía en marcha una reacción en cadena de pérdida de seres queridos en un flujo más o menos constante. Era el precio de la vida, pero nadie se acostumbraba a ello. Cada nueva muerte era una nueva flecha en el costado. La herida sangraba y, en la mayoría de las ocasiones, cicatrizaba. Pero siempre terminaba por volver a abrirse. A juzgar por su edad, la de aquel hombre parecía que esa era una de sus primeras veces.

Supo que la figura envuelta en ramas y hojas había desaparecido aún antes de que sus ojos se lo corroboraran. Eso le decepcionó un poco pese a que, en realidad, no había esperado sonsacarle nada. Su mirada le había mostrado en calidad de qué estaba allí. Parecía serena y triste a la vez. Algo que sólo podía significar una cosa: fuera lo que fuese lo que le había ocurrido, ya no tenía solución. La nota con la solicitud de ayuda había caído en sus manos demasiado tarde.

Una mujer que se desplazaba apoyada en un par de muletas pasó por su lado y encaró la bocana del pasillo. El suelo estaba jaspeado de ramitas y hojas. Aplastó una de estas últimas con la muleta derecha, que se quedó adherida al extremo de goma. Santiago estaba convencido de que no podía verla, así que se sorprendió mucho cuando se detuvo y la sacudió a fin de desprenderla de ella.

De modo que no era producto de su imaginación. Aquella figura

existía de verdad, más allá de su percepción. Escrutó la amplia sala de espera en busca de algún rostro ceñudo, pero todo el mundo iba a su aire. Nadie le miraba a él o hacia el pasillo. Se preguntó si era visible para el resto del mundo, más allá de los pedazos de sí que iba dejando a modo de estela. Y la respuesta no podía estar más en contradicción con la reacción de la mujer de las muletas.

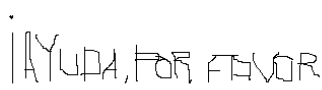
¿O es que acaso, de serlo, nadie de los que había allí se habría puesto a gritar medio enloquecido?

10.

Después del extraño incidente en la sala de espera de urgencias del hospital más grande de la ciudad, Santiago había vuelto a ocupar su asiento. Poco después, una voz de mujer lo había nombrado para indicarle que acudiese a la consulta número tres. El médico que le atendió parecía no tener mucha experiencia, y cuando le mostró la herida del antebrazo frunció los labios de un modo sutil pero revelador: era la primera vez que veía algo de esa índole. No obstante, rehusó pedir ayuda a alguno de sus compañeros, le recetó una pomada —que no había comprado porque no era mejor que otra que tenía en casa— y lo largó de allí.

Tras salir del hospital, fue a la tienda y se encerró en su despacho. Sus empleados debieron sorprenderse por su actitud esquiva, pero tenía mucho en qué pensar. Para empezar, ¿qué estaba sucediendo? También trató de determinar qué clase de ser resultaba visible sólo a sus ojos y, sin embargo, cómo esa condición cambiaba cuando los pedazos de *anatomía* que iba perdiendo se desprendían de él.

A la una y media, la hora de cierre, les dijo a sus empleados que se quedaba allí, pero les pidió que le bajaran la persiana al marcharse. Alegó que tenía trabajo atrasado que quería poner al día. Pidió comida china y se la comió sin prestar atención al sabor de los platos ni deleitarse con la textura del pan de gambas. Luego arrojó los restos a la basura, limpió la mesa de papeles y acomodó la cabeza en los brazos cruzados, que empleó a modo de almohada sobre la dura superficie de madera. Estaba agotado y necesitaba pegar una cabezada, pero terminó siendo bastante más que eso. Durmió durante casi dos horas, hasta que el bullicio de la persiana al enrollarse lo despertó con un sobresalto. Barrió el despacho en abanico, por si la extraña figura-árbol había regresado, pero estaba solo. No supo si sentirse aliviado o no. La nota con la petición de ayuda que había encontrado en aquel buzón oxidado de su sueño no paraba de bombardearle la parte de la cabeza en la que se proyectaban las imágenes. Era como una pantalla de cine, y en ella aquel grito desesperado de auxilio



surgía sin previo aviso y en el momento más inesperado acompañado de un coro de gritos de horror.

Se marchó temprano a casa. La pesadilla de la noche anterior, el insomnio posterior y el hecho de haber dormido una larga siesta en una postura terriblemente incómoda para su espalda y su cuello le habían dejado destrozado. Esperaba que esa noche no hubiera sueños y pudiese dormir mecido por las apacibles olas de esos océanos blancos tan minusvalorados. La gente no quería más que soñar. Todo el mundo deseaba soñar y, cuando no lo hacían, se sentían desdichados. Pero eso era porque nunca habían sufrido una pesadilla que, de pronto, había dado el salto a la realidad. Si les ocurriese, seguro que se dejaban de lamentos.

Cuando se mudó allí, tras separarse de Fina, se había puesto en contacto con una compañía telefónica a fin de que le instalaran la parafernalia necesaria para tener acceso a Internet. El pack que había escogido incluía línea fija, y el aparato que le habían suministrado venía con el contestador automático preinstalado. Ahora que todo el mundo tenía móvil y estaba localizable las veinticuatro horas del día en casi cualquier parte del planeta, esas cosas habían quedado desfasadas. Pero aquella noche, la lucecita roja que indicaba que alguien le había dejado un mensaje estaba encendida. Lo extraño era que apenas había difundido ese número entre unas cuantas personas; la posibilidad de que la llamada hubiese sido hecha por alguna de ellas fue lo que le impulsó a descolgar y seguir las instrucciones de la voz grabada.

«*Llamada número uno. Recibida hoy a las dieciséis horas y treinta y seis minutos.*»

Se oyó un pitido, tras el cual debía reproducirse el mensaje, pero la persona que había telefoneado se había echado atrás en el último momento porque, transcurridos unos tres segundos, se oía el sonido de un auricular al ser colgado.

Santiago colgó el suyo y se alejó del teléfono. Entró en la cocina, abrió la nevera y sacó una lata de cerveza. Tiró de la anilla y bebió un trago, con la mirada perdida en el infinito, tratando de imaginar quién podría haber querido ponerse en contacto con él.

11.

Estaba calentando un sobre de gulas al ajillo cuando volvió a sonar. Santiago apagó el fuego, retiró la sartén y fue a cogerlo. Aunque no se lo reconociese a sí mismo, se movía con cierta premura. Quizá no fuera más que un comercial tratando de venderle algún producto por el que le pagaban un sueldo de mierda. Pero después de todo lo que le había sucedido en los últimos días, que le llamaran desde un número que no conocía parecía la guinda ideal al pastel que se había estado cocinando en el horno.

—Diga —contestó con brusquedad.

—Hola —saludó alguien al otro lado.

Lo hizo en un susurro tan bajo que Santiago no consiguió determinar si hablaba con un hombre o una mujer.

—Hola. ¿Quién eres? —interrogó.

—Soy… —La persona que estaba al otro lado de la línea soltó un suspiro, como si soportara un gran peso sobre los hombros—. Verá, la verdad es que no sé a quién estoy llamando.

Santiago frunció el ceño, confundido.

—¿A qué se refiere?

—Tenía que llamar a su número, pero no sé nada de usted —vaciló la mujer.

Por lo general, a esas alturas, Santiago ya habría colgado. Pero le sorprendía que la mujer pareciera tan cortada como él. Como si hubiese marcado el número al azar.

—¿Por qué tenía que llamarme? ¿Quién le ha dicho que lo hiciera? —quiso saber.

Otra pausa, como para asentar sus ideas.

—Supongo que la respuesta es *yo misma*.

—Mire, no entiendo ni una palabra de lo que me está diciendo. Y ahora mismo me iba a poner a cenar. Así que, si no le importa, voy a colgar —le advirtió Santiago.

—Está bien. Espere —se resignó la mujer, como armándose de valor —. Ya se que suena a locura, pero creo que no estoy loca. Se lo prometo.

—Vale. Demos por sentado que la creo. Ahora dígame qué le ha impulsado a llamarme —la apremió Santiago.

Pese a que había cubierto la sartén con una tapa, las gulas ya debían estar empezando a enfriarse. Dentro de poco resultarían incomestibles y tendría que darles un nuevo calentón en el microondas.

—Marqué su número porque fue el que me dieron los imanes de la puerta de la nevera —desveló, reacia.

—¿Podría ser más concreta? —preguntó Santiago.

—¿Está de broma o es que no me ha escuchado bien? He marcado su número porque los imanes me dijeron que lo hiciera —replicó la mujer.

Parecía preferir que la tomara por una desequilibrada a que le siguiera la corriente.

—No estoy de broma. Habló totalmente en serio. La noche pasada a mí me ocurrió algo muy extraño —se encontró diciendo.

—¿Qué le ocurrió? —dijo la mujer con curiosidad.

—Primero, cuénteme lo suyo. Después, yo le contaré lo mío. ¿Qué le parece?

—En algún momento de la noche pasada me levanté dormida de la cama y me puse a ordenar los imanes de la cocina.

—¿Imanes de qué tipo?

—Números y letras —aclaró la mujer—. Compré la bolsa en un bazar chino. Venían todas las letras del abecedario y dos juegos de números del cero al nueve.

Santiago se mordió el labio superior con uno de los colmillos.

—Siga —la animó.

—El caso es que anoche, sonámbula, me levanté de la cama y me puse a moverlos. Pero no ha sido hasta hoy cuando he visto lo que había hecho.

—¿Y qué había hecho? —preguntó Santiago.

—Utilicé unas pocas letras para elaborar un nombre. Luego usé los números para componer este número de teléfono. Las sobrantes las tiré al suelo. Estaban esparcidas por toda la cocina.

—¿Qué nombre puso?

—Santiago —contestó—. Con un espacio entre la «i» y la «ge». Debido a que sólo había una «a», supongo. ¿Usted se llama Santiago?

—El mismo que viste y calza —repuso este en tono seco.

—Vale. Pero ¿ahora qué?

Santiago estuvo a punto de decirle que eso era cosa suya. Pero,

entonces, cayó en la cuenta de algo.

—¿Le importa esperar un minuto? No me cuelgue. Vuelvo enseguida —pidió.

—Vale —oyó que decía la mujer cuando se disponía a dejar el auricular sobre la madera.

Fue a toda prisa a su dormitorio, pero cuando llegó al umbral se detuvo, temeroso. Era la primera vez en todo el día que entraba allí. Lo había evitado conscientemente. No quería rememorar lo que había hecho la noche anterior —ni tampoco lo que podría haberse hecho—, pero después de escuchar la historia de la mujer no le quedaba más remedio. Lo suyo había sido con imanes. Él, en cambio…

Cogió la sábana que había hecho trizas con las tijeras y la extendió en el suelo, a los pies de la cama. Los pedazos recortados volaron por los aires y, mientras lo hacían, Santiago se arrodilló ante ella. Arriba ponía «Nuria». Debajo figuraba un número de nueve cifras que coincidía con el que aparecía en la pantallita del teléfono. Las baldosas se distinguían a través de los huecos de esta. Se preguntó, por enésima vez, qué demonios estaba ocurriendo.

Regresó al comedor y volvió a llevarse el auricular a la oreja.

—Se llama Nuria, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —inquirió ella con sorpresa.

—Yo también usé un método para contactar con usted. Pero el mío no era tan evidente, a simple vista, y no me he dado cuenta hasta ahora —le aclaró.

—¿Cuál fue su método?

A Santiago no le apetecía nada hablar de ello. Era la razón por la que había tenido tan mal día. A su lado, los hechos que acababa de narrarle Nuria parecían tan inocentes como un corderito. Pero ella se había abierto a él. No podía, por menos, que corresponder a su sinceridad y se lo explicó.

—Madre mía, qué miedo —aseveró Nuria.

—Lo sé. Cuando me desperté y vi lo que había hecho no pude volver a dormirme —expuso.

Al otro lado del teléfono, la voz de Nuria le hizo pensar que quizá terminara saliendo algo bueno de aquel desvarío.

—Aquí está ocurriendo algo muy raro —adujo esta.

Santiago se mostró de acuerdo. Rememoró el sueño recurrente que había estado sufriendo. En el último, además de encontrar la nota con el grito de socorro, había descubierto a unos niños jugando alrededor

de un árbol.

«Un momento», pensó. «Espera un momento».

—¿Santiago? ¿Sigue ahí? —preguntó Nuria.

—Sí, sí. Sigo aquí —contestó, y volvió a concentrarse en aquella idea que había aparecido tras sus ojos como si acabara de elevarse dentro de una burbuja llena de aire.

—¿Se encuentra bien? —Nuria parecía preocupada.

«Éramos nosotros. Durante la primavera y el verano de mil novecientos noventa y tres. Cuando, durante un tiempo, fuimos cinco antes de pasar a ser tres.»

—Te llamas Nuria Ventas, ¿verdad? —soltó sin pensárselo dos veces.

—¿Cómo ha sabido mi apellido? —inquirió Nuria, tras un pausa cargada de tensión.

—Soy Santiago Nogales.

—¿Qué? ¿Santiago Nogales?

—Es largo de contar. Estamos conectados por una especie de hilo del pasado. Creo que deberíamos vernos y hablarlo en persona —prosiguió Santiago, con aire reflexivo.

—¿En serio eres Santi? —preguntó Nuria.

—Lo soy —aseveró—. ¿Conoces la cafetería *Di Roma*, en el centro comercial?

Sabía que vivían en la misma ciudad porque los teléfonos de ambos compartían prefijo.

—Claro.

—¿Qué te parece mañana? ¿Sobre las seis?

Nuria dijo que le iba bien.

—Ahora soy castaña, mido uno setenta y uno, no estoy ni delgada ni gorda. —Se calló, como si pensara en algo. Santiago no la interrumpió —. Llevaré una diadema roja. Creo que con eso bastará.

—Yo me pondré una camisa a cuadros rojos y azules —dijo Santiago.

—¿Hasta mañana, entonces? —sugirió Nuria.

—Sí. Bien. Hasta mañana.

Colgó y se quedó mirando el teléfono como si fuera un artilugio del siglo XXII. Se frotó la cara y se masajeó la nuca. El dolor había

desaparecido mientras hablaba con su vieja amiga, pero ahora estaba de vuelta. Como si le hubiera dado un pequeño respiro para que se concentrase en la conversación. Un rato después, volvió a entrar en el dormitorio y cogió las tijeras de encima de la cama. Ya no tenía miedo de hacer una locura irreversible. El miedo a mutilarse o algo peor había dado paso a una preocupación por lo que parecía una conspiración en la que tanto Nuria como él eran meros títeres.

Se conminó a no seguir por ese camino hasta que la viera al día siguiente y pudieran replantearse determinadas cuestiones. Entre ellas, qué vínculo compartían.

Regresó a la cocina, vertió las angulas en un plato, las cubrió con una tapa de plástico y las metió en el microondas.

PARTE II

1.

Cuando llegó, Nuria ya estaba esperándolo.

Mientras barría la cafetería con la mirada, una mujer con una diadema roja en el pelo que ocupaba una mesa junto a la ventana se puso en pie y le dedicó una sonrisa. Santiago se dirigió hacia ella. Mientras se aproximaba reparó en que algunos de los rasgos de su rostro, más alargado y de mejillas más llenas que cuando era una adolescente, no habían cambiado. Se preguntó si la habría reconocido por la calle, de haberse cruzado con ella, y tuvo sus dudas. Habían pasado tantos años. Hasta puede que lo hubieran hecho en alguna ocasión y, durante un fugaz instante, a ambos les hubiese invadido la sensación de que aquella cara les resultaba familiar pero no terminaran de ubicarla.

—Me alegro tanto de volver a verte —dijo Nuria, extendiendo los brazos.

—Y yo —convino Santiago, imitándola.

Fue un abrazo largo y cálido, con un delicioso sabor a nostalgia. En ese momento, ambos estaban viendo a los muchachos que habían sido antes de que sus caminos se separasen. Cuando sus días consistían en exámenes, paseos en bicicleta y risas. Cuando aún no prestaban mucha atención a los problemas de los adultos y pasaban todo el tiempo libre juntos.

—Has cambiado mucho —dijo Santiago cuando se separaron.

—Bueno, ahora soy una mujer —bromeó ella. Luego añadió, señalando las grandes entradas en el cabello de él—: Tú también has cambiado lo tuyo.

—El duro poder de la genética —rio Santiago.

Nuria también rio.

Unos años atrás, cuando aún no había asimilado la realidad y le avergonzaba su incipiente calvicie, se habría puesto colorado pero ya no. Había terminado por aceptarse tal y como era. Dejarse perilla también había ayudado. Con ella, su apariencia general ganaba muchos enteros. Al menos, eso era lo que él creía al mirarse en el

espejo.

Se sentaron. Ella había pedido un café con leche, con dos sobres de azúcar moreno, y a juzgar por lo poco que faltaba de él no hacía mucho que se lo habían servido. Antes de que pudieran empezar a hablar, una camarera se les acercó y le preguntó si quería tomar algo. Santiago pidió una cerveza de tirador.

—Estás casada —dijo Santiago, señalando el anillo de bodas que ella lucía en el anular izquierdo.

—Sí. Desde hace seis años —contestó Nuria, sacudiendo la mano como si fuera un sonajero.

—Yo también lo estuve —la informó Santiago antes de que ella se lo preguntara—. Por desgracia, la cosa no cuajó.

—Lo siento, supongo —dijo Nuria.

—Sí. Bueno, no pasa nada. Cuando tenga que llegar, llegará. —Se refería a la *«mujer adecuada»*.

Nuria debió deducirlo por sí misma, porque no le pidió que se lo aclarara.

—Este reencuentro es de lo más surrealista —señaló, en su lugar.

—Lo sé.

La camarera llegó con la cerveza y se la puso delante. Santiago le dio las gracias.

—¿Entiendes lo que está pasando? —le preguntó Nuria cuando se marchó.

—No, la verdad —admitió Santiago. Bebió un sorbo de cerveza y se limpió la espuma del labio superior con la lengua—. ¿Antes de lo de los imanes te había ocurrido algo?

Nuria asintió con la cabeza. Una sombra había caído sobre su rostro, nublándoselo parcialmente.

—He tenido sueños —confesó.

—Déjame que lo adivine. ¿En esos sueños estabas en un bosque? —la interpeló Santiago.

—Tú también los has tenido —saltó Nuria, como si no necesitara confirmación por su parte.

Santiago asintió y la puso al corriente de ellos. Le habló de cómo, cada vez que soñaba con aquel sitio, progresaba un poco más. De lo mucho que se parecía a un juego interactivo en el que siempre comenzaba la partida con una cierta noción de lo que había sucedido en la anterior. Le sorprendió que ella también hubiera soñado con la

cruz amarilla pintada con aerosol en el tronco de un árbol.

—¿Qué probabilidades hay de que hayamos soñado lo mismo? —le planteó Santiago con los ojos llenos de asombro.

—Yo diría que parecidas a las de que te toque el Euromillón dos semanas seguidas —repuso Nuria.

Santiago estuvo de acuerdo. Se le ocurrió algo, pero sonaba tan disparatado que a punto estuvo de no exponerlo. Fue Nuria, al advertir una expresión taciturna en su cara, la que lo animó a hacerlo.

—¿La posibilidad de que sean inducidos te parece descabellada?

—¿Inducidos por quién?

—Ni idea —admitió Santiago. Al cabo, añadió—: ¿Has llegado a la flecha verde?

Nuria le dijo que no tenía conocimiento de ninguna flecha verde y le preguntó qué era eso.

—Antes de responderte, si no te importa, ¿podrías decirme cuántos sueños sobre ese bosque has tenido?

Nuria chasqueó la lengua. Apenas llevaba una leve capa de maquillaje. Se había puesto un poco de rímel en las pestañas y un toque de rosa claro en los labios. Sus dientes eran blancos, sin llegar a ser deslumbrantes, y no había huecos demasiado apreciables entre ellos.

—Dos —constató Nuria.

—La noche que destrocé la sábana a tijeretazos era mi sexto —dijo Santiago.

Nuria enarcó las cejas y soltó una exclamación ahogada.

A continuación, Santiago la puso al día respecto a los detalles de los sueños por los que ella aún no había pasado. Le habló de la flecha verde fosforito pintada en otro árbol, y cómo esta señalaba un buzón fijado a una estaca clavada en el suelo. Nuria ladeó la cabeza y Santiago captó el significado de aquel gesto sin necesidad de que ella dijera una palabra.

—Me pasó lo mismo cuando lo vi por primera vez. Me pregunté quién habría puesto un buzón allí y cual habría sido el motivo. Se me ocurrieron un par de teorías. Pero tuve que esperar al siguiente sueño para hacerme con la nota que había dentro.

—¿Una nota? ¿Y qué decía? ¿Pudiste leerla antes de despertarte?

Santiago asintió.

—Pedía ayuda.

—Ayuda —repitió Nuria como tratando de cogerle la medida a la palabra—. ¿Estaba firmada?

—No.

—Entonces, ¿aún no has conseguido averiguar quién la escribió?

Tras contestar, Santiago se había quedado mirando las diminutas burbujas de su cerveza elevándose hacia la superficie.

—No, pero creo que era alguno de nosotros —refirió, sin alzar la vista.

Sintió —más que vio— que Nuria adelantaba el cuerpo y acercaba su cabeza a la de él. Sus ojos lo horadaron como barrenas de taladro girando al máximo de revoluciones. No había necesitado esforzarse lo más mínimo para ganarse su atención. De hecho, Nuria parecía dispuesta a penetrar en su cerebro y extraerle la información con una cuchara, si era necesario.

—¿A quién te refieres exactamente con *nosotros*?

Santiago alzó la cabeza y clavó sus ojos en los de ella.

—En el sueño, apartaba la maleza que crecía a un lado del camino y veía a unos niños jugando cerca de un olivo —le desveló.

Ella dejó escapar el aliento y, por unos segundos, pareció olvidar cómo se cogía aire de nuevo. Movió la cabeza a los lados, como intentando asimilar algo tan enorme que costaba tragar de un solo bocado.

—¿Pudiste ver con claridad que éramos nosotros?

—En el sueño, no. Pero al despertar y rememorarlo, sí. También estaban allí nuestras bicis. Las reconocí. La mía, la tuya, la de Mario, la de Juan Carlos y otra más pequeña que pertenecía a un niño más pequeño que nosotros cuatro.

Nuria trató de hacer memoria y, pese a que podía habérselo dicho, Santiago esperó a que lo recordase por sí misma. Necesitaba que se retrotrajese a esa época. No sólo como alguien que clava el anzuelo en un recuerdo de su infancia. Creía que lo mejor era que ella misma viajara al pasado.

—¿El primo pequeño de Mario? —planteó. Santiago asintió con la cabeza—. ¿Cómo se llamaba?

—Abel —le desveló.

—Eso es. Abel —repitió Nuria, y se dio un puñetazo en la palma de la otra mano como felicitándose por su esfuerzo deductivo.

—Tenía labio leporino y los niños se metían con él, así que la madre

se lo encasquetó a Mario durante una primavera y un verano enteros —añadió Santiago.

—Labio leporino. Es verdad —asintió Nuria, y confesó—: Estaba tratando de recordar por qué empezó a venir con nosotros. Y era por lo del labio. —Bebió un sorbo de café con leche, que a esas alturas ya debía estar frío—. Nosotros también nos reíamos de él. A sus espaldas, pero lo hacíamos —añadió, en tono arrepentido.

—A sus espaldas. Tú lo has dicho. Nunca nos pasamos con él a la cara —convino Santiago.

—Supongo que porque sabíamos que hacíamos mal, aunque fuera divertido —señaló Nuria.

—Puede —admitió Santiago.

Se preguntó si también recordaría lo que había sucedido entre ellos aquella tarde de verano, mientras compartían el cigarrillo que ella le había birlado a su padre. Pero guardó silencio. No era el mejor momento. Quizá hubiera otro más adelante.

—Ha llovido mucho desde entonces —convino Santiago.

—Y ha tenido que ser un sueño el que nos ha vuelto a reunir —completó Nuria.

—Un sueño de lo más raro. —Nuria estuvo de acuerdo—. Unas noches antes de recortar tu número en la sábana me desperté en la cocina, con las tijeras en la mano. Lo pasé muy mal. Pensaba que, a nivel subconsciente, estaba planeando suicidarme.

—Aunque, en realidad, no se parece en nada a un sueño. Sí, estábamos dormidos cuando lo *reproducíamos*. Pero ¿cómo se explica que tuviéramos la misma clase de sueño? Los dos andábamos por el bosque; los dos vimos la equis pintada con aerosol amarillo en el tronco de un árbol; los dos conseguimos el número del otro por métodos poco convencionales, por llamarlo de una manera suave.

Santiago había apurado su cerveza mientras ella hablaba, y sus palabras le dieron ganas de pedir una segunda. Tenía razón en que lo que habían experimentado no podía enmarcarse en el concepto de sueño. Los sueños —incluso las pesadillas— eran como las nubes de un cielo encapotado. Sin embargo, lo que ellos habían tenido se parecía más a una retrospección. Y, de tener que encuadrarlo en términos atmosféricos, habría dicho que se parecía más a un tornado local. Porque había dejado secuelas a su paso. Para empezar, los había sumido —como mínimo— en la inquietud. Ambos habían pasado miedo mientras *«vivían»* en él y en los lapsos que mediaban entre uno y otro. Y ahora había reunido a dos viejos amigos de la infancia que llevaban casi veinte años sin verse.

—Porque no era un sueño. Compartía algunas similitudes con ellos, pero no salió de nuestras cabezas —explicó Nuria—. Suena a locura, pero ahora estoy más segura que nunca de que alguien nos lo metió dentro.

—Como si nos lo hubieran colado a la fuerza por la puerta de atrás de nuestro cerebro —planteó Santiago, pese a que aquello sonaba a ciencia ficción de serie B.

—La única diferencia es que tú tuviste más sueños que yo y llegaste al final. Encontraste la nota y nos viste junto al olivo —repuso Nuria.

—Eso es algo que no me termina de encajar —admitió Santiago.

—Ni a mí —corroboró Nuria.

Empezó a darse toquecitos en los labios con la yema del índice.

—Hay algo más —continuó al cabo. Era como si se hubiera estado pensando hablarle de ello o no. Lo siguiente que dijo le dejó claro a qué se debían sus dudas—: Puede que no tenga nada que ver. Pero coincidió con uno de los sueños. Ese bosque estaba lleno de ramas que, si te descuidabas, te sacaban un ojo. Me clavé una aquí —se señaló el costado, un poco por encima de la cadera—, y cuando desperté tenía una herida.

Santiago podía entender qué era lo que sentía. A fin de cuentas, si uno podía arañarse en sueños con una rama y ese hecho manifestarse en la realidad, ¿qué le impedía temer resbalar y caer por un precipicio? Se remangó y le mostró la larga herida de su antebrazo.

Tenía mal aspecto. Los bordes seguían rizados, ennegrecidos y duros. Entre ambos ahora había un hueco de no más de un centímetro, pero suficiente para comprobar que a la herida le ocurría algo raro. La carne no estaba rosada, como tendía a ser cuando empezaba a cicatrizar, sino de una tonalidad marrón bastante inquietante.

—Corrí la misma suerte que tú —dijo, extendiendo el brazo—. Ese bosque es muy espeso. Lo normal es que te lleves algún que otro arañazo. Si vuelvo a soñar que estoy dentro de él trataré de llevar un machete para ir cortando todo lo que se interponga en mi camino.

—Creo que te gano —dijo Nuria, sin el menor conato de humor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Santiago, turbado.

Se inclinó hacia el lado derecho, apoyando todo su peso sobre esa nalga, y se levantó un poco la blusa. Tenía unas cuantas gasas estériles pegadas con esparadrapo. Despegó con cuidado las tiras, una a una, y le mostró su herida de guerra. Santiago profirió un grito ahogado. Luego parpadeó muy rápidamente y estiró el cuello para verla mejor. Mientras que su herida era una larga línea, la de Nuria era un

marcado punto y coma invertido. El primero debía habérselo hecho al clavarse la rama, y la segunda cuando se apartó de ella. Al igual que la suya, los bordes eran irregulares y estaban ennegrecidos, con la diferencia de que lo de dentro tenía mucha peor pinta. Había empezado a cicatrizar, pero aquello no parecía piel. Era demasiado oscuro y rugoso.

—Si la tocas, verás que está durísima —dijo, refiriéndose a aquello sobre lo que él clavaba la mirada—. Tengo una teoría, si quieres oírla.

—¿Cuál? —preguntó Santiago.

—No es piel sino corteza. —Tragó saliva y completó el pensamiento —. Corteza de árbol.

—Eso es imposible. ¿Cómo vas a fabricar…? —intentó rebatirle Santiago, pero ella lo interrumpió.

—No te lo estoy contando. Lo estás viendo con tus propios ojos. Olvida que es imposible y dime lo que pensarías que es, así a bote pronto.

Santiago se pasó la lengua por los labios.

—Corteza de árbol —admitió.

2.

Regresarían a La Gauna, el pueblo donde habían nacido y donde habían pasado casi la primera mitad de su vida. En cierto modo, había sido una decisión inevitable. Mientras intercambiaban información sobre el contenido de sus sueños y se esforzaban en interpretarlos se habían dado cuenta de que no podían quedarse de brazos cruzados. El pasado les reclamaba. Intentaba llevarlos de vuelta a sus orígenes e ignorarlo no era posible. Los había señalado explícitamente —ambos presentaban heridas que lo demostraba— y debían comprobar qué cabos habían dejado sueltos y por qué era tan imperioso anudarlos.

—Pero es una locura. ¿Cómo se nos van a estar regenerando las heridas con corteza de árbol? —había dicho Santiago tras confesarle a Nuria qué era lo que creía que estaban viendo sus ojos.

—También es una locura hacerte un arañazo en un sueño y que te despiertes y esté ahí, cuando tú no has salido de la cama en toda la noche —razonó Nuria.

—Entonces, ¿todo esto tiene que ver con el olivo en el que solíamos quedar ese verano?

Nuria se mordió el labio inferior en actitud reflexiva y asintió con la cabeza.

—Yo diría que sí.

Santiago tomó una bocanada de aire y luego lo soltó ruidosamente.

—Nos está llamando —señaló, como constatando un hecho.

—Quiere que vayamos —convino Nuria.

—Y por la pinta que tiene tu herida, me da la impresión de que no quiere que demoremos mucho el viaje.

Nuria se echó hacia atrás en la silla y se apartó el pelo de la cara.

—Cuánto antes. Hoy mismo. Ahora —aseveró.

—¿Ahora? —replicó Santiago—. ¿Y qué pasa con nuestras vidas? Yo tengo un negocio que sacar adelante. Y tú… tú tienes un marido que no creerá una palabra de lo que le digas.

—Mi marido está fuera por trabajo. Y espero que esto haya terminado para cuando vuelva, el viernes por la tarde. Hasta entonces, nadie me preguntará dónde estoy ni qué hago.

El viaje hasta La Gauna rondaba las dos horas. Santiago había llegado en su coche, que había estacionado en un parking subterráneo

de las proximidades. Subieron a él y pasaron por sus respectivas casas para coger los cepillos de dientes y algo de ropa. Querían salir cuanto antes, pero debían contar con la posibilidad de que tuvieran que pasar un día o dos allí. Si es que aún existía el hostalito de la calle Mayor, el único lugar del pueblo en el que un turista podía quedarse a pasar la noche cuando ellos aún eran un par de preadolescentes.

El sol todavía estaba fuera cuando tomaron la autopista, hacia las ocho y cuarto. El cielo era de un azul pálido, pero Santiago ya se valía de las luces de cruce para circular. Nuria decidió aprovechar la poca luz natural que quedaba para sobre sus rodillas preparar los bocadillos que esa noche harían las veces de cena. Habían comprado pan, algo de jamón y queso en lonchas y dos Pepsis.

—¿Crees que a los otros les estará ocurriendo algo parecido? —preguntó Santiago sin apartar la vista de la carretera.

—Puede que sí. La única razón de que exista un triángulo entre tú, yo y ese olivo es metiendo en la ecuación a Juan Carlos y a Mario —razonó Nuria.

—¿Y el primo de Mario? —planteó Santiago.

—En tu sueño aparecía, así que supongo que también estará involucrado.

Santiago profirió un sonido gutural de aprobación.

—¿Y por qué sólo nos ha puesto en contacto a nosotros dos?

—Ni idea. ¿Has tenido noticias de alguno de los otros en los últimos años?

—No.

—Yo tampoco.

—Pero me apostaría lo que fuera a que la nota de socorro proviene de uno de ellos —comentó Santiago.

Nuria le tendió el bocadillo de jamón y queso. Santiago lo cogió y le dio un mordisco. No había reparado en el hambre que tenía hasta que empezó a masticar. Una vez lo hizo, comenzó a devorarlo como si llevara una semana sin probar bocado. Imaginó que la tensión que soportaba no sólo le había crispado los nervios. También le había abierto el apetito.

—En el sueño jugaban al pilla pilla y parecían bastante felices —continuó.

—Ya, pero se trataba de dos periodos de tiempo diferentes.

—Sí. La hoja estaba en muy mal estado, así que debía llevar bastante tiempo allí. Puede que la vegetación que tuve que apartar

para vernos fuera una especie de cortina temporal. Pero si hubiera sido metida en ese buzón cuando aún éramos niños ya se habría convertido en polvo —expuso.

—Y de los tres, ¿algún candidato te parece más probable que otro?

Santiago reflexionó acerca de eso.

—Los tres —terminó por contestar, incapaz de decidirse por uno con claridad—. Pero no por nada en particular. Es sólo que hace dos décadas que perdí el contacto con ellos, y en ese tiempo han podido pasar muchas cosas.

—¿Cuándo te fuiste de La Gauna?

—Al cumplir los dieciocho. Me fui a vivir a Zaragoza con mis tíos porque en ese pueblo me estaba asfixiando.

Santiago recordaba el día que Nuria y su familia se habían largado, dejando un vacío irremplazable en su corazón. Tenía catorce años, y Mario hacía tiempo que había dejado de formar parte del grupo. Para entonces, habían aceptado hasta tal punto su ausencia que ya apenas se saludaban.

—Yo, en cambio, no me di cuenta de eso hasta pasado un tiempo desde que nos mudáramos —le confesó Nuria—. Al principio os echaba mucho de menos.

—Es una pena que por aquella época no existieran las redes sociales. Así no hubiéramos perdido el contacto.

—Podríais haberme escrito cartas. Os mandé mi dirección. Pero ninguno de vosotros lo hizo. Supongo que disteis la amistad por terminada.

—Imagino que sí. Pero ya sabes que a esa edad el tiempo corre a velocidad de crucero —adujo Santiago.

Nuria guardó silencio. Santiago comprendió cuánto le había dolido aquello en su momento. Se la imaginó mirando el buzón día tras día, con la esperanza de tener noticias suyas, y cómo con el paso de las semanas y los meses la ilusión se había ido resquebrajando hasta transformarse en decepción. Experimentó una aguda punzada de lástima por la Nuria de mediados de los noventa y sintió el impulso de disculparse con ella por eso.

Entonces, pasaron ante un cartel que decía «*La Gauna, 16 KM*».

—Ya casi estamos —resopló Nuria.

—Sí —murmuró Santiago.

El reloj del salpicadero marcaba las diez y treinta y cinco cuando abandonaron la autopista y entraron en la carretera nacional que

conectaba con la entrada del pueblo. A esa hora de un día laborable casi todo el mundo estaba en su casa, pensando en irse a la cama. Vieron los habituales reflejos azules de los televisores en las ventanas. Algunas estaban abiertas y también les llegaba el sonido. Ninguno de los dos abrió la boca mientras atravesaban el pueblo de este a oeste. Había negocios que habían aguantado el embate de las últimas dos décadas y seguían abiertos, casi tal y como los recordaban, entretanto otros habían desaparecido en la cruda bruma del tiempo. También descubrieron que aquí y allá se habían levantado unos cuantos bloques de pisos de poca altura y que la plaza principal había sido reformada y ahora presentaba un aspecto saludable y moderno. Observaban las sombras de la gente que encontraban a su paso por si las reconocían, y así fue en un par de ocasiones, pero no les dijeron nada porque dudaban que supieran quienes eran ellos. La gente cambiaba mucho más entre los quince y los treinta y cinco que entre los treinta y cinco y los sesenta.

Salieron del núcleo urbano de La Gauna y se adentraron en un camino de tierra cuyo estado no difería mucho de como lo recordaban. Cuando eran niños les encantaba jugar a sortear los baches y socavones y el golpe en el culo que se daban contra el sillín de sus bicis cuando no lo lograban, pero ahora no les hizo ninguna gracia. Aquel no era un viaje de placer. De haberlo sido, a buen seguro que habrían rememorado aquellos días y se habrían reído cada vez que una de las ruedas del coche se hundía en uno.

Los faros horadaban la noche como flechas de luz. Circulaban por debajo de los treinta por hora, y el cuentakilómetros se movía tan despacio que casi parecía un espejismo. Avanzaron por el estrecho camino de tierra amazacotada hasta que, a su izquierda, apareció un grupo de pinos que ambos reconocieron al instante. Durante la primavera y el verano del noventa y tres, en que se habían ocultado de la civilización refugiándose allí, zigzagueaban por entre ellos sin bajar los pies de los pedales. El que lo hacía, perdía, y los otros se reían un rato de él. En mayor o menor medida, todos habían pasado por ello y las risas nunca llegaban hasta el extremo de resultar ofensivas. Se trataba de un juego inocente. Un juego entre amigos.

—¿Te acuerdas? —le preguntó Santiago cuando Nuria rodeó el coche y se reunió con él junto a la puerta del conductor.

—Si lo hiciese ahora seguro que apoyaba un pie antes de esquivar el tercer pino —dijo esta, nostálgica.

—Pues yo no te iría muy a la zaga —sonrió Santiago.

Se pusieron en marcha, pasando por entre los árboles, con la pinaza caída crujiendo bajo sus pies. El olor dulzón de estos era tan intenso

que emborrachaba los sentidos. Nuria aspiró con fuerza por la nariz, disfrutó de él unos instantes y luego lo soltó por la boca. Avanzaban a oscuras, con la única ayuda del blanco resplandor de la luna. La cúpula de verdor no era tan espesa como la de sus sueños, por lo que podían guiarse en la oscuridad sin correr el riesgo de golpearse con los troncos. Atravesaron una franja de unos quince metros de pinar antes de llegar a la última fila y divisar el falso claro.

Quién había plantado un olivo allí y por qué era un enigma, pero lo cierto era que se las había arreglado muy bien para prosperar. Sus raíces, largas y fuertes, habían absorbido los nutrientes de la tierra de alrededor, lo que había hecho que los árboles más próximos se secaran. Desde antes de que ellos descubrieran aquel lugar, eran poco más que viejos maniquíes abandonados y cubiertos de polvo.

Santiago estaba pensando en el día que habían compartido un cigarrillo allí y en lo sucedido con posterioridad, un acontecimiento agradable y excitante que apenas había durado un rato y no volvió a repetirse, cuando Nuria se llevó la mano a la boca y soltó un grito. Se volvió y la miró, con los ojos muy abiertos, sin comprender qué sucedía, pero ella no apartó la vista del olivo.

—¿Puedes verlas? —preguntó con voz exaltada.

Santiago miró el árbol, se volvió de nuevo hacia Nuria y luego otra vez hacia el árbol.

—No. ¿Qué debo ver?

Pero, en lugar de decírselo, Nuria respondió:

—Prueba a entrecerrar los ojos e inténtalo de nuevo. Como cuando quieres leer algo que tiene la letra muy pequeña.

Santiago lo hizo, e inmediatamente distinguió algo que poco a poco empezó a cobrar forma. Permaneció en silencio hasta que se mostró con la suficiente claridad como para estar seguro de que lo que veía era real.

—¿Cómo es posible? —articuló—. No están y, sin embargo…

—Sin embargo, existen —lo interrumpió Nuria—. Lo sé. Yo tampoco me lo explico.

Ahora que había entrecerrado los ojos y concentrado la atención en el retorcido tronco del olivo descubrió una serie de cuerdas atadas a él, con la particularidad de que cada una se alejaba en una dirección distinta. Lo más llamativo era que flotaban en el aire, a medio metro del suelo, sin soporte alguno que las sustentara. Como si la Ley de la Gravedad no se aplicara a ellas. Se acercaron y, cuando quedó a su alcance, ambos estiraron la mano para tocar la más próxima. Los

dedos de ambos la traspasaron sin siquiera sentir el contacto.

—Somos nosotros, ¿no? —preguntó Santiago, embargado por las emociones.

—Hay cinco. Igual que nosotros, si cuentas al primo de Mario —convino Nuria.

Cuando lo intentó por segunda vez, los dedos de Santiago volvieron a traspasarla, pero en esta ocasión experimentó el roce peregrino de la cuerda. Era áspera al tacto, pese a que su apariencia inducía a pensar que debería ser todo lo contrario.

—La he sentido —exclamó Santiago en tono solemne.

—Sí. Yo también —convino Nuria, que tenía la mano extendida bajo otro de los segmentos de esta.

Se apartaron y rodearon el olivo para inspeccionar el resto de cuerdas. Otra de ellas flotaba de igual forma que lo hacía la que habían tocado. Fueron las tres restantes las que los llenaron de suspicacia. La primera seguía atada al tronco, pero se encontraba a ras de suelo y presentaba un aspecto lamentable. Aparecía deshilachada y llena de polvo, como si permanecer a la intemperie le hubiera pasado factura. La segunda tampoco tenía mucho mejor aspecto, con la salvedad de que permanecía en el aire. La última era la más intrigante: despedía un intenso fulgor anaranjado, como el de una resistencia eléctrica al límite de su capacidad. Las volutas de humo que manaban de ella les hizo pensar que tocarla habría sido como cerrar la mano en torno a un hierro al rojo.

—Tú y yo debemos ser esa y esa —vaticinó Nuria, señalando las dos que se encontraban en mejor estado.

Se quedaron mirando las otras tres, tratando de adivinar cual pertenecería a cada uno de los chicos con los que habían compartido vivencias en la primavera y el verano del noventa y tres. Todas parecían albergar connotaciones negativas, aunque coincidieron en señalar que la que estaba enroscada en el suelo era la que más les preocupaba.

—Necesitamos localizarlos para asegurarnos que están bien —dijo Santiago.

—Lo sé.

—Aunque mucho me temo que no va a ser así —continuó Santiago.

—La del suelo me hace pensar en lo peor.

Santiago asintió, taciturno.

—Y las otras dos huelen a problemas serios —añadió Nuria.

Se quedaron allí, en silencio, asimilando la magnitud de los hechos que insinuaban. Sin mencionarlo, ambos tenían la certidumbre de que la desgracia envolvía a aquel olivo y que las víctimas eran sus viejos amigos de la infancia.

—¿Qué es eso? —dijo, de pronto, Nuria.

Santiago siguió la dirección en que señalaba con el dedo. La luz de la luna era insuficiente, así que Nuria optó por sacar su móvil y activar esa aplicación que convertía la lente de la cámara en una potente linterna mientras volvía a acercarse al tronco. Santiago la siguió y se detuvo tras ella. Para entonces, Nuria ya enfocaba de manera directa una porción de este situada unos tres palmos de altura por encima de su cabeza.

—Joder —musitó—. No puede ser.

Y sin embargo sí, podía ser; pese a tratarse de algo tan surrealista que Santiago experimentó el impulso de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. Es decir, todo el asunto lo era, comenzando por los sueños que tenían repercusiones en el mundo real. Y lo de las cuerdas… Lo de las cuerdas era una chifladura. Pero lo que estaban viendo en aquel momento, eso no tenía parangón.

—¿Qué nos está diciendo? ¿Que ahora yo soy parte de él y él de mí? —aventuró, exaltada.

Se había levantado la camiseta de modo que la herida del costado, la que se había hecho durante uno de los sueños y que tenía cubierta por corteza de árbol, quedara a la vista. No hacía falta hilar muy fino para constatar que la forma de la herida era idéntica a la del trozo de piel que crecía en el tronco.

—Tal vez —contestó Santiago, abrumado.

—¿Y tú? —añadió, volviéndose hacia él—. A ti debe haberte hecho lo mismo.

Santiago tragó saliva y se echó un vistazo a la herida del antebrazo. De pronto, tuvo una idea.

—Como una línea abierta —apuntó.

—¿Qué? —Nuria lo miraba con las cejas enarcadas.

—Como una forma de estar conectado a nosotros de manera permanente. De ver lo que vemos y saber lo que sabemos —le aclaró.

—¿Lo dices en serio? —inquirió Nuria—. Estamos hablando de un árbol. ¿Cómo es posible que pueda hacer algo así? Y no me refiero sólo a esto sino a todo. Todo lo que nos ha pasado. Empezando por los sueños.

—Quizá establecimos una profunda conexión con él durante aquellos meses de mil novecientos noventa y tres. —Reflexionó acerca de lo que acababa de decir y añadió, como si fuera de una lógica tan aplastante e irrefutable que no había contraargumento posible—: A fin de cuentas, ¿qué sabemos de las plantas, aparte de que son seres vivos?

—Te juro que si no me estuviera pasando esto y alguien viniera contándomelo pensaría que esa persona necesitaba una camisa de fuerzas con urgencia—aseveró Nuria.

—Lo sé —contestó Santiago—. Pero la realidad es que nos ha atraído hasta aquí y que quiere algo de nosotros.

—¿Y cómo vamos a saber qué es? —replicó Nuria.

—Yo ahora sí que pondría la mano en el fuego en cuanto a que tiene que ver con los cinco que vinimos aquí durante esos meses —valoró Santiago.

—En ese caso, necesitamos localizar a los demás y averiguar en qué estado se encuentran.

Mientras desandaban el camino y atravesaban el pequeño bosquecillo de pinos, Santiago pensó en la cuerda caída. Se preguntó a quién pertenecería, pero no hizo ningún esfuerzo por adivinarlo. Prefería empezar a concienciarse acerca del hecho de que en el futuro próximo les aguardaban malas noticias.

3.

Reservaron dos habitaciones individuales en el hostal de la calle Mayor, que seguía en funcionamiento pero ahora dirigido por una de las hijas de la antigua propietaria. Santiago y Nuria la reconocieron. Nunca habían hablado con ella, porque debía sacarles unos cinco años y no tenían amistades en común, pero lo raro en un pueblo era que no te sonara alguien. Si ella supo quienes eran los que tenía delante, no lo dijo. Entregó una llave a cada uno y les dio las buenas noches antes de desaparecer tras una cortina, donde había un televisor encendido a un volumen demasiado alto.

Era tarde; había sido un día largo y repleto de emociones y estaban cansados, así que Santiago y Nuria se despidieron en el pasillo y entraron en sus respectivas habitaciones. Lo primero que Santiago hizo tras cerrar la puerta y quedarse a solas fue descalzarse y quitarse toda la ropa a excepción de los calzoncillos. Encontró el mando a distancia en uno de los cajones de la mesilla de noche, se tendió en la cama —que no parecía demasiado cómoda— y apuntó con él hacia el televisor. Antes de que pudiese presionar ningún botón, oyó la voz de Nuria al otro lado de la pared. Aguzó el oído, pero no pudo captar nada de lo que decía. Supuso que estaría hablando por teléfono con su marido y pensó en Fina y en lo desorientado que le había dejado el divorcio. Aunque su relación llevaba deteriorándose desde hacía tiempo y no podía alegar que fuese algo inesperado, aún no se había recuperado del todo. Cuando estaban casados, ella era la que se ocupaba de la economía del hogar y de decidir qué hacía falta y en qué momento. Sólo ahora que tenía que arreglárselas por sí mismo se había dado cuenta del vaivén tan pronunciado del mundo que giraba a su alrededor y lo difícil que era conservar el equilibrio.

Rehusó seguir por ahí o, como ya le había pasado en varias ocasiones, terminaría mojando la almohada de lágrimas, ya fuese despierto o mientras dormía. Soltó el mando y se puso a pensar en lo que habían descubierto esa noche. Cinco cuerdas, y sólo dos de ellas —la suya y la de Nuria— se encontraban en buen estado. Los propietarios de las otras tres estaban en problemas. Le preocupaba sobre todo la que yacía semienterrada y olvidada en el suelo. Como un…

Evitó completar la frase. Pero no sabía si podría hacerlo por mucho tiempo, así que se esforzó en dejar la mente en blanco. Al final, concentrado como estaba en bloquear cualquier línea de pensamiento, no se dio cuenta de que se estaba quedando dormido. Tras parpadear

por última vez, el mundo se tiñó de una espesa negrura por entre la que se movía con relativa soltura. Hasta que su cerebro rebasó el perímetro de seguridad e hizo saltar la chispa desde la que el sueño crecía y se expandía, atrapándolo en una burbuja onírica.

No se despertó hasta los albores del día siguiente pero, al hacerlo, fue consciente del horror subrepticio de lo que había *vivido*. Se había pasado toda la noche en el falso claro, enroscando alambre de espino en torno a su propia cuerda, concentrado en la labor pese a que la sangre manaba de las decenas de heridas que tenía en las manos. Se apresuró a examinárselas y comprobó que estaban intactas. Fue al cuarto de baño y se dio una ducha. Dejó correr el agua hasta que el corazón recobró su ritmo habitual.

«¿Me estabas advirtiendo de cómo va a ser el dolor que voy a tener que soportar?», se preguntó mientras se vestía.

Cuando Nuria llamó a su puerta, ya estaba listo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Santiago mientras recorrían el pasillo de camino a la recepción.

—No demasiado. —Santiago esperó por si quería añadir algo más, pero ella guardó silencio.

—Te entiendo. Yo tampoco he pasado buena noche —repuso él.

—No hace falta que lo jures —apuntó ella.

Dieron los buenos días al chico que había tras el mostrador y bajaron el tramo de escaleras que conducía a la calle.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Santiago.

El cielo estaba encapotado y el sol pugnaba por encontrar un resquicio entre las nubes por el que lograr proyectar un puñado de rayos de luz sobre la tierra. Se detuvieron en la acera, tratando de decidir dónde desayunar.

—No has parado de gritar y hablar en voz alta en toda la noche—le desveló Nuria.

—Exageras —alegó Santiago; aunque lo cierto era que se había levantado con una sequedad de boca bastante inhabitual.

—Pregúntate qué saco yo diciéndote algo así y te darás cuenta de que no miento —adujo Nuria, como dispuesta a zanjar el asunto.

Tenía razón. Pero cuando Nuria le preguntó si recordaba algo de la pesadilla, este contestó que no. Si le decía la verdad, ella se empecinaría en extraer conclusiones y no estaba muy seguro de cómo hacerle saber que no quería conocerlas sin ofenderla.

Desayunaron en un bar próximo que olía a café recién hecho y a

torreznos. El muchacho que les atendió había pegado un buen estirón. La última vez que Santiago lo había visto tendría unos ocho años y el balón de fútbol abultaba casi tanto como él. Ahora era todo un hombre. El pelo que le crecía en la cara era negro y espeso. Llevaba un pendiente plateado de botón en la oreja izquierda y, por la expresión seria de su rostro, no parecía recordarles.

¿Tanto habían cambiado que ya nadie de por ahí les reconocía? ¿O es que había pasado tanto tiempo desde que se fueron para no volver que ya no importaban a nadie?

Pidieron café con leche y un par de magdalenas para cada uno. Luego recorrieron el bar con la mirada en busca de caras familiares. La inmensa mayoría lo eran, sólo que en torno a veinte años más a las espaldas que cuando se habían marchado de La Gauna para iniciar una nueva vida —por separado— en Zaragoza.

—¿A quién te apetece visitar primero? —preguntó Nuria.

Cortaba la magdalena en trozos pequeños, que sumergía en la leche, para después cogerlos uno a uno con la cucharilla y metérselos en la boca.

—Me da igual. Elige tú —dijo Santiago.

—¿Qué te parece Juan Carlos? —sugirió Nuria—. Es el que vive más cerca de aquí.

Santiago encogió un hombro, como si dijera que no le parecía ni bien ni mal.

—O vivía. Puede que se haya mudado —planteó Santiago.

4.

Habían terminado de desayunar y se disponían a levantarse cuando Santiago miró por encima del hombro de Nuria y descubrió a Abel —el primo de Mario— en el aparcamiento improvisado de delante del bar. Se había bajado de una moto de 49 c.c. y en ese momento guardaba el casco en el hueco que quedaba bajo el asiento. Empujó la puerta, entró y se dirigió a la barra. Estaba muy delgado. Su camiseta de manga corta dejaba a la vista unos brazos escuálidos y la nariz le destacaba en el rostro descarnado y de mejillas hundidas como un faro en mitad de la niebla. Llevaba vaqueros de una talla de cintura minúscula y que, aún así, parecían venirle grandes. Santiago se preguntó si su delgadez se debía a la velocidad a la que su organismo quemaba calorías o si padecía algún tipo de trastorno alimenticio.

—¿Nos vamos? —preguntó Nuria. Y, a continuación, antes de darle opción a responder—: ¿A quién miras?

Se volvió sin hacer el menor esfuerzo por disimular y lo vio. Cuando devolvió la atención a Santiago, su boca abierta formaba una gran O.

—¿Ese es Abel? —Se trataba de una pregunta retórica—. Está hecho un fideo.

—Sí. Ya me he fijado —masculló Santiago en tono lúgubre.

—Dejemos a Juan Carlos para más tarde —sugirió Nuria.

Había una lógica tan aplastante en lo que acababa de decir que Santiago ni siquiera se molestó en contestar. Retiró la silla, se incorporó y echó a andar, con Nuria a su lado.

—Hola, Abel —saludó Santiago.

Su viejo amigo dejó de beber de la cerveza que acababan de ponerle delante, aunque no la soltó. Entrecerró los ojos y, tras mirarlos unos segundos con detenimiento, dijo:

—¿Santi? —Este asintió, estirando los labios en una débil sonrisa—. ¿Y tú eres Nuria?

Cuando ella contestó que sí, Abel se abalanzó sobre ellos con los brazos extendidos y los tres se fundieron en un abrazo. Permanecieron así durante unos segundos y, cuando se apartó de ellos, la alegría de Abel era tan intensa que su sonrisa dejaba a la vista buena parte de su dentadura.

—¡Madre mía! ¡Cuánto ha pasado desde que os fuisteis! ¡No me creo que estéis aquí! —exclamó, lleno de júbilo.

—Demasiado —contestó Nuria.

—Un momento —pidió, mostrándoles las palmas. Miró a uno y a otro alternativamente—. No me digáis que estáis juntos.

—No.

—No.

Contestaron al unísono, como una sola voz; como si aquella suposición fuera de las cosas más descabelladas que habían oído en su vida.

—¿No? Entonces, ¿qué es esto? ¿Una especie de reunión de viejos amigos? —preguntó Abel.

—Algo parecido —contestó Santiago, antes de añadir—: ¿Tienes tiempo para sentarte un rato con nosotros?

—Estoy en el paro, así que tengo todo el tiempo del mundo —aclaró Abel.

—Vaya. Lo siento. ¿Llevas mucho sin trabajo? —preguntó Nuria.

Se habían acercado a una mesa vacía y tomado asiento.

—¿Oficialmente? Once meses. Extraoficialmente, ayer terminé de pintar los techos de una casa entera.

—¿Eres pintor?

—De brocha gorda arriba y brocha gorda abajo —bromeó.

Santiago rio y Abel lo miró, encantado con su chiste verde. Tenía una cicatriz rosada en el labio superior, justo donde antes había estado la hendidura que tanto lo había martirizado de pequeño.

—Entonces, ¿te va bien? —preguntó Nuria.

—Sí. Bastante bien. No me puedo quejar. —Se percató de que ellos no tomaban nada y añadió—: Pedid lo que queráis. Yo invito. Por los viejos tiempos.

Santiago negó con la cabeza.

—Gracias, pero acabamos de desayunar —rechazó Nuria.

—Bueno, como queráis. —Cambió ligeramente de postura y añadió —: ¿Y qué os ha traído de vuelta? ¿Habéis venido a rememorar el pasado?

—Podría decirse así —contestó Nuria, tomando la iniciativa.

A Santiago le pareció un comentario —cuanto menos— enigmático. De haber sido él, le habría preguntado qué significaba eso, pero a este pareció satisfacerle la respuesta.

—Pues me parece genial. —Abel se frotó la sien derecha con la yema del índice—. Habréis visto, pues, que las cosas por aquí no han cambiado mucho.

—Sí. Es como si el tiempo se hubiera detenido —convino Santiago.

—Ya lo podéis jurar. Aquí lo único que pasan son las hojas del calendario. Lo demás casi ni se mueve —dijo Abel con una sonrisa.

Siguió un silencio breve pero intenso.

—Echo de menos la vida tranquila de los pueblos —suspiró Nuria.

—Yo no me iría a vivir a una ciudad ni harto de vino —aseveró Abel.

Santiago pensó en decirle que, a su juicio, la vida en la ciudad tenía más ventajas que inconvenientes respecto a la de los pueblos. Él nunca se había arrepentido de haberse marchado. Los sitios como La Gauna se le antojaban cárceles en la que sus habitantes no sabían que estaban presos. Pensaban que vivían en libertad, cuando no era así. Para la gente como Abel, el mundo era un concepto abstracto y sin demasiado valor, y su cerebro sufría un proceso de atrofia difícilmente reversible.

—Es cuestión de gustos —se limitó a decir Nuria.

—¿Te casaste? ¿Tienes hijos? —preguntó Santiago a bocajarro, reconduciendo la conversación hacia el asunto que les había llevado de vuelta al pueblo en que se habían criado.

—Sí. Me casé. Y tengo dos chicas y un chico —contestó con orgullo.

A Santiago le hubiera gustado preguntarle quién era su mujer —si era del pueblo, seguro que la conocerían—, pero esta vez fue Nuria quien no le permitió que se fuese por las ramas.

—Lo que sí es mejor en los pueblos es la calidad del aire. Aquí debéis de tener todos una salud de hierro —presumió.

—No te creas. También tenemos nuestros achaques —replicó Abel.

Nuria se inclinó hacia delante y lo miró con intensidad.

—¿A qué te refieres con achaques? Estás bien, ¿no?

—Sí. No es nada importante —contestó Abel, haciendo un gesto con la mano con el que pretendía restarle importancia—. A veces, me dan ataques de ansiedad. Pero van y vienen. Puedo estar seis meses sin tener ni uno y, de repente, me paso tres días con el corazón a mil.

—Vaya —lamentó Santiago.

—Al principio, me asustaba un montón, ¿sabéis? Porque los síntomas se parecen a los de un ataque al corazón. Pero luego me acostumbré. Jode mucho que te pase algo así. Sobre todo porque

puede hacerlo en cualquier momento. Me han dado hasta durmiendo, así que imaginaros.

—¿Y te han dicho cuál puede ser la causa? —interrogó Nuria.

Para entonces, Santiago ya se había percatado del propósito que perseguía Nuria. Los problemas de salud de Abel le posicionaban como firme candidato a ser el propietario de la cuerda flotante atada al olivo que se encontraba en mal estado.

—Estrés y eso. Mi médico me ha dicho que debería llevar una vida más tranquila, pero yo soy como soy. No puedo estar mucho tiempo sentado, sin hacer nada —adujo Abel.

Sí, Santiago ya había reparado en esa especie de hiperactividad que embargaba a Abel.

—Se nota —repuso Nuria—. Por eso estás tan delgado.

—Ya. Mi mujer dice que soy un montón de huesos dentro de un saco de pellejo —confesó Abel, y se echó a reír.

—Oye, ¿y a tu primo Mario cómo le va? ¿Sigue viviendo en el pueblo? —preguntó, como si acabara de acordarse.

—Que va. Se marchó hace mucho. A Tarragona —contestó.

—¿Y seguís en contacto? —preguntó Nuria.

—No —dijo a la vez que sacudía la cabeza.

Luego se llevó el botellín a los labios y lo vació de un trago. Como si hablar lo hubiera dejado sediento. Algo que quedó de manifiesto cuando lo alzó por encima de la cabeza y le pidió al camarero que le pusiera otro.

—Vaya. Nos hubiera gustado verlo —se lamentó Nuria—. ¿Sabes, al menos, cómo podríamos localizarlo?

—¿Para qué? No me digáis que vais a ir a Tarragona —replicó Abel.

—He oído que es un sitio muy turístico —comentó Santiago—. Además, podríamos aprovechar para ir a la playa y bañarnos en el mar.

—No entiendo por qué a la gente le gusta tanto el mar. Si el agua debe estar salada de la hostia —expresó Abel.

—En realidad, es una combinación de varias cosas —repuso Santiago, que había veraneado un par de años en Salou antes de que su matrimonio con Fina empezara a agrietarse—. Tomas el sol y, cuando te cansas, te das un baño. Contemplas la inmensidad del mar, ves ponerse el sol. Esas cosas.

Abel se encogió de hombros como dando a entender que ninguno de

esos argumentos valía para convencerlo.

—Entonces, ¿puedes ayudarnos a dar con él? —reiteró Nuria

—Lo único que sé es que se puso un negocio de sellos —comentó Abel.

—¿De sellos? —repitió Santiago, incrédulo.

Abel dejó que la pregunta flotara en el aire mientras se levantaba a por el botellín que el camarero le había dejado en la barra. Lo cogió y bebió un trago antes de regresar a la mesa.

—Para gente que colecciona sellos. Los compra y los vende, al parecer —aclaró—. Menuda forma de ganarse la vida, ¿eh?

Aquella última frase dejó entrever a Santiago que Abel era uno de esos hombres para los que todo aquel trabajo que no exigiese mancharse las manos no merecía su respeto. A lo que no le encontraba explicación era al estado de ánimo en que se encontraba desde hacía unos minutos. Parecía tenso, incómodo. Como si, de pronto, ya no le gustara tanto la idea de sentarse a charlar con ellos.

—¿Es que os peleasteis o algo así? —preguntó Nuria.

Abel frunció el ceño.

—No. ¿Por qué dices eso? —inquirió en tono cortante.

—No sé. Porque me extraña —adujo ella—. Sois primos.

—Ya. Primos. Familia. Pero cuando hizo las maletas y se marchó, fue como si nos dijera a los que nos quedábamos aquí que este no era su sitio ni nosotros la gente que necesitaba a su alrededor. Y luego tampoco se molestó en llamarnos para darnos la dirección de su casa ni el número de teléfono.

—Quería empezar de cero y, para ello, optó por romper con todo lo que oliera a La Gauna —reflexionó Nuria en voz alta.

—¿Y sus padres? —interpeló Santiago.

—Esperó a que muriesen para irse. Parece ser que era lo único que lo retenía aquí. No creo que dejara pasar ni un mes desde que enterráramos a mi tío antes de que se fuera. Para mí que llevaba tiempo con las maletas preparadas en la puerta —dijo en tono molesto.

Saltaba a la vista que le guardaba rencor, aunque Santiago no supo si lo hacía por haberse ido o sólo por haber renunciado a seguir en contacto con él. La cuestión era que la relación entre ambos era inexistente.

Pensó que ya habían exprimido lo suficiente a Abel. No tenían lo

que querían, exactamente. Pero no creía que hubiese muchas tiendas dedicadas a la filatelia en Tarragona. En principio, dar con él no debía suponerles una gran dificultad.

Notó que Nuria lo estaba mirando y se volvió hacia ella. Parecía estar tratando de transmitirle algo, pero Santiago no acertó a saber qué era.

—Nos ha encantado verte, Abel. De verdad —dijo Nuria, levantándose y besando a Abel en las mejillas.

A continuación, mientras Santiago le estrechaba la mano, el primo de Mario dijo:

—¿Cuándo os vais?

—Mañana, seguramente. Antes nos gustaría ver a Juan Carlos —contestó Santiago.

—Por cierto, ¿sabrías decirnos dónde vive? Pensábamos ir a casa de sus padres para preguntarles a ellos, pero si tú lo sabes nos ahorramos un viaje —expuso Nuria.

—Sí. Claro que lo sé —murmuró en tono grave—. Su casa es un cajón de madera enterrado en el cementerio desde hace unos seis años.

Santiago se quedó sin aliento. Hasta entonces, la propiedad de la cuerda atada al olivo y caída en el suelo estaba entre Juan Carlos y Mario, y había tenido la esperanza de que quien hubiese caído fuese este último. No es que le cayera mal. Era solo que debía elegir, y entre ellos dos, prefería a Juan Carlos.

—¿Qué le pasó? —quiso saber Nuria.

—Se quitó de en medio. Cogió una cuerda, se la puso alrededor del cuello y le pegó una patada a la silla en la que estaba subido. Lo encontró su mujer, cuando se levantó para ver por qué tardaba tanto en ir a la cama. Oí decir por ahí que fue por problemas con el juego. Se había gastado todos los ahorros que tenían y lo último que había intentado hacer era hipotecar la casa. Supongo que no se veía capaz de solucionar su adicción y decidió cortar con todo de raíz, a las bravas —expuso, con una relativa frialdad, que Santiago atribuyó al tiempo transcurrido.

—Debió ser muy duro para ella encontrarlo así. ¿Tenían hijos? —quiso saber Nuria.

—Una niña. En ese momento tenía siete años. Ahora es toda una mujercita. Parece que ha conseguido dejar atrás ese episodio y seguir con su vida —dijo Abel.

—Me alegro de que fuese así —aseveró Nuria.

—Si lo hubiera encontrado ella en lugar de su mujer la habría traumatizado de por vida —gruñó Santiago, molesto con su viejo amigo.

—Eso es lo que, en su momento, pensamos todos. Por suerte no fue así —convino Abel.

5.

Regresaron al hostal, recogieron a toda prisa sus cosas, las soltaron en el asiento posterior del coche y pusieron rumbo a Tarragona. En ese momento, el reloj del salpicadero marcaba las once y veinticinco. Nuria había activado el GPS de su teléfono móvil e introducido los datos de origen y destino. Según los cálculos de este, llegarían a Tarragona poco antes de las dos. Una hora a la que los negocios de sellos estaban cerrados. Ni saltándose todas las limitaciones de velocidad llegarían a tiempo de hablar con Mario antes de que este se fuera a comer. Por tanto, cuando se incorporaron a la AP-7, decidieron tomárselo con calma y circular por el carril derecho, por debajo del límite máximo de velocidad. Se tomarían el viaje como un paseo.

Nuria hizo una búsqueda en Google y descubrió que Tarragona sólo contaba con tres negocios dedicados a la filatelia. Cuando se lo dijo a Santiago, este suspiró de alivio porque, al menos, no se pasarían el día entero buscándolo. Contaba con reconocerlo. Hacía dos décadas que no lo veían, pero estaba seguro de que cuando lo tuviesen delante sabrían que era él. Los rostros cambiaban, pero la mayoría de la gente conservaba algún rasgo identificativo inalterable desde la niñez.

—Quizá no haga falta —repuso Nuria con una sonrisa.

—¿No? ¿Por qué no?

—Alguien dejó un comentario en la entrada de «Filatelia Tarragona». Dice: «*Tiene todo lo que puedas buscar y, si no, te lo consigue. Mario es el mejor filatélico que conozco. Un auténtico experto. Pero si lo que te interesa es la numismática, tampoco hay problema. También domina ese terreno. Por eso le doy cinco estrellas, la máxima puntuación*».

—Vaya recomendación. Podría pensarse que hasta la ha dejado él mismo —comentó Santiago.

Nuria rio.

—¿Verdad que sí?

Después de eso, permanecieron un rato en silencio. Nuria trasteaba en su teléfono móvil mientras una parte de Santiago permanecía concentrada en la conducción. La otra le daba vueltas a todo cuanto habían descubierto durante su breve visita a La Gauna. Era difícil obtener más información en menos tiempo. Como si todo hubiera estado ahí hibernando, a la espera de que regresaran para servírselo en bandeja de plata.

—El suicidio de Juan Carlos me ha dejado helado. Esperaba que el que hubiera muerto de nosotros cinco lo hubiera hecho por causas más… —Santiago buscó la palabra adecuada, pero no fue capaz de encontrarla y completó la frase con un gesto de la mano.

—Más naturales —apuntó Nuria—. Sí, yo también. El suicidio es el acto más extremo de desesperación.

—¿Cómo se le pudo ocurrir hacer algo así? ¿Es que no pensó en su hija? ¿En cómo eso iba a marcar su vida? —reflexionó Santiago.

Seguía enfadado con su viejo amigo. No podía creer que hubiera escogido el camino más sencillo para solucionar sus problemas de ludopatía. Puede que lo sobrepasara, que fuera una carga más pesada de la que podía soportar sobre sus espaldas. Pero consideraba que quitarse la vida era de cobardes. Y si a eso se le añadía que tenía familia, lo que había hecho era imperdonable.

—No creo que sea tan sencillo. Desde fuera tal vez lo parezca. Tengo un problema, no sé cómo sacármelo de encima, y además soy una carga para todos. Así que ¡pum! Me cuelgo de una soga y adiós muy buenas. Eso es lo que tendemos a pensar quienes creemos que nunca haríamos algo semejante. Quienes nos quedamos. Pero ¿cómo de negro tuvo que verlo todo para que dejara de importarle lo que abandonaba aquí?

—Tenía una hija. Su deber como padre era sacarla adelante. Hacer todo lo que estuviera en su mano para que el día de mañana fuera una persona de provecho —replicó Santiago.

—¿Y si lo hizo precisamente por ella? —le planteó Nuria.

Santiago apartó, por un instante, la vista de la carretera. El riesgo de salirse de la calzada y sufrir un accidente era bajo, porque en ese momento el velocímetro temblequeaba en torno a los noventa kilómetros por hora. Los camiones —incluso los más grandes— no paraban de rebasarles. Algunos incluso les tocaban el claxon como pidiéndoles explicaciones para circular tan lentos.

—Eso no tiene sentido —replicó Santiago.

—Claro que sí —insistió Nuria—. Lo tiene si se veía a sí mismo como un mal ejemplo para ella. Algo a cuyo lado ella no podía crecer porque lastraría su vida. Y la de su mujer, claro.

—Así que, según esa teoría, ¿es mejor ejemplo hacer ver a tu hija que ante cualquier problema, por muy grave que sea, siempre tiene la salida de suicidarse?

—Puede que me equivoque. Pero la gente que se quita la vida rara vez lo hace movida por un impulso. Es algo profundamente meditado.

Algo a lo que pueden llevar meses dándole vueltas. Valorando los pros y los contras. —Debió ver que Santiago se disponía a señalar algo y se pasó la lengua por los labios antes de añadir—: No digo que fuera el caso de Juan Carlos. Tal vez tengas tú razón y su actitud fuera la de un cobarde engreído que sólo pensó en sí mismo. Lo que digo es que se merece el beneficio de la duda.

—¿Y tú cómo es que sabes tanto acerca del suicidio? —la interrogó Santiago.

Nuria se encogió de hombros.

—Leo mucho. Sobre todo, novelas. Pero, de vez en cuando, biografías y libros temáticos. Un día, buscando en la biblioteca, me topé con uno que se llamaba *Guía del suicida* o algo así. Me llamó la atención y lo cogí. Antes yo también pensaba como tú, pero a raíz de leer ese libro mi percepción sobre lo que había tras la muerte de una persona que se ha arrebatado la vida a sí misma cambió.

—Ya —dijo Santiago en tono reflexivo.

—Me di cuenta de cuánto de compleja y embrollada era la psicología de un suicida en las semanas, días y horas previas a cometer el acto —sentenció.

Santiago inspiró por la nariz.

—Creo que, cuando esto acabe, necesitaré leer un libro de esos para entenderlo.

—Seguro que te será de ayuda —vaticinó Nuria.

—Cabe la posibilidad de que deje de estar furioso con él, pero sólo porque me quedará la duda de cual fue su excusa —auguró.

—Es una posibilidad —aceptó Nuria—. Pero una posibilidad de entre varias. Al menos, te ayudará a dejar de estar convencido de que Juan Carlos se comportó como un cobarde.

No dijeron nada más durante un rato. Nuria se volvió hacia la ventanilla y se dedicó a contemplar el paisaje. Aprovechando que no podía verlo, Santiago la miró por el rabillo del ojo. Aún no podía creer que tuviera subida en su coche a la chica que había sido su mejor amiga del sexo opuesto durante su infancia y el comienzo de su adolescencia. Cuando la miraba no podía ver a la mujer que era. O, al menos, no sólo a la mujer que era. Era una sensación extraña pero, al mismo tiempo, muy agradable. Aquellos años habían sido los mejores de su vida, y ellos tres —Abel, durante el tiempo que estuvo yendo con ellos, sólo fue el apéndice de Mario— las amistades más sinceras que había tenido.

—¿Te importa si pongo la radio? —le preguntó al cabo, con la mano

ya en el encendido.

—Preferiría que no —contestó Nuria.

Santiago devolvió la mano derecha al volante, un tanto contrariado. Lo lógico habría sido que dijese que adelante; o, como mucho, que la pusiera a un volumen bajo.

No esperaba que siguiese hablando. Por eso se sorprendió cuando, sin dejar de mirar el paisaje que iban dejando atrás, añadió:

—¿Te fijaste en cómo Abel restó importancia a sus problemas de salud?

—Si te refieres a lo amarillo que estaba, sí —constató Santiago.

—Se le notaba sobre todo en el blanco de los ojos —continuó, Nuria sacudiendo la cabeza a un lado y a otro con expresión consternada.

—Cirrosis —diagnóstico Santiago.

—Está peor de lo que pretende hacer ver. Alguien con salud no tiene ese color. Podría tratarse de otra cosa, pero creo que se debe a que bebe demasiado desde hace bastante tiempo y el hígado está empezando a fallarle —convino Nuria.

—Lo que encaja con la cuerda que seguía flotando, pero se encontraba en tan mal estado —repuso Santiago.

—¿Alguna teoría sobre qué puede simbolizar una cuerda tan caliente que te quemas al tocarla?

—¿Aparte de que huele a problemas graves? —Santiago se encogió de hombros.

—Ojalá me equivoque, pero tengo un mal presentimiento —indicó Nuria.

—¿Sí? Quiero oírlo. ¿De qué se trata?

Otro camión les rebaso por el carril de la izquierda a velocidad de crucero. Santiago dio un respingo cuando el conductor hizo sonar el claxon. Miró el velocímetro y reparó en que, sin darse cuenta, habían reducido la marcha a ochenta. Se precipitó hacia adelante y pegó el pecho al volante.

—¡Que te den, cabrón! ¡Aún no circulo de manera ilegal! ¡Si tienes prisa, me adelantas y sanseacabó! —vociferó.

Se sentía tenso y preocupado. El viaje al pasado que habían planeado no podía estar saliendo peor. Se acababan de enterar de que uno de los integrantes de la pandilla de su infancia se había ahorcado con una soga, otro estaba al borde de un colapso hepático —y seguía bebiendo como si no le importara lo más mínimo— y el tercero tenía

alguna clase de problema de un calado tan hondo que daba vértigo asomarse al vacío.

—¿Estás bien? —se interesó Nuria, una vez hubo dejado de soltar juramentos y de respirar entre resuellos.

—No —contestó Santiago al cabo de un rato, tras un silencio que aprovechó para pisar el acelerador y ganar algo de velocidad.

—Vale. Ha sido una estupidez de pregunta. ¿Cómo vas a estar bien después de saber lo que ahora sabemos? —Negó con la cabeza como intentando borrarla de su repertorio.

—Creo que hay que empezar a asumir que puede que nos encontremos con un Mario muy desmejorado —sugirió Santiago.

—A lo mejor es un problema temporal. Como lo suelen ser la mayor parte de los desengaños amorosos. No paras de preguntarte qué ha salido mal y cómo podías haber actuado para que no terminase así. Puede pasar bastante tiempo antes de que dejes de sentirte como una mierda, con el autoestima por los suelos, y seas el de antes —elucubró Nuria.

—Me encantaría que estuviera deprimido porque lo han abandonado —aseveró Santiago—. El desamor puede ser una emoción tan intensa que puede llegar a matar. Lo leí en un artículo de Internet. Ya sé que en las redes todo el mundo es experto en todo y que quizá exageraba. Pero, al menos, se trata de algo que puede curarse.

—Lo veremos en cuanto lo tengamos delante —repuso Nuria.

—Por cierto, ¿sellos? ¿Desde cuánto le ha interesado a Mario algo tan aburrido?

Ahora que había incrementado la velocidad a noventa y cinco por hora, los camiones habían dejado de adelantarles y se limitaban a circular tras ellos, en fila india.

—Puede que desde hace mucho —sugirió Nuria—. Después del noventa y tres, dejó de salir con nosotros. Y ninguna de las veces que fuimos a su casa quiso vernos. ¿Te acuerdas de cuando su madre nos dejó pasar a ver si lo animábamos un poco?

—Sí. Recuerdo que se puso muy nervioso y no dejó de pedirnos que nos fuéramos hasta que decidimos que no merecía la pena seguir allí y le hicimos caso.

—Fue la última vez que nos molestamos en preocuparnos por él —rememoró Nuria.

—Quizá debimos haber sido un poco más insistentes —elucubró Santiago.

—Éramos niños. No sabíamos nada de la vida. Estábamos demasiado ocupados viviendo la nuestra. No podemos culparnos por haber actuado como lo hicimos —valoró Nuria, hablando también para sí misma.

—Lo sé. Pero siempre me quedó la duda de saber qué fue lo que le llevó a retraerse de esa manera y empezar a tratarnos como si fuéramos desconocidos —dijo Santiago.

—A nosotros y a todo el mundo. Acuérdate de que sus padres lo llevaron al psicólogo para intentar que le explicara qué le pasaba. Mi madre veía bastante a la suya y le contaba lo preocupada que estaba porque se negaba a hablar con nadie. Quizá, para entonces, ya hubiera empezado a utilizar los sellos como excusa para hacer más llevadera la soledad.

—Y ahora tiene un negocio de eso. —Santiago resopló—. ¿Quién lo iba a decir?

Guardaron silencio durante los siguientes cinco kilómetros. Hacía un rato que habían dejado atrás un cartel que anunciaba que acababan de entrar en la provincia de Lérida y ahora rebasaron otro que decía «TARRAGONA 115».

—Pero no podemos ignorar que la pieza central, la que lo une todo, la que nos ha traído hasta La Gauna de vuelta es el olivo —aseveró Nuria.

—Sí. Pero ¿cómo encaja? —interrogó Santiago.

—Aún no lo sé.

Santiago no le había hablado de la figura envuelta en ramas y hojas que se le había aparecido en un par de ocasiones. Lo de los sueños también era algo que le habría ocultado de no ser porque ella también los había tenido. Sin embargo, seguía sin entender el episodio de las tijeras y la sábana. ¿De dónde había sacado el teléfono de Nuria que había recortado? ¿Y ella el suyo, con la ayuda de los imanes de la nevera? Habían actuado como si algo se hubiera adueñado de sus cuerpos mientras dormían. Porque él nunca había padecido de sonambulismo y, de pronto, ahí estaba, formando números con la precisión de un sastre.

—Las cuerdas atadas al tronco estaban ahí para nosotros. Dos de las cinco nos representaban a ti y a mí. Ahora sabemos cual pertenece a cada uno. Sólo nos falta averiguar qué es lo que atormenta a Mario —expuso, antes de extraer la conclusión final—: Creo que, una vez hallamos hablado con él, veremos las cosas claras. Así podremos dejarnos de teorizar a ciegas.

—Siempre y cuando no se niegue a recibirnos —apuntó Nuria.

6.

1993

Los sábados por la mañana eran uno de los momentos de la semana en que siempre coincidían los cuatro. Los deberes podían esperar al domingo, y nada salvo un acontecimiento excepcional impedía que quedasen. La lluvia era uno de esos acontecimientos. Pero cuando Santiago había llamado al timbre de Nuria, esta había salido a abrirle acompañada por su bicicleta. Se había pasado la noche lloviendo —las aceras estaban mojadas y el pavimento de la calzada tenía una tonalidad más oscura de la habitual—, pero ahora lloviznaba a intervalos y Santiago había pensado que no había motivo para anular el plan habitual.

—¡Hola! —saludó Nuria, con una enorme sonrisa.

—Hola.

Ella se volvió para mirar por encima del hombro. Su larga melena castaña salió volando y se abrió como un abanico.

—¡Mamá! ¡Me voy!

Desde alguna parte de la casa les llegó la voz de la señora Julia diciéndole que regresase antes de las dos. Montaron en las bicis y se pusieron a pedalear con fuerza.

—¿Creías que me rajaría? —le preguntó Santiago.

—No. Sabía que ibas a venir. ¿Por qué te crees si no que, cuando he salido a abrirte, llevaba la bici?

El suelo del bosquecillo de pinos estaba resbaladizo y tuvieron que andarse con cuidado para no derrapar. La tierra había absorbido buena parte del agua caída, convirtiéndose en barro, y al atravesarlo notaron cómo los pegotes que despedían las ruedas traseras se les pegaban a la camiseta y la parte posterior de la cabeza. A Santiago le gustó que, lejos de protestar, Nuria se pusiese a reír a carcajadas. Le encantaba esa parte de su personalidad. Bueno, y todas las demás también. Pero esa era genial. La mayoría de las chicas se habrían puesto a quejarse porque se habían ensuciado el pelo. Ella, en cambio, no se molestaba por cosas tan fútiles que desaparecían con una simple ducha.

Cuando llegaron al olivo, soltaron las bicis y se resguardaron bajo su copa. La llovizna había ganado un poco en intensidad, las gotas que

caían semejaban agujas y estaban tan frías que les ponía la carne de gallina. Santiago escaló con facilidad por el tronco del olivo y se sentó en una rama gruesa y retorcida que discurría en paralelo al suelo, a unos dos metros de este. Luego alargó el brazo para que Nuria le asiese la mano pero, en lugar de hacerlo, ésta dejó de escalar y lo fulminó con la mirada.

—¿Acaso te parezco la clase de chica que no es capaz de subir a la copa de un árbol sin ayuda? —gruñó.

Santiago quiso disculparse pero, en su lugar, se atragantó con la saliva.

Nuria se encaramó a la rama en la que él estaba y se sentó a su lado después de que Santiago se desplazara con cuidado de no caerse —habría supuesto el ridículo más espantoso de su joven vida— hacia la parte externa de esta para dejarle sitio. La lluvia caía a su alrededor, pero allí se encontraban a salvo. Las hojas actuaban como impermeable, y el único inconveniente era la brisa fresca que les empujaba desde el flanco izquierdo.

A Nuria le encantaba su vieja cazadora vaquera con el parche de los *Guns n´ Roses* en el bolsillo del pecho, y ahora que se le había quedado pequeña la usaba para andar por ahí cuando no estaba en el colegio. Santiago aprovechó que se metía la mano en él para mirarle el bulto de los incipientes pechos que le crecían debajo.

—Mira lo que le cogí anoche a mi padre —dijo, arrancándolo de un tirón de su fantasía.

Santiago parpadeó un par de veces y luego fijó la vista en lo que sostenía entre los dedos. Era un cigarrillo, ligeramente arrugado pero en buen estado.

—¿Tienes fuego? —preguntó Santiago.

—No. Si te parece, traigo un cigarrillo y no cojo el mechero —se mofó Nuria.

Lo sacó del mismo bolsillo que el cigarrillo, se puso este entre los labios y rascó la piedra. Saltó una chispa anaranjada, pero sin llegar a hacer llama, así que volvió a intentarlo. Cuando falló por tercera vez soltó una palabrota. Tras la quinta miró el mechero al trasluz para ver si tenía suficiente gas. El líquido trasparente bailoteó a dos tercios de su capacidad cuando lo sacudió.

—Espera, que te ayudo —se ofreció, juntando las dos manos en torno al mechero a modo de paravientos—. Inténtalo ahora.

Nuria volvió a rascar la piedra, y está vez la llama permaneció el tiempo suficiente como para prender el cigarrillo. Una bocanada de

humo le cruzó el rostro y se perdió a su espalda. Luego se lo pasó a Santiago.

—¿Nos fumamos medio y les dejamos el otro medio a Mario y a Juan Carlos? —preguntó este.

Le dio una chupada al filtro y notó cómo la boca se le llenaba de humo.

—¿Qué? Ni de coña. Que les den —espetó Nuria—. Que no se levanten tan tarde, que parecen marmotas.

Se refería a que, mientras ellos dos nunca podían estar hasta más allá de las nueve en la cama, los fines de semana Mario y Juan Carlos rara vez se levantaban antes de las once.

Con la segunda calada, Santiago se atragantó y comenzó a toser. Las convulsiones lo sacudieron con fuerza, y Nuria rodeó el tronco del olivo con un brazo y su espalda con el otro para evitar que cayese al vacío. Cuando se repuso, tenía la cara enrojecida a causa del esfuerzo.

—Todavía fumas como una niña —se burló ella.

—¡Eh! ¡Eso es mentira! —protestó Santiago, aunque no pudo alegar nada en su defensa.

—¿Seguro? —inquirió Nuria.

—Seguro.

Nuria entrecerró los ojos y estiró una de las comisuras de la boca, mostrando una sonrisa traviesa que a Santiago le provocó un aleteo de mariposas en el vientre.

—Pásamelo —dijo en tono perentorio.

Santiago obedeció y se lo tendió. Nuria lo cogió, sujetándolo entre los dedos índice y corazón. Luego echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se apartaba el pelo de la cara. Cuando volvió a mirarlo, la sonrisa le había alcanzado los ojos, que le brillaban de pura diversión.

—¿Qué vas a hacer? —balbuceó Santiago.

—Ahora lo verás —contestó ella—. Pero, antes, pasa una pierna al otro lado de la rama.

Lo hizo como para mostrarle a lo que se refería. Santiago se limitó a imitarla, sin entender nada. Luego ella le dio una larga chupada al cigarrillo, que le contrajo la boca y arremolinó sus labios en torno a este. La punta se puso al rojo y el papel crepitó y se ennegreció. Ahora que se encontraban sentados a horcajadas sobre la rama, Nuria se inclinó hacia delante, le apoyó una mano en la nuca y tiró de él con suavidad. Santiago no podía estar más confuso y se dejó hacer. El corazón le dio un vuelco cuando pegó sus labios a los de él e intentó

abrirse paso a través de ellos con la lengua. Una vez lo hubo conseguido, le sopló el humo con suavidad y este se deslizó por su cavidad bucal y su garganta hasta los pulmones.

Aquello cogió tan de sorpresa a Santiago que no supo cómo reaccionar y, cuando Nuria se apartó de él, tuvo que agarrarse con las dos manos al pequeño segmento de rama que les separaba para no caerse. Nuria se echó a reír, encantada con su torpeza.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que avise a una ambulancia? —bromeó.

Santiago trató de decirle que todo estaba perfecto, pero cuando abrió la boca lo único que salió de ella fue una vaharada de humo blanco. Porque no era así. No se encontraba bien en absoluto. A decir verdad, no recordaba haberse encontrado más incómodo en su vida. Y es que la mezcla del humo y el beso había hecho que empezara a darle vueltas la cabeza. Por no hablar de cómo el bulto de su entrepierna había comenzado a hincharse. Lo sentía ahí abajo, latiendo con pulso propio, pero no quería bajar la vista para comprobar cómo de visible resultaba porque entonces llamaría la atención de Nuria y haría que se percatara del efecto que le había producido. La conocía bien, pero era la primera vez que corría el riesgo de ser descubierto en plena erección y no sabía cómo reaccionaría. ¿Y si se molestaba por convertir aquel juego en una guarrada?

—Bueno, entonces, ¿te ha gustado o no? —preguntó de pronto.

—Sí —consiguió articular Santiago, aunque le aterró comprobar lo evidente que era el temblor de su voz.

—¿Tanto como para repetir? —sugirió Nuria.

Esa era una propuesta que se esperaba aún menos que el beso sorpresa y, antes de que pudiera acceder, Nuria tomó la iniciativa y aspiró otra bocanada de humo. Santiago contempló la brasa como medio para no perder el norte, de ahí que cuando Nuria dejó de aspirar y se apagó se sintió un poco perdido. Porque el de hacía medio minuto era el primer beso que se daba con una chica, y en ese preciso momento se sentía como si estuviera flotando entre las nubes. Caerse era una posibilidad terriblemente real, y si lo hacía era bastante probable que se rompiese el cuello.

Ya había empezado a acercarse a él —su rostro llenaba el noventa por ciento de su campo de visión— cuando oyeron la voz atiplada de Mario.

—¡Eh, chicos! ¡Ya estoy aquí! ¡Y vengo con mi primo! —gritó.

—Mierda —espetó Nuria, apartándose, soltando el humo y dejando caer el cigarrillo al suelo.

Santiago se volvió y fulminó a Mario con la mirada. Se encontraba en la linde del bosquecillo de pinos y, en efecto, no iba solo. Su primo, el callado de labio leporino, caminaba a su lado. Ambos empujaban sus bicicletas porque ninguno de los dos habría conseguido atravesar pedaleando el tramo embarrado que separaba el camino de aquel claro. Abel porque sólo tenía nueve años y la fuerza que podía imprimir a sus pedaladas no era suficiente para avanzar por esa clase de terrenos. En el caso de Mario, su problema radicaba en que estaba demasiado gordo para desplazar su propio peso a través del barro.

—¿Qué haces aquí con tu primo, Mario? —inquirió Nuria, sin molestarse en disimular su malestar.

—Mi tía ha vuelto a encasquetármelo —contestó este, en un tono que sonaba a disculpa.

Soltó su bici y se acercó al tronco del olivo. Mientras pisoteaba el cigarrillo que Nuria había dejado caer y lo cubría con tierra, Santiago pensó en darle una patada en la cabeza. No una patada fuerte, de las que hacían daño, sino una de esas que venían a decir «¿Por qué has tenido que aparecer en el peor momento, imbécil?».

—¿Qué hacíais? —preguntó, una vez acabó de borrar las huellas visibles del cigarrillo que Nuria y él habían estado compartiendo.

—Jugábamos —repuso Nuria.

Santiago la miró para intentar comprender las connotaciones de esa palabra. Quería saber si, a la sombra de ella, decía lo que quería decir. Porque sí, habían estado jugando. Pero, sobre todo, se habían besado. Él todavía conservaba la erección. La presencia de Mario y su primo apenas había ejercido influencia alguna en ella. Nuria, con sus pechos como limones, su cuello larguirucho y sus labios rosados, había encajado su boca en la de él y se la había acariciado con la lengua.

Su primer beso.

Desde lo alto, Mario parecía una auténtica mole. En el colegio los demás chicos se burlaban de él por su peso, pero ahora Santiago pudo ver la verdadera dimensión del espacio que ocupaba en el mundo. No era más alto que él, y rara vez les hacía frente a quienes le insultaban, pero ahora Santiago pudo ver mejor que nunca que, de proponérselo, podría hacer picadillo a cualquiera de los que le molestaban. Que no actuara así era una auténtica suerte para todos esos bocazas.

Juan Carlos llegó diez minutos después, pedaleando a través del barro, como habían hecho Nuria y él. El balón de fútbol iba dentro de la bolsa de plástico que llevaba colgada del manillar.

—Ya era hora —protestó Mario, señalándose la muñeca, pese a no llevar reloj.

—Chúpamela, tío —replicó Juan Carlos.

—Eh, cuidado con lo que dices, que está aquí mi primo —esgrimió Mario.

—Ya lo veo. Pero él no va a decir nada. ¿A que no, chaval? —dijo, mirándolo con expresión intimidante.

Abel negó con la cabeza.

—Claro que no. Porque somos sus únicos amigos. Y, si se chiva, ya no le dejaremos venir con nosotros —aclaró Juan Carlos, sin apartar los ojos de él.

Abel se mordió el labio inferior, consciente de que esa era una verdad tan triste como real. Santiago se fijó en cómo su labio hendido se sacudía y experimentó un escalofrío de repulsión. Se preguntó si habría alguna chica dispuesta a besárselo como acababa de hacer Nuria con los suyos. No ahora, porque todavía era muy pequeño, sino algún día. A lo largo de su vida.

Colocaron cuatro de las bicis a modo de postes de portería y echaron un partido de fútbol. Mario, su primo Abel y Nuria contra Juan Carlos y Santiago. En un momento dado, después de que Juan Carlos disparase a portería y el balón se saliera de los límites del campo y echara a rodar por entre los árboles que rodeaban el claro, Santiago se acercó con disimulo a Nuria. Podría haberlo hecho en otro momento, cuando volviesen a estar solos, pero necesitaba decírselo ya o explotaría.

—Ojalá hubiéramos podido seguir con eso del cigarrillo un poco más —dijo junto a su oreja.

Nuria se volvió y le sonrió.

—¿Te ha gustado?

—Mucho —aseguró Santiago.

—Pues no debería haber sido así. Fumar es malo para la salud —dijo, y se alejó sonriente.

7.

Dejaron el coche en un parking subterráneo de la Rambla Nova y caminaron hasta el número que les había indicado el GPS. Eran más de las dos, y sabían que la tienda de sellos de Mario estaría cerrada, pero no querían irse a comer antes de tenerla localizada.

Los escaparates que flanqueaban la puerta de entrada de «Filatelia Tarragona» eran un colorido popurrí de objetos. Tal y como habían leído en Google, Mario no sólo se dedicaba a comerciar con sellos. También había colecciones de monedas y billetes de diferentes países y épocas. Todo en aparente desorden y, sin embargo, si uno prestaba atención, se daba cuenta de que era todo lo contrario. Por los escalones de madera —cubiertos con una tela negra— sobre los que estaban montados se adivinaba la pulcritud y el cuidado que Mario dedicaba a aquellos chismes.

Según el cartel que había en la puerta, el horario de apertura era de nueve a una y de cinco a ocho. Tenían tiempo de sobra para comer, y quizá descansar un poco en alguno de los bancos dispuestos a lo largo del paseo que tenían ante ellos.

Tras dar cuenta de un menú de doce euros en un restaurante cercano, se tendieron en dos de ellos y se durmieron. Nuria se puso la alarma del móvil a las cinco y cuarto y, cuando sonó, se levantó y despertó a Santiago. Notaron que la gente que pasaba por allí se les quedaba mirando, aunque no con recelo sino con una nota de curiosidad. Siendo Tarragona, como era, una ciudad costera, sus habitantes ya debían estar acostumbrados a recibir turistas que se pasaban la mañana visitando las numerosas ruinas romanas y aprovechaban el receso de después de comer para reponer energías.

Se lavaron la cara en una fuente próxima y compraron una botella de agua antes de dirigirse a la tienda de Mario —la dorada a la sal que habían comido de segundo les estaba pasando factura—. Vieron, desde lejos, que ya había abierto y se les aceleró un poco el corazón. En primer lugar, porque iban a reencontrarse con un amigo de la infancia —pese a que la relación entre ellos había terminado de manera fulminante y un tanto extraña—; en segundo, porque no sabían con qué clase de hombre se iban a topar, teniendo en cuenta que la cuerda al rojo atada al olivo sugería un estado de tensión muy acentuado.

En ese momento, Mario estaba atendiendo a un cliente, lo que les permitió observarlo desde la calle a través del cristal de la puerta sin ser vistos. A sus treinta y siete años, su viejo amigo era un hombre voluminoso de no más de metro setenta, con una barriga prominente

pero alta, un rostro ancho de carrillos carnosos y una papada que le ocultaba el cuello. Vestía un jersey extragrande de punto rojo y vaqueros, y conservaba la cantidad de pelo suficiente como para cubrirse el cuero cabelludo sin tener que hacer demasiados malabarismos.

Cuando entraron, Mario no apartó la atención del hombre al que estaba asesorando acerca de las monedas que tenía desplegadas sobre el mostrador. Eso permitió a Santiago detenerse a apreciar otros detalles, más allá de aquellos en los que había reparado desde fuera. Como que iba impecablemente afeitado, y que tenía los dientes bien alineados pero algo amarillentos. Sus manos eran de una proporción acorde al resto de su cuerpo y parecían bien cuidadas, con las uñas cortísimas, propio de alguien con la mala costumbre de mordérselas. Sin embargo, lo que más le llamó la atención, por encima de todas las demás, fue su voz. Era profunda, grave, cavernaria. Recordaba a la de Constantino Romero: la clase de voz que, de entrada, inducía a la gente a creer todo lo que les dijese.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarles en algo? —dijo con amabilidad cuando les llegó el turno.

El hombre acababa de comprarle un sello valorado en cincuenta y cuatro euros y se había vuelto para marcharse.

—Sí. Eeeeh… —vaciló Santiago mientras se acercaban al mostrador.

—Bien, pues díganme. ¿En que están interesados? —preguntó.

—En ti, Mario —aclaró Nuria.

Oír su nombre lo confundió, algo que quedó de manifiesto cuando la carne de debajo de su barbilla se sacudió como si acabaran de darle una palmadita. Luego se quedó mirándolos, primero a ella, luego a él y, por último, de nuevo a Nuria. Entonces, dijo:

—Perdonen, ¿les conozco?

—Es posible, si aún te acuerdas de cuando vivías en La Gauna —señaló Nuria—. Somos Santiago y Nuria.

La sorpresa pareció traicionar a Mario, que enarcó las cejas y abrió mucho los ojos antes de reponerse y fruncir el ceño.

—¿Qué hacéis aquí? —quiso saber.

—¿No te alegras de vernos? —preguntó Santiago.

—Reencuentro de viejos, viejos amigos —apuntó Nuria. Hizo una pausa, antes de sonreír y añadir—: Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué tal te va?

Mario miró en torno a sí y se encogió de hombros. Era una tienda

pequeña, donde todo aparecía comprimido en baldas atestadas llenas de álbumes. Santiago supuso que ahí era donde almacenaba los sellos, monedas y billetes más valiosos.

—Bien —atajó, lacónico.

—No sabíamos que te gustaran estas cosas —comentó Santiago, haciendo un gesto con el brazo para abarcar todo cuanto les rodeaba.

—Sí, sí. Me gustan —contestó Mario, sin demasiado entusiasmo.

A Santiago no le parecía que se alegrara demasiado de volver a verlos. Ni siquiera se había molestado en salir de detrás del mostrador para darles un abrazo. Al fin y al cabo, habían pasado mucho tiempo juntos durante la infancia antes de que se alejara de ellos.

—Siempre fuiste muy de deportes de riesgo —bromeó Nuria.

Pero, al parecer, Mario no estaba para chistes. Había algo que lo intrigaba y, en apariencia, preocupaba. No tardó en soltarlo, sometido a la técnica del silencio incómodo puesta en marcha por Nuria y Santiago.

—En serio. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo me habéis encontrado? —inquirió.

—Tu primo nos lo dijo —le desveló Santiago—. O más bien, nos dijo que lo último que sabía de ti era que tenías una tienda de sellos en Tarragona. Y como según Google sólo hay tres… *¡Voilà!*

—¿Mi primo? —preguntó, separando cada sílaba por un titubeo—. ¿Cuál de ellos?

—Abel —contestó Nuria.

Mario sacudió la cabeza como si tuviera algo molesto zumbándole en la oreja. Sus manos se movían con nerviosismo sobre el mostrador de cristal. Se las frotaba como si las hubiera confundido con sendas piezas de cubertería de plata.

—¿Habéis estado en el pueblo? —quiso saber Mario. Pero, de pronto, pareció ocurrírsele una pregunta aún mejor—. ¿Por qué?

—Porque nos fuimos y nunca más volvimos —mintió Nuria—. Algún día tenía que suceder, ¿no crees?

—Sí, por supuesto —convino Mario.

—¿Te viniste para aquí tú sólo? —lo interpeló Santiago.

—Sí. Encontré trabajo en una fábrica y estuve en ella hasta que me decidí a ponerme esto —explicó Mario, en lo que era la sucesión de palabras más larga que había encadenado desde que se había vuelto para atenderles.

—Se me olvidaba. Tu primo te manda saludos —repuso Santiago.

Mario sonrió. Una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros.

—Ah… ah… Saludadlo de mi parte cuando volváis a verlo —contestó Mario.

A Nuria le pareció una expresión forzada. Mario estaba nervioso e incómodo, pese a encontrarse en su propio terreno. Se veía a la legua que era así. Pero ¿debido a qué?

—¿Y a que fuisteis? —insistió.

Santiago fijó la atención en sus manos. Ninguno de sus dos dedos anulares portaba una alianza de bodas. Ni siquiera había una zona blanca que demostrara que había habido una en el pasado.

—Es un poco largo de contar —arguyó Nuria.

—Bueno, ahora estamos solos. Podéis empezar a hacerlo y, si entra algún cliente, parar y seguir cuando se vaya —sugirió.

—También es complejo y un poco difícil de creer —alegó Santiago.

Nuria suspiró.

—Está bien —dijo, y se subió la camiseta—. ¿Esto te dice algo?

La visión de la costra de madera que le crecía en el costado, incrustada en su piel como un parche, lo sobresaltó. Retrocedió un paso y chocó contra la estantería que había a su espalda. Los álbumes y monedas —protegidas por un sencillo estuche de cartón— se sacudieron y varias de estas últimas cayeron al suelo.

—¿Qué es?

Santiago se remangó y le mostró el brazo, donde la costra le crecía entre dos encrespadas olas de piel rizada y endurecida. Mario parecía no dar crédito a lo que estaba viendo. Su expresión era de auténtico pavor.

—¿Ves? Créeme cuando te digo que es largo de contar.

—Pero, ¿qué es? —insistió Mario.

—Y hemos tenido sueños —prosiguió Nuria, ignorando su pregunta —. Sueños en los que aparecíamos nosotros dos, Juan Carlos, tú y tu primo jugando en aquel claro del bosque al que estuvimos yendo durante una temporada. ¿Te acuerdas del olivo que crecía allí?

—Sí.

—Pues aún está. Sigue vivo, y continúa más solo que la una. Lo que aún no sabemos es por qué las heridas que nos hacemos en esos sueños que Santi y yo estamos teniendo se vuelven con nosotros al mundo real, cuando despertamos.

—Eso no tiene ningún sentido —replicó Mario.

—Por supuesto que no lo tiene. Y nos han sucedido cosas aún más extrañas —aseguró Nuria.

Santiago imaginó que se refería a cosas como su incidente con los imanes, el de él con las sábanas y las tijeras o a las cinco cuerdas atadas al olivo.

—Pero ¿yo qué tengo que ver en todo esto? Sólo porque haya aparecido… —empezó a defenderse Mario.

A Santiago le pareció que el suyo era un comportamiento muy extraño. Se mostraba nervioso, y una película de sudor había comenzado a cubrirle la frente.

—¿No te ha ocurrido nada *difícil de explicar* últimamente? —lo interrumpió Nuria.

—No —se apresuró a contestar Mario.

Quizá demasiado deprisa.

—¿Sabes qué, Mario? —dijo Nuria, avanzando un paso y apoyando las manos sobre el mostrador con actitud resuelta—. No te creo. Creo que nos estás ocultando algo.

Santiago consideró que estaba siendo más que prudente teniendo en cuenta el estado en que se encontraba *su* cuerda.

—¿De qué hablas? —protestó Mario. La sangre había empezado a subírsele a la cara—. ¿Cómo te atreves a venir a mi tienda y llamarme mentiroso?

—Porque si a mí me hubieran contado lo que yo estoy contándote a ti, si me hubieran mostrado las cortezas de árbol que nos crecen en las heridas, ahora mismo estaría en shock —arguyó Nuria.

—¡Lo estoy! ¡Cómo sabes que no lo estoy! —se defendió Mario.

—Sabemos que tienes problemas, Mario. Problemas graves. Lo único que queremos es saber cuáles son e intentar ayudarte —señaló Santiago, en un esfuerzo por rebajar la tensión que se había desencadenado entre Nuria y él.

—¿Tú también con esas? —Al volverse hacia Santiago, su papada se agitó como la bolsa de un pelícano.

—Por eso queremos hablar contigo con calma, Mario. Queremos contarte unas cuantas cosas que nos han pasado últimamente y que creemos que debes saber. —La voz de Nuria había recobrado su timbre habitual y ahora trataba de mostrarse conciliadora—. Hemos venido hasta aquí a escucharte y a que nos escuches.

—No tengo nada que contaros —gruñó Mario.

Nuria agachó la cabeza y pareció reflexionar mientras se examinaba los zapatos. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos ya no presentaban una expresión tan dura y afilada. Se habían suavizado y enfocaban a Mario bajo una luz más tenue.

—De acuerdo. Si decides que tu vida no es asunto nuestro, lo asumiremos y te dejaremos en paz. ¿Te parece mejor así?

—No puedo cerrar la tienda —adujo, aparentemente arrepentido.

—¿Hasta qué hora abres? —preguntó Nuria.

—Hasta las ocho.

—Bien —dijo, dándole la espalda para mirar por el cristal de la puerta—. ¿Pues qué te parece si quedamos en ese bar de ahí a las ocho y diez?

Mario suspiró con fuerza por la nariz. Poco a poco se iba librando la furia que lo había dominado en los últimos minutos. La prueba quedaba patente en su rostro, de una tonalidad de rojo más tenue.

—No puedo quedarme mucho rato —les advirtió, sin dar más explicaciones.

—Seremos tan breves como podamos —contestó Nuria. Luego se pasó la lengua por los labios y se disculpó—: Siento haberme puesto así contigo. Pero es que no sé qué es esto que me crece en el costado y tengo miedo de lo que pueda pasarme.

—Deberías ir a que te lo viera un médico —sugirió Santiago.

—Lo haré. Aunque tendré que omitir el hecho de que la herida me la hice durante un sueño —convino, al tiempo que le dedicaba una sonrisa amable.

Quedaron para luego, y Nuria y Santiago abandonaron la tienda. Mario no salió de detrás del mostrador y los acompañó hasta la puerta. Tampoco les despidió con un apretón de manos. Para Santiago, era evidente que no le había alegrado aquel encuentro. Ni siquiera un poco.

8.

Decidieron que, independientemente de cómo transcurriese el encuentro con Mario, pasarían la noche allí y fueron a alquilar dos habitaciones en un hostal próximo. Tardaron en torno a media hora y luego, dando un paseo, llegaron al Balcón del Mediterráneo. La visión del mar que tenían desde esa posición elevada hacía que uno se sintiera tan diminuto e insignificante como un grano de arena en el desierto. En el horizonte, la curvatura de la Tierra propiciaba que el azul brillante del agua se mezclara con el más apagado del cielo, dando la sensación de estar a punto de ser engullidos por una boca gigante. Santiago le comentó su primera idea a Nuria y esta se mostró de acuerdo. Decidió guardarse la segunda para sí.

Un cuarto de hora antes de la hora fijada para verse con Mario, cuando se disponían a tomar asiento en la terraza del bar, descubrieron que la persiana de la tienda estaba bajada. Miraron en derredor, confundidos, pero todas sus dudas se disiparon cuando no lo vieron por ninguna parte.

—¡Se ha largado! —exclamó Santiago—. ¡Joder!

Nuria se frotó los dientes con la lengua.

—Sabía que nos estaba mintiendo —dijo—. Que no tenía ninguna intención de hablar con nosotros.

—¿Lo sabías? —preguntó Santiago.

—Se puso a la defensiva tan pronto como mencionamos que habíamos estado en La Gauna —señaló.

Santiago rescató el recuerdo que había tenido esa mañana, mientras conducía hacia allí. Aquel en el que una Nuria de trece años lo besaba en los labios y empujaba el humo del cigarrillo que compartían con la fuerza de su aliento.

—¿Qué le sucedería allí para que se comporte así? —planteó.

—Ni idea. Pero, fuera lo que fuese, continúa marcado por ello. Lo volvió introvertido. Pasó de nosotros, se cambió de instituto y, tan pronto como pudo, se vino para aquí —expuso Nuria.

—¿Qué puede ser tan grave como para seguir traumatizándote veinte años después? —elucubró Santiago.

—Algo terrible, me temo —masculló Nuria.

—¿Y dónde estábamos nosotros? ¿Por qué no vimos nada? —insistió.

Esta vez, Nuria obvió las preguntas y dejó que las palabras fueran arrastradas mar adentro por la fresca brisa nocturna.

9.

No hablaron mucho durante la cena. Ambos estaban cansados y demasiado preocupados para seguir dándole vueltas en voz alta al asunto que los había reunido tantos años después. Esa tarde, después de que Mario faltase a su palabra y no apareciese por el bar en el que habían quedado, intercambiaron pareceres hasta que les entró hambre. Si el olivo no era el centro de todo, estaba cerca de serlo. Esa era una de las conclusiones a las que habían llegado. Otra era que Mario tenía un papel importante en todo ese asunto, y que tal vez fue «aquello» lo que lo había convertido en un chico —y, más tarde, en un adulto— solitario. Entretanto, ellos dos habían sido escogidos para ahondar en el pasado. Sus cuerdas eran las más *equilibradas* de las cinco —tal vez, de no haberse suicidado, Juan Carlos estaría allí, con ellos, tratando de desentrañar el misterio—. En cuanto a Abel, era un hombre que se estaba apagando lentamente, a base de ingerir grandes cantidades de alcohol. Santiago y Nuria llegaron a la determinación de que sólo se tenían el uno al otro para arrojar luz al enigma al que se enfrentaban.

Tras cenar, pagaron la cuenta y se marcharon al hostal dando un paseo.

La habitación de Santiago estaba tres puertas más allá de la de Nuria. Se dieron las buenas noches y cada uno se metió en la suya, Santiago pensando en la posibilidad de que ella nunca se hubiera marchado de La Gauna. Hasta que un día aquel beso de humo se repitiese, ya sin humo de por medio, y hubieran iniciado una relación.

¿Se habría convertido en algo serio con el tiempo? ¿De qué manera habría alterado las vidas que llevaban en ese momento? Durante el viaje a Tarragona, Nuria había hablado con su marido por teléfono. Ella le había explicado sin tapujos lo que sucedía y él —creía— no había puesto en duda ni una sola de sus palabras. Tampoco le ocultó que estaba metida en aquello junto a un viejo amigo de la infancia, algo que no pareció despertar sus celos. Santiago creía que se pasaba de comprensivo. Si él hubiera estado en su pellejo y Nuria le hubiera hablado de cuerdas invisibles atadas a árboles y de la necesidad de localizar a Mario no creía que lo hubiera sido tanto. Claro que ese hombre había visto la corteza que crecía en el costado de su mujer. Y luego había recibido la foto del retal de piel en el olivo, que tanto se parecía en forma y tamaño a su herida…

Era todo tan surrealista.

Tan jodidamente fantástico.

Notó que una brisa le acariciaba los pies y, cuando bajó la vista, vio que le sacudía el bajo de los pantalones. También empujaba algunas hojas muertas, haciéndolas brincar y danzar en torno a él. Para entonces, Santiago ya no ponía en duda lo que estaba ocurriendo. Lo que había vivido en las últimas semanas, desde la aparición del primer sueño, había ablandado los límites de su percepción de la realidad hasta tal punto que ahora todo tenía cabida en ella. Hasta lo que parecía imposible.

Alzó la vista y vio a la figura de baja estatura y envuelta en ramas retorcidas y hojas mustias detenida ante él. Lo bastante cerca como para poder examinarla con cierto detalle, pero no tanto como para tocarla. ¿Podría hacerlo? ¿Podría tocarla si se le presentaba la oportunidad? Quizá sí, pensó. Pero también cabía la posibilidad de que a la figura no le gustara y se ofendiera por ello. Por lo pronto, sus acercamientos se habían limitado a encuentros a distancia. O no quería o no podía acercarse más a él.

—¿Puedes hablar? —le preguntó en un susurro.

La figura —que no tenía rasgos claros de que fuera un varón o una hembra— no contestó. Sus ojos oscuros, la única parte de la cara que resultaba visible, no daban pistas. Santiago consideró que la respuesta era negativa y trató de determinar qué podía hacer allí, a la luz de los acontecimientos acaecidos desde la última vez que se le había aparecido.

—¿Estamos haciéndolo bien? ¿Vamos por el buen camino?

Para su sorpresa, la figura emitió un tenue gruñido gutural.

—Espero que eso sea un sí —anheló Santiago.

Otra ráfaga de viento surgió de la nada y le arrojó un torbellino de hojas marrones. Esta ráfaga fue más fuerte que la anterior y las elevó hasta la altura de su rostro. Santiago se protegió instintivamente, cubriéndose la cabeza con los brazos. Cuando el viento cesó y las hojas se precipitaron al suelo, Santiago descubrió que la figura había desaparecido. Entonces, volvió a bajar la vista y se fijó en algo en lo que no había caído hasta entonces: si estaban en primavera, ¿por qué las hojas de la proyección del olivo tenían ese aspecto mustio y frágil?

Decidió contarle a Nuria lo que acababa de ocurrirle y salió al pasillo. Pero cuando se acercó a la puerta de su habitación la oyó hablar y supuso que estaría haciéndolo, como la noche anterior, con su marido. Así que regresó sobre sus pasos, entró en su habitación, cerró la puerta y echó el cerrojo. De nuevo, pensó en Fina. En el amor gastado, la insufrible convivencia y la pasión perdida. Le habría gustado que su matrimonio no se hubiera roto y poder llamarla para

contarle cómo le había ido el día. Que ella lo escuchara y fuera tan comprensiva con la causa de su repentino viaje como lo era el marido de Nuria. Pero Fina ya no quería hablar con él. Ni de eso, ni de nada. Lo único que quería era que se mantuviera a distancia y la dejara tranquila.

Quizá ella hubiera advertido —o él mismo, mientras se escuchaba hablar— que el gruñido que la figura había proferido no era una afirmación y que el significado del color marrón y el tacto quebradizo de las hojas que soplaba aquel viento fantasma contra él era debido a que el olivo estaba librando su propia batalla vital mientras los guiaba por un camino que aún no sabían a donde conducía.

En su lugar, se quitó las deportivas y la camiseta, se tendió en la cama y encendió la tele. La soledad era menos tormentosa con la falsa apariencia de compañía de los programas nocturnos del prime-time. Se quedó dormido en medio de uno, antes de la primera tanda de anuncios. Se despertó helado poco después de las tres de la madrugada para cubrirse con la sábana y siguió durmiendo sin hacer caso a las sombras que la televisión proyectaba en la pared.

10.

—¿Nuria? —Santiago llamó por tercera vez a la puerta de su habitación, pero siguió sin obtener respuesta.

Pensó que si hubiera estado en la ducha, al menos habría descorrido la cortina y le habría gritado que en ese momento no podía abrirle. Pero, si no era así, ¿dónde se había metido? Entonces, se le ocurrió que quizá no se encontrara bien. Él había podido cortarse las venas de manera accidental mientras destrozaba a tijeretazos la sábana en la que había recortado su número de teléfono. Todo lo que habían vivido desde que se habían encontrado en la cafetería, un par de días atrás, era suficiente para volver loco a cualquiera. De los cinco a los que pertenecían las cuerdas *invisibles* atadas al olivo, Juan Carlos se había suicidado, Abel abusaba tanto del alcohol que su cirrosis no tardaría en llevarlo a la tumba y Mario se hallaba atormentado por problemas tan graves que su cuerda no podía tocarse si no querían acabar con la mano abrasada. Ellos dos parecían ser los únicos que se encontraban bien, y la presión que sentían sobre sus hombros era tan fuerte que —creía— sólo la soportaban porque no afrontaban aquel asunto en solitario.

Pero quizá eso no hubiese sido suficiente para Nuria. Él mismo se sentía en un estado permanente de algo muy parecido a un ataque de nervios desde hacía días. Era imposible que a ella no le estuviera pasando factura de algún modo. Por mucho que hablara con su marido y eso le permitiera desahogarse. En realidad, estaban solos en eso.

Pero, si la notaba tan apurada, ¿por qué seguía con su vida? ¿Por qué no lo había dejado todo y se había reunido con ellos? ¿Sospecharía, al oír cuanto le iba contando en cada nueva llamada, que había perdido la cabeza? Ahora que lo pensaba… en la conversación que habían mantenido mientras él conducía hacia Tarragona no había escuchado su voz desde el otro lado de la línea. Quizá porque se había cansado de oírla decir sandeces y le había colgado, justo antes de recomendarle que acudiese a un loquero. Junto con su amigo de la infancia. Tal vez así les hicieran un descuento.

Se la imaginó metida en la bañera, con las venas abiertas, el agua teñida de rosa y la mirada perdida en el infinito y retrocedió, preparado para intentar derribar la puerta a patadas. Entonces, alguien gritó.

—¡Oiga! ¡Pare! ¡¿Qué va a hacer?!

Se volvió. No reconoció al hombre de piel aceitunada asomado al pasillo, pero imaginó que sería el encargado del turno de día.

—¿Tiene otra llave de esta puerta? —vociferó—. Necesito que la abra. Mi amiga está dentro y creo que le ha ocurrido algo malo.

—Su amiga se fue esta mañana, temprano —aseveró el hombre.

Santiago tardó un instante en reaccionar.

—¿A dónde? —preguntó.

—No lo sé. Pero parecía tener mucha prisa. Quiso saber dónde podía alquilar un coche.

Santiago echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, tratando de asimilar la información.

—Mierda —masculló.

Corrió de vuelta a su habitación y se volvió loco buscando el móvil. Lo puso todo patas arriba antes de darse cuenta de que estaba en el bolsillo delantero del pantalón que llevaba puesto porque la noche anterior se había quedado dormido sin acordarse de sacarlo. Buscó el número de Nuria y lo marcó. Sonó una, dos, tres veces. Para entonces, Santiago daba vueltas por la habitación como un animal enjaulado, con el teléfono apretado con fuerza contra la oreja. Entonces, reparó en que el encargado de día se encontraba en el pasillo, sin atreverse a entrar pero atento a lo que sucedía. Santiago le cerró la puerta en las narices y siguió esperando.

Cuatro, cinco, seis.

—Santi —balbuceó Nuria de pronto, prescindiendo del saludo.

—Nuria. ¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

—Tengo mucho miedo, Santi —contestó Nuria.

Por debajo de sus palabras, Santiago oyó el ruido amortiguado del motor de un coche. Lo que significaba que ya lo había alquilado e iba de camino de alguna parte.

—¿Miedo de qué? ¿Qué está pasando?

—Tengo un dolor muy fuerte en el costado, Santi. Donde la herida que me hice en sueños. Creo que la corteza ha crecido hacia adentro y se me está clavando en el riñón —consiguió decir, respirando a intervalos.

—Eso es imposible —rechazó Santiago, sin saber por qué hablaba con tanta convicción.

—Me está haciendo daño. Creo que nos está castigando —añadió Nuria.

Se sorbió la nariz, como si hubiera empezado a llorar.

—No puede hacernos daño. Está de nuestro lado, Nuria. No es el enemigo —aseveró Santiago.

Hablaba sin dejar de dar vueltas por la habitación. Y estaba tan absorto en la conversación que tropezó con una de las patas de la silla, arrastrándola por el suelo y sacándola de debajo del escritorio.

—Puede que antes no. Pero algo ha cambiado y me está atacando.

Santiago no podía creer lo que oía. Al principio, todo había sido un poco confuso. Le había costado comprender que la criatura cubierta de ramas y hojas no quería hacerle daño. Pero Nuria y él habían terminado llegando a la conclusión de que el olivo siempre había pretendido ser su aliado y que utilizaba todos los medios a su alcance para ayudarles a desentrañar un secreto que llevaba mucho tiempo enterrado. Algo que afectaba a los cinco chicos que en mil novecientos noventa y tres se reunían en torno a él, y que *necesitaba* que saliese a la luz. Así que, ¿por qué iba a atacarles?

—Me duele mucho. No te puedes imaginar cuánto, Santi —gimoteó en su oído.

—Está bien. Dime dónde estás e iré a buscarte. Luego te llevaré a un hospital —dijo Santiago.

—No. Los médicos no pueden ayudarme. Volverá a crecer. —Su voz sonaba imbuida por el pánico. A continuación dijo, a modo de sentencia—: Esto hay que cortarlo de raíz.

—¿A qué te refieres? ¿Qué vas a hacer? —inquirió Santiago, pero para cuando terminó de formular la segunda pregunta creía haberlo adivinado.

—Voy a cargármelo. Porque si no lo hago, él me matará a mí —masculló Nuria a través de lo que parecía una barrera de dientes apretados con fuerza.

—No. Espera, espera. No sabemos cuáles serían las consecuencias —trató de frenarla Santiago.

—No habrá consecuencias —espetó. Y añadió, furiosa—: ¿Te suena el refrán «muerto el perro, se acabó la rabia»?

—Estamos ligados a él, Nuria. ¿No lo ves? Una parte de nosotros está en él y una parte de él está en nosotros —insistió, hablando a toda prisa.

—¡Me está agujereando el puto riñón! ¡Puedo sentirlo! —protestó Nuria—. ¡Si no hago algo y sigue creciendo me lo atravesará y saldrá por el otro lado!

—Escucha. No hagas nada. Voy para allá. Hay una conciencia en él. La invocaremos y le ordenaremos que se detenga.

—No hay trato —rechazó Nuria—. Ha sido él el que ha empezado a jugar sucio.

—Entonces, ¿cómo sabremos para qué nos reunió a ti y a mí? —preguntó Santiago.

Esperó la contestación de Nuria, pero no llegó. Al cabo, se percató de que la línea estaba vacía.

Había colgado.

Metió a toda prisa sus cosas en la mochila y salió pitando de allí. El hombre de piel olivácea se encontraba detrás del mostrador de recepción y le dedicó un mohín irritado cuando pasó ante él. No parecía haberle sentado muy bien que le cerrara la puerta en los morros. Santiago lo pasó por alto y le lanzó la llave. No se detuvo el tiempo suficiente para saber si el hombre la llegó a atrapar al vuelo o no. Tiró de la puerta del hostal, salió al rellano y bajó las escaleras de tres en tres hasta la calle. Luego echó a correr hacia la bocana del parking subterráneo en el que tenía aparcado el coche.

11.

Tras salir de la ciudad e incorporarse a la autopista, Santiago pisó el acelerador a fondo y condujo a una velocidad constante de ciento cuarenta por hora, con picos de ciento sesenta. No le preocupaba ser cazado por los radares. La multa, si llegaba, merecería la pena. Estaba muy preocupado por Nuria. Para empezar, no sabía cuánta ventaja le llevaba —se había olvidado de preguntarle al del hostal a qué hora exacta había dejado la habitación—. Tampoco a qué velocidad conducía. Cuando había hablado por teléfono con ella parecía tan agitada que, como mínimo, debía rozar el límite permitido. Para colmo, había dejado de cogerle el teléfono.

Conduciendo como lo hacía, no era de extrañar que hubiera tenido varios sustos con otros vehículos. Por suerte, había logrado salir airoso de todos los incidentes sin más consecuencias que unos cuantos bocinazos y aspavientos por parte de conductores airados. El sol pegaba con tal fuerza que le había obligado a bajar el parasol para no quedar deslumbrado por los rayos. No obstante, a veces, al tomar una curva, este se las arreglaba para cegarlo, lo que lo llevaba a pisar el freno hasta que encaraba la siguiente recta.

Trataba de no pensar, porque hacerlo le distraía de la conducción, pero no pudo evitar ponerse a buscar una explicación para la acción del olivo. ¿Por qué, de pronto, atacaba a Nuria? ¿Qué era lo que le había llevado a hacerlo? ¿Y por qué a él no le sucedía lo mismo con el trozo de corteza que le crecía en el antebrazo? Pero, cuando se lo miró, comprendió que no tenía forma de estar seguro de encontrarse a salvo.

En cualquier momento, la corteza podía pincharle alguna vena y hacer que la sangre manara a borbotones de ella. La hemorragia sería tan bestia que el brazo no tardaría en ponérsele azul. Y eso podía empezar a pasarle de un instante para otro.

Pero, de ser así, dejaría de tener a alguien que se ocupase de cumplir con el propósito para el que los había *llamado*. De los cinco implicados, sólo Nuria y él estaban cualificados. Sus cuerdas eran las únicas en buen estado. El resto estaba jodido de una u otra forma.

Así que, ¿qué demonios ocurría?

Estaba rebasando a un Nissan gris que circulaba por el carril central cuando percibió un movimiento por el rabillo del ojo procedente del asiento del acompañante. Volvió un poco la cabeza y lo que se encontró lo dejó sin aliento. La hoja de un hacha le saludó con un

guiño. Tenía forma de cuña, gruesa por detrás y fina como el papel por delante, con el borde desportillado de tantas veces como había sido afilada. Uno de los extremos del mango de madera estaba encajado en el agujero de la parte posterior de la cabeza metálica, pero era demasiado corto, y entonces reparó en que era así porque —literalmente —se diluía en el aire. Como un dibujo a medio hacer.

Lo que ocurrió a continuación sucedió en un periodo de tiempo tan breve como un parpadeo.

Santiago soltó un grito, levantó el pie del freno y se impulsó hacia atrás, pegando la espalda contra la portezuela tanto como el cinturón de seguridad se lo permitió. El grito seguía haciendo reverberar sus cuerdas vocales cuando el hacha se precipitó hacia delante, en horizontal, trazando una parábola circular. Oyó el zumbido cuando hendió el aire y notó el soplido contra su barbilla. Desapareció por el lado opuesto por el que había surgido, como engullida por un agujero negro, y nada más hacerlo se produjo un sonido que le encogió el corazón. Le resultaba familiar porque había vivido en La Gauna hasta que cumplió la mayoría de edad, y en los pueblos el chasquido seco de un hacha clavándose en el tronco de un árbol era de lo más habitual.

Para entonces, ya había perdido el control del coche y la rueda delantera derecha había invadido el carril contiguo. Agarró el volante y, al tratar de corregir la trayectoria, este coleó violentamente y comenzó a derrapar. Santiago reaccionó tirando del freno de mano y, como consecuencia de ello, se encontró girando sobre sí mismo a gran velocidad. El paisaje de alrededor aparecía por su derecha y desaparecía por su izquierda. Vio coches que se le aproximaban y maniobraban para esquivarlo. Vio señales y líneas discontinuas pintadas de blanco en el pavimento y vegetación que se recortaba contra el cielo nuboso. También vio, por turnos, los límites de la autopista: el quitamiedos de metal por un lado y el muro de hormigón por el otro. El primero lo separaba de un terraplén; el segundo, de los carriles opuestos de circulación. Al principio, no logró apreciar hacia cuál de los dos se dirigía. Hasta que reparó en que el quitamiedos aumentaba rápidamente de tamaño. Vislumbró un camión, que volvió a desaparecer con el giro. Todo aquello con el sonido de neumáticos chirriando contra el asfalto como lóbrega música de fondo.

Poco a poco, los giros se fueron volviendo más lentos, y cuando el Seat se detuvo, Santiago vio con horror cómo una horda de coches, furgonetas y camiones se precipitaba sobre él. Chilló de miedo y se aferró con más fuerza al volante mientras todos iban rebasándolo por uno u otro flanco. El Seat se había detenido sobre la línea que separaba el carril derecho del central, y los que circulaban por el primero se veían obligados a valerse del arcén para esquivarlo. Fue

una suerte que, en ese momento, no se estuviera produciendo ningún adelantamiento —sobre todo, de un camión a otro—. De lo contrario, le habrían hecho picadillo y reducido el coche a un retorcido montón de chatarra.

Comprendió, instintivamente, que era cuestión de tiempo que provocara un accidente, así que palpó con la mano derecha bajo el volante en busca de la llave de contacto —en algún momento, el motor se había calado—. Dio con ella y arrancó. Luego, tras comprobar que tenía vía libre para maniobrar, encaró el coche en el sentido correcto de la marcha y aceleró a fondo.

Los últimos días habían sido una locura, y un accidente de tráfico parecía la guinda ideal del pastel. La lóbrega fiesta de despedida de un ir y venir enloquecedor.

No podía esperar a llegar a la siguiente área de descanso, así que se detuvo en el arcén, aproximándose tanto al quitamiedos que lo rozó con alguna parte del costado derecho. No le importó. Ni siquiera pensó en lo cara que iba a salirle la reparación. Su mente estaba en blanco. Algo le impedía pensar. Todo cuanto podía evocar eran fogonazos de una caótica sucesión de imágenes.

Respiró hondo y se concentró en recobrar la calma. Por suerte, no habían saltado los airbags. Y eso era una cosa fantástica, porque significaba que podría continuar su viaje. Pero antes de hacerlo quería comprobar a qué se debía el escozor que sentía en la cabeza. Se tocó la zona que quedaba unos centímetros por encima de la oreja izquierda y cuando retiró la mano vio que tenía sangre en los dedos. Imaginó que debía haberse golpeado contra el cristal de la ventanilla. La sensación de que, en el fondo, había salido bien parado de un accidente que podía haber sido muy grave se fue asentando poco a poco en su cerebro. Una certidumbre que hizo que empezara a temblar de pies a cabeza. El camión que le rebasó justo en ese momento, levantando una furiosa ráfaga de aire que hizo que el Seat se sacudiera sobre los amortiguadores, ayudó a consolidar esa creencia.

¿De verdad había estado tan cerca de morir como le parecía?

Se limpió la sangre en el pantalón, comprobó por el retrovisor que el carril se encontraba momentáneamente despejado, metió primera y pisó el acelerador. Abandonó el arcén y ganó velocidad rápidamente. Poco después ya circulaba por encima de los cien.

Durante unos cuantos kilómetros —hasta que dejó de temblar y su corazón volvió a latir con normalidad— fue incapaz de concentrarse en nada. El móvil ya no estaba en el asiento del acompañante. Lo buscó con la vista y descubrió que había caído al suelo. Soltó la mano

derecha del volante y se inclinó para cogerlo, pero el cinturón de seguridad lo retuvo.

—¡Joder! —gritó con tal fuerza que le reverberó en los oídos.

Se lo desabrochó. Pese a que se movió tan rápido como pudo, durante unos segundos perdió de vista la carretera. Era una maniobra temeraria, pero estaba muy preocupado por Nuria. Necesitaba hablar con ella. La visión (¿ilusión?) del hacha lo había aterrorizado, y estaba casi seguro de que su amiga de la infancia tenía algo que ver. Por fin, después de tocarlo unas cuantas veces con la punta de los dedos, logró hacerse con él y pulsó el botón de rellamada.

Al otro lado del satélite, su móvil sonó una vez, dos veces.

Era una auténtica locura, la clase de fantasía psicótica que tendría el paciente de un manicomio, pero estaba convencido de que lo del hacha había sido real. No en aquel coche, no para él, porque se había tratado de una proyección. Pero en un claro situado en medio de una arboleda, a las afueras de La Gauna, un hacha de verdad había descrito aquella parábola horizontal y clavado en el tronco de un solitario olivo.

—Coge el teléfono, Nuria, por favor —suplicó.

Esperó hasta que sonó el máximo de tonos posible y la llamada se cortó de manera automática. No volvió a intentarlo. Lanzó el móvil contra el salpicadero y se concentró en la conducción. Todavía le faltaba un buen rato para llegar a su pueblo y estaba decidido a reducir ese tiempo al máximo. Se cambió al carril situado más a la izquierda y no lo abandonó hasta que tuvo que tomar la salida de la autopista, con la aguja del velocímetro temblequeando en todo momento en torno a los ciento sesenta.

En un lejano segundo plano, notó que la carne del antebrazo que rodeaba el parche de madera empezaba a desgarrársele a medida que la herida crecía. La piel se le arrugó hacia el codo y hacia la muñeca y, bajo esta, la sangre comenzó a manar de los surcos que se iban abriendo camino en todas direcciones. Agradeció que el ruido grave del motor de gasolina le impidiese escuchar el crujido de la madera expandiéndose por nuevos territorios, porque sentía que en esos momentos la frontera que lo separaba de la locura era más delgada y frágil que nunca.

12.

Circulaba tan rápido por el estrecho camino que tantas veces había recorrido en bicicleta durante la primavera y el verano del noventa y tres que las partículas de tierra que levantaba tras de sí se elevaban media docena de metros sobre el suelo antes de empezar a descender. Temía que algo malo hubiese ocurrido. Algo peor, mucho peor, que descubrir que Nuria había terminado talando el olivo. Así que, cuando llegó, aplastó el pie en el pedal del freno, apagó el motor y se bajó a toda prisa. Atravesó el bosquecillo de pinos a la carrera, sin fijarse realmente en ellos. Los esquivaba por puro instinto —a un tris de golpearse los hombros con los troncos— e iba dejándolos atrás hasta que por fin alcanzó a ver la linde y el claro que había a continuación.

—¡Nuria! —gritó con una voz llena de angustia—. ¡NURIA!

Su vieja amiga, la primera chica a la que había besado en los labios, estaba tendida en el suelo, sobre el costado derecho, de espaldas a él. De un golpe de vista vio un hacha clavada en el tronco del olivo. Se agachó junto a ella y la volvió hasta colocarla boca arriba. El cuerpo de Nuria no opuso resistencia, pero tampoco colaboró.

Tenía la cara cubierta de sangre. Había manado a borbotones de un corte en la sien derecha. La sangre, de un rojo oscuro, se había coagulado en él. Era tan profunda que Santiago vio que le había alcanzado el hueso, partiéndoselo en dos y dejando expedita la vía a la masa gris del cerebro. Se dijo que había muerto de manera instantánea, que no había sufrido, pero eso no le consoló. Acababa de reencontrarse con ella después de muchos años, demasiados, y lo que había sentido encajaba con esa maravillosa sensación que se experimentaba hacia otra persona que inducía a uno a querer pasar todo el tiempo posible a su lado.

Apoyó el oído en su pecho y se concentró en escuchar el latido de su corazón.

No lo oyó.

Bajo todo aquel montón de sangre, su cara estaba blanca como el papel. Lo peor de todo, sin embargo, eran los ojos. Estaban abiertos como platos pero, pese a la luz, sus pupilas no eran mayores que la cabeza de un alfiler. Santiago recorrió de arriba abajo, como si tratara de memorizarla. Pensó que seguramente a Nuria no le habría gustado que hiciese eso. Al morir, su vejiga se había distendido y vaciado, y una enorme mancha de orina le empapaba la ropa en torno al pubis. Su melena castaña estaba atascada, en su mayoría, en el charco de

sangre a medio coagular. Las puntas de algunos cabellos se sacudían con la brisa, creando una falsa sensación de vida.

Luego cayó en la cuenta de lo que había visto antes de arrodillarse ante ella y volvió a fijarse en el hacha clavada en la corteza agrietada del olivo. Había escogido un segmento de tronco situado a un metro de altura, unos treinta centímetros por debajo del lugar en que nacía la primera rama. Supuso que sabía que cortarlo le iba a llevar bastante trabajo —la madera centenaria era sólida y dura—, pero eso no la había amilanado.

Para su consternación, sólo había sido capaz de dar el primer golpe. Lo había hecho con todas sus fuerzas, de ahí que el hacha aún siguiera clavada. Con lo que no había contado era con lo que Santiago habría predicho: que, de algún modo, el olivo había pasado a formar parte de ellos y ellos de él, y que el daño que iba a infligirle tendría consecuencias. Nuria no le había escuchado, no se había atenido a razones, por muy disparatadas que sonasen, aunque ese no era el caso. Estaba cegada por su objetivo, sin detenerse a formularse ninguna pregunta. Sin siquiera prestar oídos a la teoría que él había intentado explicar acerca de por qué talarlo era una pésima idea.

Ahora era demasiado tarde, y Santiago rodeó el cuerpo de Nuria, por el que ya no se podía hacer nada, y se acercó al olivo. La vegetación a su alrededor era escasa y apenas levantaba un palmo del suelo. La idea de que aquello fuese algo más que un simple árbol se le cruzó por la cabeza. ¿Lo había sugerido alguno de ellos cinco —aunque podía descartar a Abel en un noventa y ocho por ciento porque no hablaba a menos que fuera para contestar a algo— durante los meses que escogieron aquel sitio para evadirse del mundo? No lo recordaba. Pero seguro que, de haber surgido, todos se habrían echado a reír ante una idea tan tonta antes de dejarla desaparecer corriente abajo. Pensó en ella mientras aferraba el mango de madera del hacha y la arrancaba del tronco. Se apoyó en esta como si fuera un bastón y escrutó la brecha abierta en la madera.

Tocó la sustancia que había manado de ella y se miró los dedos.

Era de una tonalidad y una textura semejante a la sangre. Se la acercó a la boca y la probó con la punta de la lengua: salada y con un regusto a cobre. Como la sangre. Luego se volvió a mirar de nuevo la de Nuria, y la secuencia de los hechos apareció en su cabeza como una de esas películas de metraje encontrado, del tipo *La bruja de Blair*. Se preguntó si Nuria habría vislumbrado cómo una reproducción fidedigna del hacha —con la única excepción de que el mango era más corto porque desaparecía en el vacío—, surgía por uno de sus flancos. Y si, de ser así, habría tenido tiempo de pensar, horrorizada, que no

podía detener la que ella lanzaba contra el olivo y que iba a morir. Pensó en el *¡tap!* seco de la madera y el *¡chap!* que debía haber hecho la hoja al abrirle el cráneo y chapotear en su cerebro, de manera tan consecutiva que ambos sonidos casi se solapaban.

—Pero no andábamos desencaminados, ¿verdad? —aseveró Santiago, alzando la cabeza y mirando el enredado ramal del olivo.

¿A quién se le habría ocurrido que plantarlo allí era una buena idea?

Había estado tan concentrado —en Nuria primero y en el hacha después— que no se había acordado de las cuerdas anudadas a él. Localizó la de Nuria y vio que estaba caída en el suelo y se alejaba un poco antes de desaparecer. Exactamente como la de Juan Carlos. Las que se mantenían en el aire se encontraban en el mismo estado que la última vez que había estado allí. La de Abel deshilachada y medio podrida, y la de Mario rígida y candente como un varilla de acero enterrada entre las brasas de una hoguera.

Mario ocultaba un secreto que lo mantenía en una tensión permanente. Un secreto que, en vista de cómo había actuado con ellos la tarde anterior, quitándoselos de encima en la tienda y dándoles plantón después, en el bar, no quería compartir con nadie.

¿Tenía Mario la culpa de que Nuria estuviera muerta?

Porque estaba casi seguro de que la corteza de su costado había comenzado a crecer hacia adentro a raíz de que el día anterior fracasaran en su intento por hablar con él.

Lo indiscutible era que se trataba de una advertencia. Pero ¿qué esperaba que hiciesen? ¿Y por qué, de pronto, era tan urgente que fuese hecho?

Buscó el parche de piel de Nuria en el lugar en el que esta lo había localizado el día anterior. Dio con él y reparó en que parecía más mustio, como si sus células ya hubieran iniciado el proceso de descomposición. Además, la corteza de alrededor había empezado a cerrarse sobre él y seguramente terminaría desapareciendo antes de que se pudriese lo suficiente como para desprenderse del tronco.

Se agachó ante Nuria y le levantó la camiseta hasta dejar al descubierto la herida del costado. No le sorprendió ver que unos cuantos pedazos de corteza se habían adheridos a la cara interior de la tela, arrastrados por esta cuando había tirado de ella. Unos pocos más lo hicieron cuando frotó la herida, dejado pequeños agujeritos a través de los cuales podía verse la carne rojiza y sanguinolenta de debajo. Hizo un esfuerzo consciente por no volver a mirarla a la cara, pero le resultó imposible. Porque era Nuria, y no quería olvidarse de eso ni

por un instante. Aunque doliese. Ella se lo merecía. Estaban juntos en esa odisea, igual que lo habían estado aquella lejana mañana de sábado en la que le mostró lo que era un beso. Puede que el tiempo y las circunstancias los hubieran llevado por caminos diferentes, pero su amistad nunca había sufrido ningún cortocircuito sino que había permanecido ahí, latente, hibernando, intacta, a la espera de que la retomaran.

Metió el hacha en el maletero y regresó a su lado, se acuclilló, le pasó los brazos por debajo del cuerpo y la levantó del suelo. Luego echó a andar, con ella pegada a su pecho, hacia la linde del bosque que crecía en el extremo más alejado del camino. Pensó que ojalá tuviera una pala con la que abrir una fosa en la que enterrarla. No tenía intención de dejarla allí, por supuesto. Nuria —su cuerpo— no merecía que la trataran así. Sólo sería una solución temporal para impedir que los animales de la zona detectaran el olor de la sangre y se dieran un banquete antes de que pudiera regresar para hacérsela llegar a su familia. Aún no sabía cómo lo iba a hacer sin verse implicado, pero confiaba en que ya se le ocurriría algo.

La depositó con mimo en un lecho de vegetación. Luego arrancó helechos y plantas silvestres y las dispuso sobre ella a modo de camuflaje hasta que quedó cubierta por una colcha verde que, esperaba, la hiciera invisible hasta que él volviese a buscarla.

Regresó al coche y estuvo mucho rato sentado al volante, con el motor apagado. Se repitió «*Nuria está muerta*» tantas veces que perdió la cuenta. Para cuando arrancó, tenía el rostro empapado de lágrimas y ya había empezado a asimilar que lo que se decía era real.

13.

Hacía mucho que Santiago había llegado a la conclusión de que, a nivel geográfico, el núcleo central de todo ese asunto se encontraba en La Gauna. Y, tras la muerte de Nuria, el único que quedaba por regresar allí era Mario. Probablemente, el más importante de todos ellos. Aquel en torno al cual giraba aquella extraña historia. El problema residía en que Mario no quería saber nada del pueblo en el que se había criado ni de sus viejos amigos de la infancia. Mientras conducía, de regreso a Tarragona, trató de imaginar de qué podría estar huyendo. Porque era evidente que lo hacía. Y su perseguidor era el mismo pasado que, por alguna razón desconocida, lo había convertido en un niño (y, más tarde, en un adolescente) introvertido y solitario.

Llegó a Tarragona poco después de las cinco. A esa hora, la tienda de sellos debería estar abierta al público, pero no era así. Esperó en las inmediaciones por si algo lo había retrasado, pero a las seis resultó evidente que Mario no iba a aparecer. La intriga de Santiago no hizo sino aumentar. Pese a que podía deberse a causas más mundanas —como un resfriado, sin ir más lejos—, Santiago estaba convencido de que su aparición y la de Nuria la tarde anterior lo había asustado. Y esa era una reacción a la que no encontraba explicación. Porque ellos no habían ido allí con la intención de amenazarle. Sólo querían saber por qué la cuerda del olivo que le correspondía brillaba como si acabara de ser sacada de la fragua de un herrero.

¿Qué secreto ocultaba al mundo?

¿Qué clase de secreto te devoraba por dentro pero apenas mostraba síntomas externos?

Entre la persiana y la puerta de entrada había algo así como medio metro cuadrado en la que el cartero de la zona había dejado varias cartas. Tenían toda la pinta de ser facturas, pero se le ocurrió que tal vez hubiera algún dato que pudiera serle de utilidad para localizarlo. Estaba valorando la posibilidad de buscar un palo para intentar hacerla escalar por la cara interior de la persiana cuando reparó en algo que había pasado por alto: en la puerta, entre carteles sobre la historia de monedas antiguas y ferias medievales, había una tarjeta verde en la que se podía leer:

Si tiene algo interesante que ofrecerme
también atiendo en Calle Cierzo 11 2º C

—¿En serio? Venga, no me jodas —resopló, enfadado consigo mismo.

Mario era la clase de fanático de la filatelia y la numismática que no consideraba estas como un mero negocio sino como una forma de vida. Tal era el alcance de su pasión que no dudaba en poner la dirección de su propio domicilio para que los potenciales vendedores particulares tuvieran la posibilidad de acudir a él incluso fuera de las horas de apertura comercial.

Sacó el móvil, buscó la dirección en Google y vio que estaba lo bastante cerca como para ir a pie, de modo que se puso en marcha.

El piso de Mario estaba situado en un edificio anodino de una calle estrecha y un solo sentido de circulación. Llamó al timbre de uno de sus vecinos del cuarto, consiguió que le abriesen y subió las escaleras hasta el segundo. Cada planta contaba con tres viviendas. Santiago se plantó ante la puerta del «2º C» y llamó al timbre. No tardó en oír ruido de pasos en el interior. La mirilla se oscureció al poco, cuando Mario comprobó quién era a través de ella.

—Se te olvidó quitar la tarjeta con la dirección de tu casa, Mario —le dijo a modo de saludo.

—Es sólo para clientes —replicó este con un gruñido.

—Yo soy más que un cliente. Soy un viejo amigo.

Mario ni lo confirmó ni lo desmintió.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo sobre La Gauna.

—Hace mucho que me fui de ese pueblo —refunfuñó Mario.

—Yo acabo de volver. Fui tras Nuria. Esta mañana se levantó temprano, alquiló un coche sin avisarme y se marchó hacia allí. La corteza de árbol le había alcanzado el riñón. Estaba aterrorizada y se proponía talar ese olivo al que estuvimos yendo durante unos meses, en el noventa y tres. —Hizo una pausa y se vació los pulmones de aire para dotar de mayor solemnidad a lo que se disponía a decir a continuación—: Conduje tan deprisa como pude, pero llegué tarde. Ahora está muerta.

Esperaba que aquella última palabra surtiera un efecto mágico en Mario, que tuviera la facultad de hacer que consintiera abrirle la puerta.

Acertó.

—¿Muerta? —repitió—. ¿Cómo?

Llevaba unos pantalones de chándal viejos y una camiseta de manga corta azul llena de lamparones que se aplastaba contra su barriga. Tenía el pelo revuelto y una mancha de chocolate líquido en la comisura de la boca. Santiago se preguntó si la preocupación por la repentina aparición de Nuria y él en su vida le había provocado uno de esos ataques de ansiedad nerviosa que algunas personas tratan de aplacar comiendo.

—Cuando le dio el primer hachazo al tronco, otro hacha apareció de la nada y se le clavó en el cráneo.

—Eso no tiene ningún sentido —adujo Mario.

—Lo sé. Pero es lo que sucedió.

A continuación, ambos hombres se miraron fijamente por espacio de varios segundos. Santiago estaba convencido de ir ganando la batalla, agrietando el muro defensivo que Mario había levantado en torno a sí, cuando sucedió lo inesperado.

—Lo siento mucho —dijo, y le cerró la puerta en las narices.

Santiago reaccionó tarde y, para cuando se precipitó contra la puerta, esta ya se había encajado en el marco.

—Abre, Mario —protestó, sin alzar mucho la voz. No quería que los vecinos se alarmaran y llamaran a la policía—. Tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar. Vete —oyó decir a Mario desde el recibidor.

—Claro que sí. Necesito que me cuentes qué te pasó allí —dijo, quemando sus últimos cartuchos.

Mario no contestó.

—No pienso irme hasta que abras. Me quedaré aquí y esperaré a que salgas. Nuria ha muerto, joder. ¿Es que eso no te importa nada?

14.

Dos horas después, la puerta se abrió y Mario apareció en el vano.

—¿Aún sigues aquí? —inquirió de mala gana.

—Te dije que no pensaba irme hasta que hablaras conmigo —contestó Santiago.

Mario lo miró a los ojos y suspiró con pesadez. Santiago se sintió como si los hubiese confundido con sendas ollas hondas, metido una espumadera en ellos y comenzado a removerlos, sacándola de cuando en cuando para ver lo que iba encontrando.

—Hablar no cambiará nada —aseveró Mario.

—No me puedo creer que Nuria esté muerta por culpa de todo esto y a ti te dé igual —señaló Santiago.

—¿Quién ha dicho que me da igual? —replicó Mario.

—Es lo que parece —dijo Santiago.

Seguía sentado en el suelo del descansillo, con la espalda contra la pared. Desde esa perspectiva, el corpachón de Mario resultaba aún más impresionante. Su redonda barriga asemejaba un balón de playa excesivamente hinchado —con la diferencia de que esta no corría el riesgo de explotar—. Era tan ancha que el mero hecho de estar parado en el umbral ya impedía el paso. En comparación, sus orejas eran poco más que apéndices a ambos lados de una cabeza del tamaño de una sandía.

—¿Puedo usar tu baño? —pidió Santiago, aprovechando el silencio en que se había sumido su viejo amigo de la infancia.

—Pasa —contestó Mario, haciéndose a un lado, consciente de su propia corpulencia.

Santiago se levantó de un salto y echó a correr hacia el interior de la casa. Cuando pasó por su lado, Mario le dijo dónde estaba. Luego lo oyó cerrar la puerta principal y regresar sobre sus pasos. Santiago, que tenía la vejiga a punto de reventar, orinó por espacio de medio minuto. A continuación, se plantó ante el espejo y se lavó las manos mientras examinaba su aspecto. Estaba cansado, pese a que la noche anterior no había dormido demasiado mal. Pero en las últimas horas le habían ocurrido tantas cosas que casi resultaba inverosímil. Se preguntó si desde el lado de Mario sonaría así de increíble. Lamentó no haber sacado una foto del cadáver de Nuria. Le podría haber ayudado en su intento por convencerle de que necesitaba que se

implicase en el asunto.

Cuando salió, Mario lo esperaba sentado en una de las sillas dispuestas en torno a la mesa del comedor. Tenía un botellín de cerveza ante sí y había dejado otro frente a la silla vacía que había en la cabecera.

—¿Te apetece comer algo? —le preguntó.

Santiago no recordaba cuánto hacía que no probaba bocado y estaba hambriento. Se había comprado una chocolatina y una lata de Coca-Cola en la tienda de una estación de servicio cuando había parado a echar gasolina, pero eso sólo había servido para engañar a su estómago. No obstante, decidió dejarlo para más tarde. Ahora que tenía la atención de Mario no quería correr el riesgo de que se replanteara escucharle.

—Necesito que vengas a La Gauna conmigo —dijo.

Mario se quitó una legaña imaginaria del ojo y sorbió por la nariz.

—Antes de eso, ¿por qué no me cuentas lo que está pasando? Desde el principio.

—Está bien —accedió Santiago.

Empezó hablándole de los sueños que había tenido: el bosque por el que avanzaba, la cruz pintada en el tronco de un nogal con aerosol amarillo y la flecha de más adelante, esta vez de color verde, y que señalaba hacia un buzón fijado a una estaca.

—¿Un buzón en medio del bosque? —inquirió Mario.

—Los sueños pueden ser así de caprichosos —dijo Santiago.

Continuó con lo que había visto tras apartar una barrera de densa maleza: a ellos cuatro y a su primo jugando junto al olivo, con las bicicletas olvidadas en el suelo. Y de cómo había forzado la puertecilla del buzón para leer la nota que contenía, en la que alguien pedía ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? —se interesó Mario.

—No lo especificaba.

—¿Y luego que pasó?

Mientras le narraba los hechos en orden cronológico decidió que tampoco le hablaría a él de la figura antropomórfica cubierta de ramas y hojas que se le había aparecido en varias ocasiones. No estaba seguro de por qué se lo había ocultado a Nuria, aunque quizá fuese porque no se le había aparecido a ella y eso podía significar algo. Así pues, tampoco se lo desvelaría a Mario. Él ni siquiera había tenido sueños. Ni lucía heridas sepultadas bajo corteza de árbol. Por alguna

razón, el olivo no se había fijado en él.

Bebieron un trago de cerveza, y luego Santiago continuó:

—Una noche caminé sonámbulo hasta la cocina, cogí unas tijeras y empecé a hacer pedazos una sábana. Cuando volví del trabajo, a última hora de la tarde, me llamó Nuria. Ella también había tenido un episodio de sonambulismo y utilizado los imanes de su nevera para desentrañar el número de mi teléfono fijo.

—¿Qué tiene eso de especial? —inquirió Mario.

Aunque su cuerpo contradecía sus palabras, porque primero carraspeó y luego formuló la pregunta con las cejas enarcadas.

—Habíamos perdido el contacto hacía años. Ni yo sabía su número ni ella el mío —explicó Santiago—. Caí en la cuenta de algo y fui a buscar la sábana que había destrozado la noche anterior. Y adivina qué.

—Ni idea —contestó Mario, sin molestarse en hacer el menor esfuerzo.

—Yo no había dado tijeretazos al azar. Había recortado su número de teléfono.

Esta vez, Mario no trató de disimular lo impresionado que estaba.

—Acordamos reunirnos al día siguiente para intercambiar pareceres. Los dos teníamos heridas hechas durante los sueños cubiertas por corteza de árbol, y cuando le conté que había soñado con nosotros cinco jugando junto al olivo decidimos dejarlo todo e ir hasta La Gauna para ver si descubríamos algo.

—Además de toparos con mi primo, ¿sucedió algo más?

—Había cinco cuerdas atadas al tronco. Cada una de ellas era de varios metros de longitud. No eran reales. Pero Nuria y yo podíamos verlas. Estaban allí.

—¿Una por cada uno de nosotros? —planteó Mario, un tanto estupefacto.

—Sí. Pero se encontraban en diferentes estados de conservación. La de Juan Carlos estaba floja y medio enterrada en la tierra porque había muerto. La de Nuria y la mía…

—Espera —lo interrumpió Mario—. ¿Juan Carlos también está muerto?

—Sí. Se ahorcó hace algunos años, según me contó tu primo. Tenía problemas con el juego, deudas a las que no podía hacer frente, y se rindió.

—Joder —se lamentó Mario.

—Lo sé —musitó Santiago.

Mario bebió otro trago de cerveza, como para deshacer el nudo que se le debía haber formado en la garganta.

—Aún así, quedaban cuatro —continuó—. ¿Qué pasa? ¿Que había una etiqueta con nuestro nombre atado a cada una y por eso sabíais cuál correspondía a quién?

—La de Nuria y la mía estaban en buen estado —repuso Santiago, obviando su pregunta—. En cambio, la tuya y la de tu primo…

—¿Qué ocurría con las nuestras?

—Una de las que quedaban estaba deshilachada, y en cuanto vimos a Abel en el bar supimos que esa era la suya. Está amarillo. Tiene problemas de hígado. Creo que ya es demasiado tarde para él. Aunque dejase de beber hoy mismo, podría morir en cualquier momento —explicó Santiago.

—¿Y qué le pasaba a la que quedaba? —quiso saber Mario.

—Ardía.

—¿Ardía?

—Era como si estuviera en llamas, pero sin consumirse.

—Y decidisteis que esa era la mía —espetó Mario.

—Lo dedujimos, sí.

Mario enarcó las cejas en un gesto ostentoso.

—Lo dedujisteis. Ya veo —se mofó.

—Cuando murió Nuria, la suya dejó de flotar y cayó al suelo.

Mario se levantó de la silla como un resorte, súbitamente airado.

—Y asumes que, de nosotros dos, ¿tú eres el más normal y el que tiene menos problemas? —inquirió.

—No. Pero me conozco. Y no arrastro ningún trauma. Sé que no soy yo.

—Yo tampoco arrastro traumas —rechazó Mario.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamarías a que, de la noche a la mañana, no quisieras saber nada de nosotros, te aislases del mundo y, llegado el momento, escogieras un instituto diferente al que habíamos acordado ir? ¿Qué sucedió para que quisieras apartarte de nosotros? —espetó Santiago.

Mario apuró su cerveza y luego fue a la nevera a por otra. A

Santiago le habría encantado ordenarle que volviera a sentarse, pero no podía impedírselo.

—No te ofendas, pero me di cuenta de que no era como vosotros —contestó a su regreso.

—Ni nosotros ni nadie, al parecer. Porque no nos dejaste por otro grupo de chicos. Nos dejaste para encerrarte en casa —adujo Santiago.

—Tenía mis razones —espetó Mario, masticando las palabras como si fueran piedras.

—¿Ves? Por eso llegamos a la conclusión de cuál era tu cuerda. Lo que me preocupa es que sigues tan inquieto como por aquel entonces. Y a eso se le llama trauma —aseveró Santiago.

Mario guardó silencio. Santiago se inclinó hacia él.

—¿Qué es, Mario? ¿Cuéntame qué cojones te atormenta?

—No estoy atormentado —rechazó este.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No me apetece hablar de ello —dijo, tras unos instantes de silencio.

—El olivo encaja en todo esto de algún modo —apuntó Santiago—. ¿Tienes idea de cómo?

—No.

Contestó demasiado rápido, como si le hubiese dado una respuesta automática. Por eso Santiago comprendió que mentía.

—Mira, Nuria fue a talar el árbol porque le había alcanzado el riñón y parecía dispuesto a matarla. —Se subió la manga para mostrarle la herida que se había hecho en sueños en el antebrazo. La corteza del interior se había expandido en ambas direcciones y pronto la desbordaría—. Y es cuestión de tiempo que todo mi brazo se convierta en un trozo de madera. Ya noto cómo la sangre me llega con más dificultad a la mano.

Mario apretó los dientes y arrugó la frente, conformando una expresión furiosa. Luego suspiró por la nariz como si fuera un dragón.

—De acuerdo. ¿Quieres llevarme a La Gauna? Iré a La Gauna —accedió—. Mañana. Ahora me voy a la cama.

Santiago contuvo un suspiro de alivio. Pensaba que nunca convencería a Mario para que lo acompañase al pueblo de su niñez, pero lo había hecho. El chantaje emocional había surtido el efecto deseado. Quizá, después de todo, Mario no fuera tan insensible como se había esforzado en hacerles creer el día anterior.

—Puedes quedarte a dormir en el sofá —aseveró.

Fue lo último que dijo antes de meterse en su dormitorio y cerrar de un portazo.

15.

La voz de Mario lo despertó en mitad de la madrugada. Santiago se sacudió el sueño y aguzó el oído. Permaneció tendido en el sofá, muy quieto, con la intención de escuchar lo que decía, pero la distancia distorsionaba las palabras y las convertía en meros sonidos. Apartó la fina manta con que se tapaba —la había encontrado plegada sobre el respaldo del sofá; suponía que Mario debía usarla para echársela por encima mientras veía la tele—, se incorporó hasta quedar sentado y apoyó los pies en el suelo. Decidió no calzarse las deportivas. El crujido de las suelas de goma contra las baldosas podía hacer demasiado ruido en el silencio pétreo de la noche.

Se levantó y echó a andar hacia el dormitorio de Mario. Atravesó el comedor, recorrió de puntillas un tramo de pasillo y luego se detuvo a escuchar. La puerta no estaba cerrada del todo, lo que significaba que Mario debía haber salido de la habitación mientras él dormía. Supuso que habría ido al baño o a la cocina —tal vez a ambos sitios—, y al regresar no se había preocupado por cerrarla. A través de la pequeña brecha abierta en el vano podía oírlo. Hablaba en voz alta, como si mantuviera una conversación con alguien. Estaba agitado, y su tono era el de una persona asustada. Santiago apenas entendió unas pocas palabras. Empujó la puerta con cuidado y ésta pivotó sobre las bisagras sin hacer ruido. Cuando la barrera de madera desapareció, barruntó el cuerpo de Mario en la cama de matrimonio en la que dormía. Estaba tendido sobre el costado izquierdo, dándole la espalda, pero justo cuando se estaba acercando se revolvió hasta quedar boca arriba.

—No lo hagas. No quiero que lo hagas. No puedes —masculló entre dientes.

Para Santiago fue evidente que estaba teniendo una pesadilla, y se preguntó si tendría algo que ver con la charla que habían mantenido horas antes. Aquella en la que, después de mucho esfuerzo, había conseguido que accediera a ir con él a La Gauna. Aún le daba vueltas en su cabeza a las razones de su animadversión hacia el pueblo en que se había criado.

—Como digas algo te vas a enterar, renacuajo de mierda —continuó Mario.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y gracias a la luz de la farola que se colaba por la ventana, Santiago pudo apreciar con más nitidez el aspecto de su amigo. Tenía la cara empapada en sudor. Y tal vez, en parte, de lágrimas. Deseó poder entrar en su cabeza, tal y

como el olivo lo había hecho en la suya y en la de Nuria. Una vez dentro, si apartaba las suficientes capas, tendría acceso a su secreto. Este se revelaría ante él y, por fin, podría comprender de dónde venía la inquietud de Mario y su inquina hacia La Gauna.

¿Qué había sucedido allí para que ni siquiera le gustara la idea de regresar? Santiago creía que sólo iba porque él lo acompañaba, y lo hacía con la esperanza de que algún círculo abierto se terminase de cerrar y el dramático episodio se perdiera en los confines de su memoria.

Mario continuó gimiendo y quejándose. Movía la cabeza en ademán negativo y agitaba los músculos de la boca, que permanecía abierta con el principal objetivo de aspirar grandes bocanadas de aire. Santiago se acuclilló junto a la cabecera de la cama.

—Cuéntame qué te está pasando, Mario —le susurró.

Enseguida supo que hablarle había sido un error. Mario se quedó inmóvil y prestó atención a aquella voz, que en el sueño debía llegarle de todas partes y de ninguna al mismo tiempo. De haber creído en el rezo, le habría pedido a Dios que no se despertase. Si lo encontraba allí, husmeando en sus sueños, podía cambiar de parecer y dar al traste con sus esperanzas de encontrar una aclaración para todo ese asunto.

Fuera como fuese, Mario no sólo no se despertó sino que, al cabo de un rato, volvió a sumirse en la pesadilla que esa noche lo atormentaba. Santiago permaneció allí un rato más y luego regresó al comedor. Se tumbó en el sofá y le estuvo dando vueltas a las frases que su viejo amigo de la infancia había dicho en sueños.

¿A quién le estaba suplicando? ¿Y a quién amenazaba y lo llamaba renacuajo de mierda?

¿O era justo al contrario? ¿Estaba reproduciendo lo que en algún momento del pasado le habían dicho a él?

16.

Se despertó con el tintineo de una cucharilla golpeando una taza de cristal. Miró la hora en su teléfono móvil: las ocho y cuarto. Se incorporó, se frotó los ojos y bostezó mientras se desperezaba. Varias de las vértebras de su espalda crujieron como una bolsa de palomitas en el microondas. Se calzó las deportivas —con los cordones sin atar— y se encaminó a la cocina, donde la luz del fluorescente formaba una figura geométrica de un azul eléctrico en el pasillo. Encontró a Mario sentado a la mesa, mojando bizcochos en un vaso de leche con cacao. Le sorprendió el buen aspecto que presentaba. Tenía el pelo encrespado y revuelto, y su papada temblequeaba al masticar cada bocado.

—¿Ya estás más tranquilo? —le preguntó Santiago.

—Sí. Pero sigo sin tener ni putas ganas de hacer ese viaje.

Santiago no dijo nada mientras sacaba la leche de la nevera, cogía una taza del armario situado sobre el fregadero, la llenaba en sus tres cuartas partes y le añadía un par de cucharadas de cacao en polvo. Habría preferido café, pero Mario ni siquiera tenía del soluble. Cuando se reunió con él en la mesa, Mario mantenía la atención puesta en su taza. Como si no tuviera nada de lo que hablarle.

—Anoche te oí gritar —le desveló Santiago.

—¿A mí? —dijo Mario con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Y qué decía?

—Nada —mintió Santiago—. O, al menos, nada que yo pudiera entender. ¿No recuerdas lo que soñabas?

—No. —Mario se encogió de hombros—. Ni idea.

—Si era una pesadilla, quizá sea mejor así —aseveró Santiago, guardándose lo que sabía.

PARTE III

1.

La temperatura era suave pese a que el cielo aparecía parcialmente poblado de nubes. De cuando en cuando, el sol encontraba resquicios entre ellas para hacer llegar los rayos de luz hasta la superficie, reflejándose en el parabrisas y dificultándole la visibilidad. La radio estaba apagada pero, a diferencia de lo sucedido en el viaje que había hecho con Nuria el día anterior, esa vez no le había preguntado a Mario si le importaba que la encendiese. Con Mario como acompañante, prefería el silencio. Necesitaba ese silencio para intentar que se sintiera incómodo y se pusiera a hablar. Santiago esperaba que fuera una mera cuestión de tiempo, de ahí que circulara en torno a los cien por carreteras cuya velocidad máxima era de ciento veinte. Finalmente, la estrategia obtuvo sus frutos. Hacía unos minutos que habían dejado atrás la provincia de Tarragona y entrado en la de Lérida cuando Mario dijo:

—¿Sigues queriendo saber qué me pasó?

Santiago se volvió para mirarlo, con los ojos abiertos como platos.

—Claro —aseveró.

—Nunca se lo he contado a nadie. Tú serías el primero —repuso Mario.

—¿Consideras que se trata de un trauma?

—Supongo que podríamos llamarlo así —admitió Mario.

Santiago decidió no decirle que, en ese caso, el día anterior le había mentido. No era momento de reproches sino de cerrar el pico y escuchar.

—Adelante —dijo.

Tardó un rato en ponerse a hablar. Antes de eso, estuvo mirando por la ventanilla, inspirando y expirando, quizá tratando de decidir cómo comenzar. Santiago se limitó a esperar, con la vista puesta en la carretera. Ahora que estaba tan cerca de conseguir que se abriera a él no quería hacer nada que pudiera estropearlo.

—Ese día, por la tarde, mi padre había ido a ver a mi abuela y, al no abrir la puerta, fue a casa a por nuestra copia de la llave. Se la

encontró en la cama. Había muerto mientras dormía. Yo no me enteré hasta que salimos del colegio. La quería mucho y me puse a llorar. Pero nuestra casa estaba llena de gente, y yo quería estar solo, así que me cogí la bici y me puse a pedalear con furia. Recuerdo que apenas veía por dónde iba. Podría haberme atropellado un coche porque no miraba en los cruces. El caso es que, sin proponérmelo, llegué al claro del olivo. Vosotros no estabais porque al día siguiente teníamos un examen importante. A mí el examen ya no me importaba nada. Me había quedado sin abuela. ¿Entiendes?

—Claro —contestó Santiago.

No recordaba que, entre las hipótesis que habían barajado para dejar la pandilla de lado, estuviera el fallecimiento de su abuela. Y tampoco encontraba la relación. Pero decidió esperar a ver si se producía.

—Me senté junto al olivo y estuve llorando mucho rato. El sol empezó a ocultarse y yo seguía allí. No tenía ningunas ganas de volver a casa. Sobre todo porque había oído que el velatorio se celebraría en el comedor. Y me aterraba la idea de tener a mi abuela muerta toda la noche en casa mientras dormía. Para entonces, ya habíamos visto tantas películas de terror que en mi imaginación revivía y venía a por nosotros para no estar sola en el lugar al que había ido.

Lo de las películas de terror era cierto. En el videoclub no les dejaban alquilar cintas porno hasta los dieciocho. Pero podían zamparse toda la sección de terror que el señor Ramón, el dueño del negocio, no les dedicaría nada más allá de una mirada suspicaz y una frase del tipo *«¿De verdad queréis ver esto, chicos?»*. Hasta entonces, habían visto algunas entregas de Freddy Krueger y Viernes 13. Disfrutaban viéndolas, y en los días posteriores se daban sustos y se gastaban bromas, pero Santiago estaba seguro de que cuando se levantaban por la noche para ir al baño todos experimentaban la misma sensación de angustia y pánico que él.

—Entonces, oí que se acercaba alguien. Pensé que seríais alguno de vosotros, pero cuando me limpié las lágrimas y miré vi que era un hombre. Lo conocía de vista, porque era uno de los tíos por parte de padre de Genaro. ¿Te acuerdas de él?

—Sí —contestó Santiago.

Había ido a la misma clase que ellos hasta que suspendió sexto y los profesores le hicieron repetir curso. Santiago recordaba que nunca había sido muy listo. Le costaba aprender cosas nuevas, como raíces cuadradas, los nombres de los ríos o las partes de una oración. Era el vivo retrato de su padre, y Santiago supuso que entre los hermanos de este no habría habido ningún Einstein.

—Se acercó a mí y me preguntó qué me pasaba. Se lo dije. Entonces, me abrazó y me dijo que era ley de vida y unas cuantas cosas más. Al cabo de un rato seguía abrazándome y, cuando me quise apartar de él, no me dejó. Se puso a acariciarme la espalda, me limpió las lágrimas… —La voz de Mario se quebró y soltó un quejido agudo que recordaba al gañido de un perro al que acabaran de pisarle la cola.

A Santiago se le erizó el vello de la nuca. La narración de Mario le había secado la boca porque mucho se temía que ya sabía por dónde iban a ir los tiros.

—¿Abusó de ti? —le preguntó.

Mario abrió la boca para contestar, pero no fue capaz de articular palabra y volvió a cerrarla.

—Joder —masculló Santiago.

—Me obligó a bajarle los pantalones y a que me la metiera en la boca —le confió Mario de improviso.

Fue lo último que pudo decir antes de perder el control de sí mismo y romper a llorar.

Escuchar aquel llanto desgarrador le rompió el corazón a Santiago. Sabía que debía decir algo, hacer algo, consolarlo de alguna manera, pero no tenía ni idea de cómo. Se le ocurrió que podía apretarle la pierna. Pero no estuvo seguro de que fuera lo apropiado para un hombre que acababa de contarle que, cuando era niño, había sufrido abusos sexuales. Así que aferró el volante con fuerza, se mordió el labio inferior con los dientes y siguió conduciendo, más atento a lo que sucedía en la carretera que nunca antes en toda su vida.

2.

Dejaron la autopista unos kilómetros más adelante. El cartel indicador bajo el que pasaron anunciaba que en esa área de servicio, además de repostar gasolina, podían comer algo en el restaurante contiguo. Santiago no lo había hecho por ninguna de las dos cosas sino para que Mario se bajara del coche y tomara un poco el aire. Su llanto no había cesado del todo, pero se había reducido hasta convertirse en un gimoteo. Se sorbía los mocos y se secaba lo ojos con el canto de la mano. También eludía su mirada, como si le diera vergüenza haberse sincerado.

—Creo que necesitabas soltarlo. Te estaba consumiendo por dentro —apuntó Santiago después de que estacionaran en un parking al aire libre, protegido de los elementos por una techumbre ondulada de hojalata. Mario no contestó. Como para tratar de corroborar su teoría, Santiago añadió—: ¿Te encuentras mejor?

Esta vez, su viejo amigo de la infancia asintió con la cabeza.

Santiago abrió la portezuela y salió del coche. Se había levantado un viento revitalizante, de los que limpian el ambiente sin llegar a resultar molesto. Se agachó e introdujo la cabeza dentro.

—Sal a que te dé un poco el aire. Te vendrá bien.

Mario obedeció como un perro fiel.

Santiago rodeó el coche, se sentó en el parachoques trasero y esperó a que Mario se uniera a él. Cuando lo hizo, la amortiguación del Seat protestó y la parte posterior descendió unos centímetros. Un matrimonio con sus dos hijos salió del restaurante y se encaminaron hacia un monovolumen gris. El chico le dio una palmada a su hermana en el hombro y echó a correr. Esta comenzó a perseguirlo por todo el aparcamiento. El viento empujó las carcajadas de los dos niños en su dirección.

—¿Por qué nunca dijiste nada? —preguntó con voz queda, como tanteando el terreno.

—Me amenazó con matarme a mí y a toda mi familia si lo hacía. Yo sabía que era cazador y que tenía escopetas en casa, así que me tomé la amenaza en serio —explicó Mario.

Enterrar la semilla del miedo en su cabeza y dejar que germinara por sí misma. Santiago pensó que era una razón de peso bastante buena para guardar el secreto durante un tiempo. Pero habían transcurrido en torno a veinte años. Ese cabrón debía de rondar la

edad de jubilación y ya no podía hacerle nada porque Mario ya no era un niño asustadizo sino un adulto con capacidad para defenderse.

Santiago señaló la máquina de refrescos que había en el porche del restaurante.

—Voy a por una Coca-Cola. Los últimos días están siendo muy intensos. Necesito cafeína con urgencia. ¿Quieres que te traiga algo?

Mario contestó que otra Coca-Cola para él, si no le importaba.

Santiago se incorporó y se dirigió hacia allí con paso tranquilo. Pensaba que dejarlo un rato a solas le vendría bien para recobrar la compostura. Por alguna razón que Santiago creía, de manera más o menos directa con la virilidad, a los hombres les costaba un gran trabajo reconocer que habían sufrido abusos sexuales. Supuso que porque, al hacerlo, mostraban al mundo una debilidad que para muchos resultaba insoportable. Se tomó su tiempo para sacar dos latas de Coca-Cola, valiéndose de la calderilla que llevaba en la cartera. Luego echó un vistazo a la máquina contigua, que ofrecía desde patatas fritas hasta chocolatinas, y sacó dos *Lions*. Cuando regresó junto a Mario, le tendió ambas cosas.

—Cafeína y azúcar. El mejor amigo de un conductor —bromeó.

Mario la abrió y bebió un sorbo de Coca-Cola. Luego le dio un mordisco a su chocolatina y soltó a bocajarro:

—No sabes la de veces que me he encontrado tan mal que he llegado a pensar en suicidarme.

—No me jodas —musitó Santiago.

Mario asintió.

—Luego, a toro pasado, lo pienso y me digo: «¿Iba a quitarme de en medio? ¿De verdad?». Porque no me lo creo.

Santiago suspiró.

—¿Has estado cerca de hacerlo alguna vez?

—No. Mi cabeza era el límite. Nunca cogí un cuchillo y me lo puse en la garganta, si es a lo que te refieres —repuso Mario.

—Eso demuestra que eres una persona más fuerte de lo que crees. Puede que lo más fácil fuera suicidarse, pero escogías seguir viviendo —opinó Santiago, pensando en Juan Carlos y en cómo una deuda de juego lo había atormentado tanto que no había sido capaz de soportar la presión.

—No es una cuestión de fortaleza —lo corrigió Mario— sino de valor. Yo no lo tenía.

—Puede ser, sí —admitió Santiago, que no quería discutir con él por una cuestión secundaria—. El caso es que sigues aquí. Y que ahora estás sentado conmigo en esta área de servicio, contándomelo, desahogándote, venciendo a tu miedo por K.O técnico.

Mario guardó silencio.

—Cuando todo esto del árbol termine, iremos a la Policía y lo denunciaremos —añadió.

Recordó la corteza que crecía en su brazo y se remangó la camiseta. Comprobó que había seguido creciendo y le había alcanzado el codo. Ahogó un grito, que atrajo la atención de Mario. Este contempló la corteza que comenzaba a envolverle el antebrazo con intensidad. Pero no debido a lo que veía sino a lo que Santiago acababa de decir.

—No, nada de Policía. No quiero que se sepa —rehusó Mario—. Me encargaré del asunto yo mismo.

Santiago se bajó de nuevo la manga y lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—Esto es algo entre él y yo. Lo fue al principio y lo será al final —aseveró.

Santiago pensó en decirle que sí, que lo sucedido aquella tarde en el claro había sido algo entre aquel maldito violador de niños y él, y que durante muchos años había continuado siendo algo exclusivo de ellos dos. Pero que, en las últimas semanas, Nuria y él mismo se habían visto involucrados en el asunto. Ahora ella estaba muerta y él corría el riesgo de —como mínimo— sufrir la amputación del brazo. Así que no, no estaba de acuerdo. En el momento presente, él también tenía algo que decir al respecto.

Lo pensó, pero prefirió dejarlo para más adelante, porque ese estaba siendo un momento de profunda intimidad para Mario.

—Si lo matas, acabarás en la cárcel —se limitó a decir.

—No me importa —replicó Mario.

—Piénsalo un momento y dime si su muerte te ayudará a sobrellevar mejor lo que te pasó —sugirió Santiago.

—Quizá no. Pero le habré devuelto el golpe —admitió Mario.

Y como para dejar claro que la charla había terminado, se metió el resto de la chocolatina en la boca y comenzó a masticarla con fruición.

3.

Era casi mediodía cuando entraron en La Gauna. Mientras recorrían sus calles, Mario no dejó de mover la cabeza en todas direcciones, a buen seguro contrastando las imágenes de sus recuerdos con el aspecto actual del pueblo. Santiago había hecho lo mismo sólo un par días antes, cuando había regresado con Nuria después de años de ausencia. Se preguntó qué sentimientos estaría experimentando. ¿De verdad lo que le hizo aquel hijo de puta le había marcado tanto que tenía la cualidad de solapar todos los buenos momentos que había vivido allí? Estaba sumido en aquella disquisición consigo mismo cuando Mario habló:

—Antes de nada, llévame a un bar. Necesito beber algo fuerte —dijo.

—Si lo necesitas quizá es porque, en el fondo, no quieres hacerlo —le planteó Santiago, intentando de nuevo hacerle desistir de su propósito.

—Déjalo, ¿quieres? —replicó Mario en tono irritado.

Lo llevó al bar en el que había desayunado con Nuria, unas veinticuatro horas antes de que ella muriera. Desde que se habían reencontrado en aquella cafetería de Zaragoza tenía la sensación de que el tiempo se había acelerado. La impresión de que había transcurrido mucho más de tres días era intensa. Estaba agotado, tanto a nivel físico como psicológico. Cuando todo terminara iba a desconectar el móvil, correr las cortinas de su habitación y dormir hasta que se le atrofiaran los músculos.

Mario pidió un orujo de hierbas doble. Santiago pensaba decantarse por un café solo, pero en el último momento decidió que a la mierda el café y le dijo al camarero que le pusiera lo mismo. Luego fueron a sentarse a una mesa. Santiago sintió cómo algunas miradas los seguían mientras se alejaban de la barra, pero las ignoró todas.

—A partir de aquí, puedo arreglármelas solo —dijo Mario después de echar un trago de su orujo.

—Seguro que sí. Pero no puedo irme. Yo también estoy aquí por una razón personal —dijo, alzando el brazo envuelto en corteza de madera.

—¿Sabes cómo desembarazarte de eso?

—Lo sospecho —confesó.

—¿Ah, sí?

Movido por un impulso irrefrenable, Santiago alzó el vaso y se bebió el resto del orujo de un solo trago.

—Sí —contestó.

—¿Cómo? —quiso saber Mario.

Santiago chasqueó la lengua.

—Cortando por lo sano —aseveró.

—No suena muy distinto de lo que voy a hacer yo —señaló Mario.

—Sólo un poco —contestó Santiago, enigmático.

Mario se bebió su orujo y fue a la barra a que se lo rellenaran.

—Oye, siento mucho lo que te pasó. Ahora entiendo por qué te volviste tan introvertido. Debió ser un infierno para ti —le confesó Santiago a su regreso, apoyándole una mano en el brazo.

Estaba de cara a la puerta de entrada y, cuando se abrió, miró en esa dirección. Le alegró ver que quien acababa de entrar era Abel, el primo de Mario. A cierta distancia, su labio leporino apenas resultaba apreciable. El cirujano que se lo había operado había hecho un gran trabajo.

—¡Eh, hola! —saludó Santiago.

—Hola. —Abel se acercó a él y le estrechó la mano que le tendía.

Entonces, volvió la cabeza para fijarse en la persona con la que estaba y se quedó petrificado. Santiago lo atribuyó a la sorpresa. No veía a su primo desde que Mario se había mudado a Tarragona y roto todos los hilos que lo unían a La Gauna, incluida la familia que le quedaba allí. Era lógico que Abel le guardara rencor por ello.

—Hola, primo —saludó Mario.

—Hola —musitó Abel.

—¿Cómo te va?

—Bien.

Ninguno de los dos parecía demasiado entusiasmado con el encuentro, si bien Mario lo afrontaba con serenidad mientras que Abel parecía nervioso y desconcertado. Ni siquiera habían hecho ademán de estrecharse la mano. La tensión circulaba entre ambos como una carretera de ida y vuelta.

—Me alegro —aseveró Mario sin sonreír.

Y ahí terminó todo. Abel dio media vuelta y se marchó del bar. Santiago lo observó mientras lo hacía. Había ido allí a tomarse una cerveza o lo que fuese, y ver a su primo lo había incomodado tanto

que había decidido dejarlo para otro momento. Era como si no soportase compartir un mismo espacio con él.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Santiago, intrigado.

Mario encogió un hombro.

—Lo lógico entre dos primos que hace mucho que dejaron de tratarse —contestó.

—¿Es que ha habido algún problema entre vosotros? —Santiago hizo ademán de beber otro sorbo de su orujo y cayó en la cuenta de que el vaso estaba vacío.

—Cuando murió mi abuela hubo una disputa familiar por su herencia. Todos nos dijimos cosas bastante gruesas. Terminamos llegando a un acuerdo pero, para entonces, ya habíamos dejado de querer vernos las caras.

—Él también aparece en mis sueños, jugando con nosotros dos, Nuria y Juan Carlos —apuntó Santiago.

—Tuvo una infancia difícil. Lo del labio leporino le impidió crecer como un niño normal. Todos se metían con él. Fue muy injusto y bastante triste —murmuró Mario mientras miraba la superficie de la mesa, como rememorando en ella los viejos tiempos.

—Sí —convino Santiago.

—¿Sabes si tiene familia? —se interesó Mario.

—Está casado y tiene tres hijos. Dos niñas y un niño.

Mario estiró los labios en una leve sonrisa y asintió con la cabeza, como aprobando aquello.

—Me alegro mucho por él —dijo a continuación.

—Yo también —convino Santiago.

Siguió un silencio breve, durante el cual Mario apuró su segundo orujo.

—Será mejor que esperemos a que se haga de noche —dijo Mario.

Santiago no necesitó que le aclarara a qué se refería.

—Sí. Durante el día hay demasiados ojos abiertos.

—Tengo hambre. ¿Qué te parece si pedimos algo para comer? Supongo que este sitio tendrá un menú o algún tipo de carta —sugirió Mario.

Santiago estuvo de acuerdo. Disponían de mucho tiempo libre antes de que cayera el sol. Entonces, Mario se ocuparía de su asunto. Luego sería su turno. A él no le llevaría demasiado. Así que, cuando

amaneciese, haría horas que se habrían largado de allí.

4.

Se apearon del coche y atravesaron la barrera de pinos. Santiago abría la marcha, por lo que no pudo ver la reacción de Mario cuando llegaron al claro. Sí, en cambio, oyó el suspiro que dejó escapar. Le había sugerido que se quedara en el coche mientras hacía aquello, pero él se había negado en redondo.

—Quiero ir —se había limitado a decir, con voz serena pero firme.

Santiago no había insistido, pese a que acompañarle era absolutamente innecesario. Más aún: ¿por qué la víctima de una violación querría acudir al lugar en el que ésta se había producido? Santiago desconocía los mecanismos del proceso de reparación psicológica para un trauma como aquel, pero supuso que Mario tendría sus razones, y consideró que era algo demasiado íntimo para preguntárselo.

Dejó en el suelo una de las garrafas de cinco litros de salfumán que había comprado en un supermercado y se dispuso a desenroscar el tapón de la otra.

—Sigue casi igual que cuando veníamos con las bicis. Un poco más grande y más frondoso, pero nada más —comentó Mario.

—Sí. Para él, el tiempo no corre a la misma velocidad que para nosotros —convino Santiago.

Mario chasqueó la lengua.

—Si esa tarde me hubiera quedado en casa estudiando, este sitio seguiría representando una bonita etapa de mi infancia.

—También de la mía —convino Santiago, pensando en ese primer beso con lengua que le había dado Nuria—. Pero lo que te sucedió ha cambiado por completo mi perspectiva.

—No tienes por qué hacer desaparecer unos buenos momentos por culpa de otros. No tuviste nada que ver —repuso Mario.

—No estoy seguro de que sea del todo inocente con respecto a la muerte de Nuria.

Mario emitió un sonido gutural de reconocimiento.

—¿Dónde la encontraste?

—Ahí —dijo Santiago, señalando el lugar en el que yacía tendida cuando llegó.

Todavía se distinguía la mancha de sangre que había dejado el

charco que se había formado en torno a su cabeza. Pero la tierra y los elementos pronto la harían desaparecer.

—Y ahora, ¿dónde está?

Santiago se volvió hacia la linde opuesta del claro.

—Entre la vegetación. La cubrí con plantas para disimular el olor y evitar que los animales se la comieran.

—¿Tienes un plan de lo que vamos a hacer con ella? —interrogó Mario.

Santiago decidió ser sincero.

—No. Pero no pienso dejarla aquí. No se lo merece.

—Ya. Pero ahora sólo es un montón de carne y huesos —expuso Mario—. No podemos acudir a la policía y contarles lo que pasó. Nos tomarían por locos y nos arrestarían de inmediato.

—Puede que eso sea cierto —admitió Santiago. Se mordió el labio inferior para contener la rabia que sentía—. Como también es cierto que, si está muerta, es porque algo quería que fuéramos en tu ayuda.

—Vale. Tienes razón —aceptó Mario.

—Si la única solución es enterrarla nosotros mismos, lo haremos. Pero, como mínimo, se merece que le demos sepultura —dijo Santiago.

—Está bien —convino Mario.

Puso punto y final a la conversación desenroscando el tapón de la garrafa de salfumán. Seguidamente, comenzó a verterla sobre el tronco del olivo y en la tierra de alrededor.

Se desplazó en torno a él sin preocuparse por estar pisando las cuerdas. Al hacerlo, éstas fluctuaban y se deshacían un instante antes de volver a rehacerse (le sorprendió un poco que la de Mario hubiera mutado. Ya no parecía un grueso filamento al rojo. El color se había atenuado. No en exceso, pero sí lo suficiente como para resultar apreciable). Sin dejar de verter el salfumán, Santiago alzó la vista y lo miró. Mario se paseaba por el claro en actitud contemplativa. Pensó que quizá, tras aquella barrera de silencio, estuviera luchando encarnizadamente contra sus demonios. Una batalla cruenta que se llevara a cabo dentro de su cabeza, un lugar aislado del que ningún ruido escapaba al mundo exterior.

Cuando la hubo vaciado, la arrojó hacia la maleza, cogió la segunda garrafa y reanudó el trabajo. Temblaba de rabia porque, después de todo, la muerte de Nuria había sido en vano. Aquel jodido árbol les había poseído y amenazado con hacerles mucho daño —Nuria podía

haber perdido el riñón, como mínimo—, y todo para mostrarles lo que le había sucedido a Mario cuando sólo tenía doce años. Cierto que siempre se había quedado con la intriga de por qué, de un día para otro, había pasado del grupo para recluirse en sí mismo. Pero no hubiera firmado saberlo a cualquier precio. Y, ni por asomo, a costa de la vida de Nuria.

—… hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta —se oyó decir, cuando reparó en que su boca se movía como por voluntad propia.

Se preguntó cuánto llevaría diciendo aquello. Se notaba la garganta reseca. Así que tal vez fuera desde que había empezado a envenenar los nutrientes contenidos en la tierra de la que se alimentaba.

5.

Las luces traseras del Seat se encendieron cuando Santiago pisó el freno y detuvo el coche entre dos casas unifamiliares, a escasos metros de la calle perpendicular, pedregosa y ancha, que tenían a su izquierda. El sol ya se había puesto y pronto sería noche cerrada. Una luna en cuarto creciente pendía en el aire como si Dios la sostuviera con hilo de pescar. Las estrellas semejaban manchas de oro fundido extendidas sobre una manta de terciopelo oscuro. Sólo eran las nueve y media de la noche, pero en La Gauna no se veía un alma por la calle.

Horas antes, habían conducido hasta un pueblo situado a algo menos de cincuenta kilómetros. Allí, en La Gauna, también debía haber una ferretería donde comprar un par de palas para cavar la tumba de Nuria, pero hacerlo habría sido estúpido. Su esperanza pasaba por enterrarla en un lugar donde nunca llegasen a encontrarla. Porque, si algún día alguien lo hacía, la policía se pondría a atar cabos y terminaría averiguando que, poco después de perdérsele la pista, había estado con él allí. Un montón de conocidos —además del propio Abel— corroborarían esa historia, dado que no habían hecho nada por esconderse. Lo buscarían y darían con él. Entonces, lo arrestarían bajo el cargo de asesinato y le recomendarían que si quería una rebaja de la condena más le valía contar lo sucedido y declararse culpable.

Y él lo haría, claro. Pero les daría una versión *terrenal* de los acontecimientos.

¿Qué alternativa tendría?

Hasta entonces, su objetivo era impedir que lo atraparan.

Por eso debían llevarla a un sitio remoto. Adentrarse hasta el corazón de los bosques que había por allí, meterla en un agujero y rellenarlo con tierra, ramas y piedras, con la esperanza de que la vegetación creciera y los ojos del mundo mirasen para otro lado hasta que la naturaleza la adoptara como propia.

Aún así, ya nunca podría respirar tranquilo. Tendría que aprender a vivir con el hecho de que cualquier día podía ser su último día en libertad.

Estuvo dándole vueltas a todo esto después de que Mario se apeara del coche y se dirigiera a la casa del hombre que lo había violado cuando aún era un niño. La amortiguación del vehículo crujió y se bamboleó cuando sus ciento veinte kilos largos desaparecieron de la ecuación. Llevaban más de una hora sin cruzar una palabra, y ahora tampoco lo hicieron. Santiago no le deseó suerte, porque no sabía si

eso era lo que necesitaba. Mario cerró de un golpe la portezuela y se alejó.

Había luz en una de las ventanas, y Santiago contuvo la respiración después de que Mario llamara a la puerta de la casa del tío de Genaro. Cuando abrió, los dos hombres se miraron y Mario habló por espacio de unos segundos. Poco después, el tío de Genaro se hizo a un lado y le dejó entrar.

La luz del comedor siguió encendida durante los veinte minutos siguientes, pero las cortinas eran demasiado gruesas como para que se pudiera distinguir algo a través de ellas. Mientras esperaba, Santiago se redujo a un manojo de nervios cuya mente estuvo funcionando como lo haría un neumático derrapando por el asfalto. El humo blanco, el chillido agudo, el olor del caucho quemado… Encendía la radio para, instantes después, volver a apagarla; adoptaba una postura, y la cambiaba, y la volvía a cambiar, sin dar con ninguna en la que terminara encontrándose cómodo; se llevaba una mano a la boca y se mordisqueaba las uñas —algo que había dejado de hacer en algún momento después de empezar a trabajar en una gasolinera, a los veinte años—. De haber llevado un paquete de tabaco en el bolsillo, se habría fumado un cigarrillo tras otro hasta el filtro, pese a que ese era otro mal hábito que había logrado abandonar.

Y, de pronto, la puerta principal se abrió y Mario salió tranquilamente a la calle. Santiago experimentó el impulso de empezar a hacerle gestos para que se diese prisa. Pero, entonces, el tío de Genaro apareció en el umbral. Santiago se quedó sin respiración.

No solo estaba vivo sino que parecía sereno.

Su comportamiento no era el de alguien que había visto la muerte de cerca y se había librado de ella por los pelos. La imaginación de Santiago había dado forma a una escena muy vívida del tío de Genaro tendido en el suelo, boca arriba, con Mario sentado a horcajadas sobre su vientre. El viejo no podría hacer nada por sacarse de encima un corpachón como el de Mario y su resistencia estaba limitada por la flojera de unos músculos viejos y maltrechos. En su fantasía, los brazos de Mario estaban extendidos y sus manos cerradas con fuerza en torno a la garganta de su violador. No sabía por qué había escogido el estrangulamiento como método para acabar con él. Quizá porque era el más limpio. El que menos trabajo posterior requería.

Por eso no daba crédito a lo que veía. Mario se había desviado tanto del plan original que pensó que estaba soñando. Sabía que no era así, pero eso no impedía que experimentase la tentación de creerlo. La guinda del pastel llegó en forma de apretón de manos. ¿Cómo era posible? ¿Violador y violado haciendo las paces? Resultaba tan

inconcebible —sobre todo porque había visto cómo aquel trauma le había jodido la vida— que se quedó sin aliento. Santiago observó a Mario volver sobre sus pasos, de regreso a la furgoneta, con la cabeza baja y la mirada en la porción de suelo que tenía inmediatamente delante de él. A su espalda, el tío de Genaro cerró la puerta. Mario subió al coche y se acomodó en el asiento, sin decir nada.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Santiago, estupefacto.

—Hemos hablado y me ha pedido perdón. Me ha dicho que sentía mucho lo que me había hecho y que si pudiera volver a ese día y cambiar las cosas lo haría —expuso Mario.

—¿Y ya está? ¿Problema solucionado? —inquirió Santiago, atónito.

—Sí. Solucionado —se limitó a decir Mario.

6.

Ninguno de los dos habló mientras regresaban al claro. Santiago estaba demasiado confundido como para hacerlo, la vista fija en los dos conos de luz amarilla que horadaban la noche y retiraban las sombras que se arremolinaban en el camino de tierra. Mario parecía cómodo en medio de aquel silencio. El motor zumbaba bajo el capó como un millar de grillos cantando al unísono.

Llegaron al claro y se detuvieron. Santiago apagó el motor, pero no se bajó. Se quedó sujetando el volante, con la vista puesta en el velocímetro. La aguja señalaba cero y se le ocurrió que era como si el Seat le estuviera mandando un mensaje: ese era el fin. El último acto antes de que pudieran largarse de La Gauna para siempre —no tenía intención de volver a poner un pie allí en lo que le restaba de vida—. Salió de su ensimismamiento y comprobó que el asiento del acompañante estaba vacío. Ni siquiera había notado el bamboleo que tenía lugar cada vez que Mario subía o bajaba del coche. Miró por el retrovisor y vio que el maletero estaba abierto. Sacó la llave del contacto y salió a la noche fresca.

Cuando alcanzó la parte posterior del coche, Mario le tendió una pala. Él la cogió, pero siguió allí plantado, como esperando instrucciones. Mario cerró el maletero de un golpe y agarró su pala. En la otra mano llevaba el hacha de Nuria. La luna proyectaba una claridad turbia y, bajo esa luz, no se distinguía la sangre que empapaba la hoja. Pensó que era mejor así. Aunque, ¿de qué servía ese alivio cuando se disponían a dar sepultura a su amiga de la infancia?

Al atravesar el bosquecillo de pinos, el crujido de la pinaza caída resonaba con mayor intensidad en sus oídos, como sucedía en las películas de terror justo antes de llegar a una escena importante. Rivalizaba con el resuello cansino de Mario, para quien ese habría sido un día terriblemente duro. No debía resultar nada fácil someter a un cuerpo como el suyo a semejante esfuerzo. Por no hablar del estrés. Para Santiago, los últimos días habían sido los más extenuantes —con diferencia— de toda su vida.

Llegaron al claro y comenzaron a atravesarlo, caminando codo con codo, uno junto al otro. Santiago echó un vistazo al olivo por el rabillo del ojo. A simple vista, todo seguía igual. No había el menor rastro de que el salfumán lo estuviera matando. Pero el proceso era tan silencioso como imparable. Pensó que, a algún nivel imperceptible para el ser humano, estaría aullando de dolor, y la idea le estiró una

esquina de la boca hasta formar una sonrisa aviesa.

—¡Eh! —gritó de pronto alguien a sus espaldas.

Los dos se volvieron, sobresaltados, porque estaban convencidos de que no había nadie más allí. La figura que se aproximaba a ellos sorteó los últimos pinos y salió al claro. Al ver que se trataba de Abel, Santiago abrió unos ojos como platos. Sostenía una escopeta de cañón doble a la altura de la cadera.

—Cuidado con ese arma, Abel —oyó que decía Mario.

Este encendió la linternita de luz blanca que llevaba montada sobre el cañón. Santiago pensó que estaba muy bien equipada para no ser la escopeta de un cazador. El reflejo residual le iluminaba el rostro, que era una máscara de puro odio.

—¿A qué has venido? —espetó, marcando mucho las sílabas.

—Tenía que resolver un asunto pendiente —contestó Mario.

Abel empezó a sacudir la cabeza a un lado y al otro, en ademán negativo.

—Esperaba no volver a verte nunca más. Y, hasta hoy, lo iba sobrellevando. Tenía mis altibajos, pero lo iba sobrellevando. Entonces, has aparecido y todo lo que había conseguido avanzar se ha ido a tomar por el culo —gruñó Abel.

La escopeta temblaba en sus manos. Era fácil advertirlo porque la linternita bailoteaba errática sobre el cuerpo de Mario como un insecto. Santiago no entendía nada. Estaba tan confuso que las hipótesis que se formaban en su cabeza resbalaban como embadurnadas en grasa de cerdo.

—Un momento —pidió—. ¿Qué está pasando aquí?

—Sabía que si algún día se te ocurría volver no podría contenerme. Querría matarte, y nada de lo que me dijese a mí mismo me haría cambiar de parecer.

—No hagas ninguna tontería, Abel. No hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte —le aconsejó Mario—. Recuerda que tienes mujer e hijos.

Su voz sonó igual de temblorosa que esa mañana, mientras le contaba lo que el tío de Genaro le había hecho en la primavera de mil novecientos noventa y tres.

—No debí callarme. No debí creerme tus amenazas —continuó Abel, recortando la distancia que le separaba de ellos.

Santiago retrocedió para compensar pero, cuando intentó hacerlo Mario, Abel le gritó que no se le ocurriera moverse. Los cañones de la

escopeta, negros como boca de lobo, se mantenían fijos en su primo. Abel se comportaba como si él, Santiago, se hubiera vuelto invisible.

—Oye, primo. Lo siento mucho, ¿vale? Lo siento —se disculpó Mario, soltando la pala y el hacha y extendiendo los brazos en su dirección.

—Lo sientes —escupió Abel, hablando a través del muro de dientes, que mantenía apretados con fuerza—. Tú no sientes nada. No te arrepientes de nada. ¿A cuántos niños has arruinado la vida a estas alturas? ¿Llevas la cuenta o es algo que no te importa una mierda?

De pronto, aquellas dos preguntas hicieron que una luz se encendiera en una de las habitaciones de la mente de Santiago. Era pequeña, apenas un compartimento, y se encontraba vacía porque acababa de *nacer*. Lo más extraño era que la revelación de aquel secreto no lo había dejado paralizado. Quizá porque una parte de su subconsciente no se había creído la actuación de Mario ni por un instante.

—No lo he vuelto a hacer. Te lo prometo —balbuceó Mario.

—¡No te creo, pedófilo hijo de puta! —bramó Abel.

—Abel —lo llamó Santiago. Al ver que no se daba por aludido, volvió a intentarlo—: ¡Abel!

Este no movió un músculo. Sus ojos se desviaron hacia él un instante para regresar de inmediato a Mario, pero eso fue todo.

—Ayúdame a entenderlo —pidió. Se pasó la mano por la cara y continuó—: ¿Tu primo te violó cuando eras pequeño?

Al rememorar aquel episodio de su niñez, Abel exhaló un suspiro por la nariz y su boca se retorció en una mueca de repulsión.

—Todos los niños se reían de mí por mi labio. Él se mostró comprensivo y me dejó que fuera con vosotros. Yo estaba contento porque, por fin, tenía amigos. Pero un día vinimos aquí y me dijo que si quería seguir formando parte del grupo tenía que… —Profirió un gemido de dolor casi físico y la luz de la linterna se reflejó en las lágrimas que habían comenzado a derramársele.

—Te vuelvo a pedir perdón y a jurarte que siento mucho lo que te hice, Abel —masculló Mario con un hilo de voz.

—¡Me obligaste a que te la chupara! ¡Sólo tenía nueve años y tú me obligaste a que te la chupara! —graznó Abel, y un estruendo llenó el aire.

Santiago no fue consciente de que había disparado. No de manera inmediata. La detonación reverberó en el aire tan súbita y

sorpresivamente que lo cogió desprevenido. A su lado, el corpachón de Mario se sacudió como atravesado por una corriente eléctrica. Agitó los brazos como si pretendiera echar a volar y luego se llevó las manos al abdomen. Santiago miró hacia allí y descubrió que la sangre se le escapaba por entre los dedos. Sólo entonces fue capaz de asimilar que Abel acababa de meterle un puñado de postas de acero en el cuerpo a su propio primo. Mario se tambaleó durante unos instantes y luego cayó hacia atrás, sentado sobre su mullido trasero.

Captó un movimiento por el rabillo del ojo y, cuando miró hacia allí, vio que Abel avanzaba hacia ellos. Seguía sosteniendo la escopeta con las dos manos, ahora cruzada ante él. De uno de los cañones salía un hilo de humo blanco que se rizaba en el aire nocturno antes de desaparecer. Santiago quiso decirle que se detuviera, que aún no era demasiado tarde para echarse atrás, pero no consiguió hilvanar las palabras en el orden adecuado y el conjunto se convirtió en una bola llena de bultos que emergió de su boca en forma de sonido inarticulado.

Abel lo miró. Sus ojos brillaban de cólera y tenían una expresión dura como el granito.

—Ojalá no tuvieras que ver esto —dijo.

—No. Espera —farfulló.

Mientras decía aquello, Abel volvió a alzar la escopeta, se acomodó la culata sobre el hombro derecho y apuntó a su primo a la cara. El rostro de Mario estaba blanco como el de un fantasma. Tenía la mandíbula inferior desencajada y jadeaba como un perro. Se esforzaba por sostener la mirada de Abel pero había algo en ellos, como un velo finísimo, que le nublaba la visión. Ahora, la sangre brotaba a borbotones de su abdomen y un segmento de sus tripas asomaba a la superficie por entre los dedos. Más tarde, Santiago llegaría a la conclusión de que con el primer disparo habría sido suficiente. Mario era un hombre moribundo que resollaba como si no lograra insuflar aire en sus pulmones.

—No sabes la de veces que me he imaginado que aquel día te arrancaba esa asquerosa cosa tuya de un mordisco y tú te pasabas el resto de tu vida meando en una bolsa —siseó, con el odio filtrándose por entre cada sílaba.

—Por favor —acertó a suplicar Mario, aunque apenas se entendió lo que decía.

Pero Abel no tuvo piedad. Llevaba soñando con aquel momento demasiados años. Probablemente lamentando que nunca sería más que un sueño, y que jamás tendría la oportunidad de hacerlo realidad. Así

que, ahora que se le había presentado, la súplica de Mario para que le perdonara la vida no tenía el más mínimo valor.

Dentro del guardamonte, la yema del índice se aplastó contra el segundo gatillo, venciendo la resistencia que este ofrecía, y el estrépito del nuevo disparo alcanzó a Santiago en forma de onda expansiva. Una brisa cálida a través de la cual pudo ver cómo las postas agujereaban el cuello y la cara de Mario y se abrían paso a través de su carne grasienta. El tirón de estas lo lanzó hacia atrás y su corpachón se desparramó por el suelo, a sólo unos metros de donde lo había hecho Nuria, y tan muerto como lo estaba ella.

Siguió un silencio largo, casi eterno, que se prolongó hasta mucho más allá de que se extinguiera el eco del disparo. Santiago estuvo paralizado todo ese tiempo y, cuando por fin logró moverse, miró a Abel. Había soltado la escopeta, que yacía caída a sus pies. Tenía los ojos cerrados, la respiración pesada y había algo inconfundible en su expresión que un minuto antes no estaba allí.

Alivio.

Echó la cabeza hacia atrás y su boca se estiró en una sonrisa triunfal.

Como si por fin, después de mucho tiempo, hubiera logrado librarse de un peso que lo había mantenido aplastado contra la tierra, encadenado al pasado.

EPÍLOGO

Después de lo que acababa de presenciar, Santiago fue incapaz de llevar a cabo el plan que les había conducido de vuelta al claro. Enterrar a Nuria en una tumba improvisada, donde nadie más que él pudiera ir a velarla, de repente se le antojó aberrante. Así que sacó su móvil, marcó el 061 y le indicó al agente que descolgó el teléfono dónde estaban y lo que acababa de ocurrir. Abel no trató de impedírselo y ambos se quedaron allí esperando a que llegaran las patrullas de la Guardia Civil.

En la vista previa, Santiago no hizo nada por salvar el pellejo. Era inocente. Nuria no había muerto por su culpa. Al menos, no de manera directa. Pero contarles la verdad carecía de sentido. Aún cuando en su brazo todavía tenía la marca dejada por la corteza del olivo, parecida a una quemadura, después de que se le desprendiese como un pedazo de piel muerta. Renunció a defenderse y dejó su destino en manos de su abogado. Lo que equivalía a confesarse culpable, puesto que sus huellas estaban en el mango del hacha que había partido el cráneo de Nuria como una nuez. El juez lo mandó a prisión de manera preventiva, sin posibilidad de fianza, a la espera de juicio.

Mientras se encontraba en prisión recibió sin fin de cartas de personas que le deseaban cosas horribles. Querían que muriera lentamente de un cáncer muy doloroso, que se pudriera como el cadáver de un animal abandonado al sol, que otros reclusos le mataran de una paliza. Pero, sobre todo, recibió una horda de cartas —a todas luces, una campaña orquestada y bien representada— deseándole que cuando muriera fuera al Infierno, donde sería torturado y castigado por toda la eternidad.

A Abel lo habían llevado a otra cárcel, por lo que no tenía noticias de cómo lo llevaba. Así pues, lo único que podía hacer era esperar que, en el juicio, el veredicto no fuera todo lo duro que podía llegar a ser. La vida ya lo había castigado una vez. En cierto modo, llevaba viviendo en una prisión —invisible, pero prisión al fin y al cabo— desde que era un niño. Esa segunda condena, más palpable, lo separaría de su mujer y sus hijos y sacaría a la luz pública la violación que había sufrido a manos de su primo. Aunque había matado a un hombre, Santiago creía que merecía ser absuelto. Pero ese segundo disparo a bocajarro podía salirle muy caro. Porque, con respecto al

primero, podía alegar que lo había hecho movido por el odio y el rencor que sentía hacia Mario. Era el segundo el que, con toda probabilidad, le llevaría a pasar los próximos veinte años entre rejas.

Con todo, Santiago esperaba que el jurado entendiera la profundidad de su trauma y lo declarara inocente.

Además, no había matado a ningún ciudadano ejemplar. Al contrario: había librado a la sociedad de un monstruo. Mario era un asqueroso pedófilo. En su casa, la Guardia Civil había encontrado numerosos cedés con miles de fotos de niños y menores de edad en diversas actitudes sexuales. El portavoz de la Guardia Civil declaró a los medios de comunicación que lo que tenían en su poder era un material aberrante y que los agentes encargados de visionar las imágenes estaban conmocionados.

Santiago siguió el caso por televisión, y al conocer estos hechos hizo que se sintiera sucio por haber dormido bajo el mismo techo que ese mal nacido. Viajar a La Gauna con él, habiéndose tragado las mentiras que le había soltado le provocaba arcadas. Entretanto, dedicó mucho tiempo a pensar cómo y por qué había comenzado todo aquello, y lo más parecido que se le había ocurrido era una teoría más propia de una novela o una película de ciencia ficción.

El olivo, aquel olivo que él había *quemado* con salfumán, fue testigo de la violación sufrida por Abel a manos de su primo. No testigo visual, pero sí sensitivo. Comprendió que, moralmente, era un hecho deleznable y se había propuesto contárselo al resto de chicos que se reunían allí. Pero —y aquí empezaba la analogía con los viajes espaciales— el olivo era una nave nodriza dividida en tres naves más pequeñas, y tanto Juan Carlos y Nuria como él eran planetas a los que debían llegar para contarles aquello. A determinado nivel, estaban a muchos años-luz y los viajes serían larguísimos.

De décadas.

En ese tiempo, Juan Carlos recibió el impacto de miles de meteoritos y luego fue absorbido por un agujero negro. Pero tanto él como el planeta Nuria habían seguido vivos y la nave había entrado en la atmósfera de ambos y tomado tierra al unísono, tras casi un cuarto de siglo de viaje. Después de eso, había llevado a cabo una serie de misiones para llamar su atención y tratar de comunicarse con ellos, pese a que hablaban idiomas distintos. Consiguió *crear* un Abel de nueve años dentro de su caparazón de ramas y hojas y mandárselo a él, pero el mensaje no llegaba con claridad. También lo intentó a través de los sueños. Finalmente, logró su objetivo, poniéndolo en contacto con Nuria y deduciendo —entre ambos— quién les enviaba el mensaje gracias a las cortezas de madera que logró que les crecieran

en la piel.

En cuanto a por qué había hecho que Nuria se sintiera amenazada al ver cómo la madera crecía hacia su interior y le pinchaba el riñón, lo atribuía a la desesperación. Por entonces, estaban en Tarragona, habían hablado con el violador de Abel y quiso transmitirles un mensaje que venía a decir que estaban sobre la pista, que habían dado con ella y que no la abandonaran. Pero el método que había utilizado había dado lugar a un terrible malentendido.

Muertos o en prisión.

Así era como habían terminado todos los miembros de aquella pandilla feliz que durante la primavera y el verano del noventa y tres se habían pasado muchas —muchísimas— horas jugando en aquel claro, lejos de todo y de todos, y donde eran libres de fumar cigarrillos a escondidas y darse el primer beso en los labios.

Era una historia triste, concluyó Santiago. Tan, tan triste.

De esas que si la veías en una película o la leías en un libro hacía que se te saltaran las lágrimas.

-FIN-

NOTA DE AUTOR

Escribí «Trauma» sin pararme a pensar en si era un buena historia que mereciese ser contada. Hacía mucho tiempo que en mi cabeza flotaban unas cuantas imágenes sueltas, sin conexión entre sí, que me pedían ser escritas. Como escenas de dos páginas, de cinco, de diez. En un relato, tal vez. Pero me negaba a dejarlas en libertad sin más. Eran demasiado interesantes. En una de ellas aparecía un buzón clavado a una estaca, en medio del bosque. Esa era intrigante, y estaba abierta a un montón de posibilidades. Otra era la idea de un árbol como testigo de un acontecimiento terrible. Pensaba «de acuerdo, no tienen ojos, ni oídos, pero sienten, son seres vivos *sensibles* a otros estímulos». ¿Por qué no pueden captar las emociones? ¿Porque aún no hemos hallado la forma de demostrarlo? ¿Y qué? ¡Hay tantas cosas que somos incapaces de hacer! Entonces, me puse a pensar en cómo se comunicaría ese árbol con un ser humano. No le resultaría fácil. Emitimos en frecuencias muy diferentes. Y se me ocurrió la analogía con respecto a los viajes espaciales. Hace más de cuarenta años que lanzamos las sondas Voyager 1 y 2 al espacio profundo. En ellas, enviamos unos discos de oro con muchísima información sobre nosotros y sobre nuestro planeta. Pero ¿y si pese a todos nuestros esfuerzos los extraterrestres que dieran con ellas no podían leerlos? Habríamos establecido contacto, pero no nos habría servido de nada. Por otra parte, ese árbol contaba con la ventaja de haber podido aprender *de oído* cosas de los seres humanos gracias a aquellos niños que jugaban en él en los meses cálidos de 1993. Y luego estaba la distancia a cubrir. ¿Qué método utilizaría un árbol, que pasaba toda su vida inmóvil en unos pocos metros cuadrados? ¿El espacio? —¿cuánto era para él un kilómetro?— ¿El tiempo? —¿cuánto era para él un minuto?—.

Todo dependería de su tecnología.

Quizá los árboles sean los mejores en algo, pero no en desarrollar tecnología. Al menos, hasta donde sabemos. Así que quizá a todo cuanto este pudiese llegar fuese a enviarnos su mensaje a la velocidad de un triciclo. Lo que significaba que, si terminaba llegándonos, tardaría años en completar el viaje.

De ahí partió la premisa de esta novela. Ese fue el hilo que usé para unir las diferentes escenas y personajes y así es como adquirió forma hasta convertirse en lo que has leído.

Y esto es todo cuanto quería decirte. Muchas gracias por leerme, y espero que te haya hecho pasar unos cuantos buenos ratos. Si tienes a bien, porque la literatura es un mundo vasto en el que es muy difícil llegar a nuevos lectores (sobre todo si eres un escritor independiente), te agradecería que me recomendaras a tus amistades y que dejases una opinión sobre ella en tu blog, Amazon, Goodreads, Twitter, grupo de Facebook o cualquier otra parte que se te antoje. A cambio, prometo seguir trabajando duro para poder darte lo mejor de mí en próximas novelas.

¡Salud!

CONTACTO

PÁGINA DE AUTOR: https://relinks.me/JavierNunez

Facebook: https://www.facebook.com/JavierNunez80

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/7013264.Javier_N_ez

Instagram: https://www.instagram.com/javier_nunez80/

Twitter: https://twitter.com/Javiernunez80